

Fundación Rodolfo Benito Samaniego
convivencia y tolerancia



conferencias anuales 2004-2014



Fundación
Rodolfo Benito Samaniego

Fundación Rodolfo Benito Samaniego

Convivencia y Tolerancia

Conferencias anuales 2004-2014



Fundación
Rodolfo Benito Samaniego

“La gota horada la roca,
no por su fuerza sino por su constancia”.

Ovidio.

La presente edición se ha hecho gracias a la subvención otorgada por la Fundación Víctimas del Terrorismo conforme a la Convocatoria 2014.



La Fundación Rodolfo Benito Samaniego desea agradecer a la Universidad de Alcalá y al Ministerio del Interior del Gobierno de España y a la Fundación Víctimas del Terrorismo por los apoyos recibidos durante la década 2004-2014 para la realización del programa anual Ciclo de Conferencias Convivencia y Tolerancia.

Primera edición: noviembre de 2015.

© Fundación Rodolfo Benito Samaniego y autores de las conferencias.

© Fotografías: Fundación Rodolfo Benito Samaniego.

Foto de portada: Detalle de la fachada del Colegio Mayor de San Ildefonso, actual rectorado de la Universidad de Alcalá, donde se han celebrado todas las conferencias incluidas en el presente libro.

Foto de Carlos Villalba.

© de esta edición:

Fundación Rodolfo Benito Samaniego.

Ayala 11,

28001, Madrid, España.

info@fundacionrodolfobenitosamaniego.org

www.fundacionrodolfobenitosamaniego.org

Coordinación Editorial: Ignacio Pérez.

Transcripción y Edición: Lidia Señarís.

Diseño: Monchi Álvarez.

Imprime: La Trèbere.

Permitida la reproducción siempre que se cite la fuente y no se altere ni modifique ninguno de los pasajes reproducidos.

Índice

Presentación	7
TOLERANCIA, RESPETO Y ADMIRACIÓN: ¿QUÉ DEBEMOS HACER CON LOS OTROS?	11
Virgilio Zapatero Gómez.	
LA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA: SUS RETOS Y SUS CAMINOS	21
José Manuel Rodríguez Uribes.	
UNA MIRADA AL MUNDO CONTEMPORÁNEO: LA COMPLEJA CONVIVENCIA EN LA ALDEA GLOBAL	37
Tomás Calvo Buezas.	
DISOLVER IDENTIDADES: UN GRAN ESFUERZO DE LIBERTAD	53
Jorge Martínez Reverte.	
EN DEFENSA DE UN DERECHO PENAL HUMANITARIO Y GARANTISTA	65
José Manuel Maza Martín.	
VALORES RENOVADOS PARA RETOS DIFERENTES	75
Rafaela Romero Pozo.	
POESÍA Y CONVIVENCIA: POR LA VENTANA DE OTROS OJOS	87
Luis García Montero.	
LA LITERATURA Y LA VIDA NO SUELEN SER OBEDIENTES	103
Benjamín Prado.	
MUJERES DE LA INDIA RURAL	117
Luz María Sanz Masedo.	
DE LA FUERZA A LA PALABRA, HISTÓRICA INFLEXIÓN QUE SE AVECINA	127
Federico Mayor Zaragoza.	

Presentación

"Verba volant scripta manent".
(Las palabras vuelan, lo escrito queda)

La Fundación Rodolfo Benito Samaniego nace a raíz de los atentados del 11 de Marzo de 2004 con el objetivo de mantener vivo el recuerdo de las víctimas de terrorismo y rendirles homenaje. Rodolfo fue una de las víctimas, falleció en uno de los trenes de camino al trabajo.

Con la intención de que no acallaran sus voces esta fundación comenzó su andadura hace ya 11 años y para ello desarrollamos distintas actividades con el fin de llegar a toda la sociedad y dejar un mensaje de paz, solidaridad y convivencia.

Una de nuestras actividades anuales fijas es el Ciclo de Conferencias sobre Convivencia y Tolerancia. Se inspira en los valores personales de Rodolfo y en los principios éticos y morales que desarrollaba en su día a día. En este libro el lector encontrará una recopilación de las diez conferencias celebradas hasta la fecha.

Fue a propuesta de nuestro gerente, José Ignacio Martínez, que surgió la iniciativa de recoger el trabajo realizado y recopilar las ideas vertidas en estas conferencias, con el afán de salvarlas del olvido, mantenerlas en el tiempo, tenerlas a mano y rescatar y volver a disfrutar los diversos enfoques, opiniones y puntos de vista.

El patronato de la fundación puso en marcha este proyecto para tratar de llevar a la sociedad una idea amplia sobre los conceptos de Convivencia y Tolerancia, en peligro de resultar desgastados a causa del uso gratuito que de ellos a menudo se hace.

Por eso, este ciclo de conferencias y este libro que las recoge tratan de analizar y profundizar en el conocimiento de las causas y características de los problemas de convivencia y fenómenos violentos de nuestra sociedad.

La fundación desde su creación ha pretendido dirigirse a la sociedad a modo de invitación, o casi incitación, implicarla, hacerla consciente de su capacidad de actuación y del poder que tenemos cada uno de nosotros en nuestro día a día.

Por este motivo, las conferencias buscan que nosotros, como ciudadanos "corrientes", seamos capaces de entender cada uno de los aspectos que muestran nuestros conferenciantes y desde ese entendimiento podamos hacer una sana reflexión crítica, capaz de despertar nuestra conciencia individual para convertirla en un

compromiso colectivo. Hacemos extensiva esta intención al lector del presente libro, para que realice una lectura atenta y activa, exigente e inconformista. De este modo, el ejercicio nunca será en balde, y las conferencias celebradas en su día podrán multiplicar su efecto en cada relectura.

Desde la fundación creemos firmemente en el deslumbrante poder de la educación para combatir fenómenos sociales tales como el terrorismo, la xenofobia, la pobreza o los distintos tipos de discriminación. De ahí que el ciclo de conferencias suponga una invitación a la reflexión personal y colectiva con la intención de reforzar las bases conceptuales fundamentales de una sociedad democrática, plural y abierta.

Son precisamente conceptos como tolerancia, solidaridad o libertad los que deben reafirmarse ante amenazas como la del terrorismo, cuya intención es siempre socavar a la sociedad en su conjunto haciéndole dudar de sus fundamentos primeros. Renunciar a ellos supone siempre la mayor derrota, por lo que su defensa nos ha parecido siempre el mejor homenaje posible a las víctimas.

Convivencia y tolerancia no son objetivos a alcanzar, sino caminos que transitar, por lo que deben siempre ser revisitados, para mantenerlos vigentes ante una realidad social vertiginosamente cambiante en tantos aspectos. Para hablar de ellos la fundación y su patronato recibe las distintas propuestas de ponentes, tratando año tras año de ir ampliando los matices, adecuando la elección del conferenciante también a las necesidades concretas del momento actual de la sociedad.

Echando una mirada atrás, la fundación ha encontrado en sus conferenciantes distintos enfoques que nos han abierto un sinfín de miradas sobre lo que puede llegar a significar convivencia y tolerancia, desde planteamientos jurídicos, investigaciones sociológicas o enfoques más prácticos o literarios, buscando así una aproximación más enriquecedora y diversa.

Desde la primera conferencia, impartida en el año 2005 por Virgilio Zapatero, encontramos la mejor introducción posible al contener un análisis de los términos “tolerancia”, “respeto” y “admiración” para abordar nuestras relaciones, tanto con los semejantes como con los diferentes.

Más adelante aparecen una firme defensa de la sociedad democrática occidental como marco posible sobre el que seguir construyendo sociedades verdaderamente plurales, a cargo de José Manuel Rodríguez Uribe, o la evidencia de la contradicción entre un mundo cada vez más globalizado y homogéneo y las pulsiones identitarias, defensivas y excluyentes, en voz de Tomás Calvo Buezas. Por su parte, Rafaela Romero nos recuerda que una sociedad sana, plural y diversa no será posible sin el compromiso ético cotidiano del ciudadano para no permanecer indiferente ante la injusticia cercana.

No faltan las lúcidas reflexiones de los escritores, como el carácter permanente y necesariamente inconcluso de la lucha por la libertad y la convivencia pacífica, según Jorge Martínez Reverte; o la mención de Benjamín Prado a los sutiles mecanismos de funcionamiento de la memoria colectiva, decisiva, con sus olvidos y recuerdos a la hora de definir el comportamiento social; mientras la poesía es presentada por Luis García Montero como el intemporal ejercicio de ponerse en el lugar del otro, ese germen que hace posible la conciencia del colectivo, la pertenencia a la comunidad.

Sin duda edificante resulta el planteamiento “humanizante” de la administración de justicia, tantas veces tachada de insensible, realizado por el magistrado del Tribunal Supremo José Manuel Maza Martín, quien, partiendo de la plena conciencia de las emociones de las personas llama a la defensa de un Estado de garantías frente a la tentación de posturas demagógicas, simplistas o populistas.

En las últimas conferencias podemos asistir a una extensión de las nociones de Convivencia y Tolerancia, tanto en el espacio como en el tiempo. La ilustrativa ponencia de Luz María Sanz amplía nuestras miras acercándonos a problemáticas del otro lado del mundo; mientras que la última de las conferencias recogidas, a cargo de Federico Mayor Zaragoza, nos ubica en la perspectiva histórica del largo y azaroso camino recorrido hasta el momento en la defensa de los derechos y libertades de todos.

Pero sin duda es este un tema inagotable, con el que desde nuestra fundación buscamos estimular el debate y la reflexión. No son posibles las respuestas taxativas, sino el aumento de la capacidad de análisis y crítica.

Pretendemos con este libro aportar una herramienta más para poder cumplir nuestros objetivos. Es nuestro deseo que esta obra llegue a las bibliotecas, para que este homenaje a las víctimas se extienda y sea capaz de convocar no sólo a quienes nos siguen en nuestras actividades anuales, sino a todo aquel que busque ampliar sus horizontes en cuanto a los conceptos que nos ocupan.

Seguiremos trabajando con el compromiso firme de que mientras se sucedan actos de terror que quieran paralizar a la sociedad, hay mucho que hacer. Desde la educación, desde la serenidad, pero no desde el silencio ni la apatía. Confiamos en nuestro trabajo y deseamos que siga llenando momentos de reflexión, mientras mantenemos vivo el recuerdo de los que se fueron con la esperanza de que desde el trabajo cotidiano estos actos no vuelvan a cometerse.

Ana Isabel Hidalgo Serna.
Presidenta Fundación Rodolfo Benito Samaniego.

I CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

**TOLERANCIA, RESPETO Y ADMIRACIÓN:
¿QUÉ DEBEMOS HACER CON LOS
OTROS?**

Ponente: **Virgilio Zapatero Gómez**.

Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Alcalá (2002-2010).

Fecha y lugar de impartición: 1 de diciembre de 2005, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

Virgilio Zapatero Gómez

Jurista y político. Doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de Santo Domingo, por la Universidad Autónoma de León (Nicaragua) y por la Universidad Ricardo Palma (Lima). Amplió estudios en Francia y Alemania.

Ha ejercido durante tres décadas la docencia como catedrático de Filosofía del Derecho, Moral y Política en la Universidad de Alcalá. Fue miembro de las Cortes Constituyentes, Secretario de Estado de 1982 a 1983 y ministro para las Relaciones con las Cortes entre 1986 y 1993, con el PSOE.

Fue Rector de la Universidad de Alcalá de 2002 a 2010 y presidente de la Conferencia de Rectores de Madrid, además de presidente de los Consejos de Administración de Alcalingua, de la Oficina de Cooperación Universitaria, de la Ciudad Residencial Universitaria y del Parque Científico Tecnológico de la Universidad de Alcalá.

Autor de los libros *Fernando de los Ríos: una biografía intelectual*, Editorial Pre-textos, 2000 y *El Arte de Legislar*, Editorial Aranzadi, 2009.

TOLERANCIA, RESPETO Y ADMIRACIÓN: ¿QUÉ DEBEMOS HACER CON LOS OTROS?

Ante todo, muchas gracias por la invitación que me han hecho como rector de la Universidad de Alcalá a inaugurar este ciclo de conferencias de la Fundación Rodolfo Benito Samaniego.

Para la Universidad de Alcalá es un honor abrir este ciclo de conferencias y quiero asegurarles que la universidad está a disposición de todas las víctimas del terrorismo, sin ningún tipo de exclusión. Y que tienen ustedes a su disposición no solamente los edificios, sino los profesores, el personal de administración y servicios y todas las personas de nuestra universidad en esta operación de cultivar la memoria.

Porque el perder la memoria es una de las peores enfermedades que uno puede padecer. El Alzheimer es una enfermedad terrible, es la negación de la persona. Pero también las sociedades pueden morir por falta de memoria. La memoria nos constituye como colectivo y sirve para cuidar esa lógica de la identidad personal. “Del pasado, la memoria y del presente, la esperanza”. Es desde esa perspectiva, de cuidar la memoria para jugarlos bien el futuro, desde la que debemos realizar este tipo de actividades.

Me habían pedido que hablara sobre tolerancia y yo he añadido otros dos conceptos más: tolerancia, respeto y admiración. De eso quiero hablarles. La filosofía política no ha dejado de reflexionar durante siglos y siglos sobre cuál sería la mejor forma de estructurar la sociedad y de regular las relaciones con nuestros semejantes. Cada vez es más urgente buscar no sólo el tipo de relaciones que debemos mantener con nuestros semejantes, sino también qué tipos de relaciones debemos de mantener con los diferentes, con quienes no son como nosotros.

Y entre otras razones, cada vez es más importante definir nuestra relación con los diferentes porque la homogeneidad de nuestras sociedades ha saltado por los aires y como decía Carlos Fuentes¹: “ya no hay ciudades blancas”. Un nuevo desafío ha aparecido cada vez con más fuerza desde finales del pasado siglo en este inicio del presente milenio y es la llamada diversidad cultural. Grupos sociales que hasta ahora eran invisibles para nosotros han salido a la plaza pública con sus historias, sus tradiciones, su cultura. Por ejemplo, el 10 % de los 550 millones de habitantes de América Latina son indígenas que hablan más de 400 lenguas. Y los 191 Estados que conformamos la comunidad internacional hablamos alrededor de seis mil lenguas. Al mismo tiempo, todos nosotros pertenecemos de alguna forma a algunas de las cinco mil comunidades o grupos étnicos de que se compone hoy la humanidad. Y hoy en día, según una de las últimas estadísticas que he visto, tan sólo el 9,2 % de los Estados pueden considerarse étnicamente homogéneos.

Si a estos datos se añaden los impresionantes flujos migratorios causados por la guerra y el hambre, las persecuciones o la creciente globalización del sistema económico, fenómenos que se han acelerado fundamentalmente a partir de las décadas de los ochenta y noventa del pasado siglo, nos damos cuenta de lo que suponen hoy los cambios que estamos viviendo.

En la actualidad la dirección de las migraciones ya son globales. Antes se emigraba o a América o a Europa. Hoy en día todo el mundo va a todas partes. Y esta visibilidad nueva de ciertos grupos sociales que implica esta mundialización de los flujos migratorios, la diversificación de los orígenes de la emigración, la vocación de permanencia de los emigrantes en los países huéspedes, entraña una creciente heterogeneidad étnica y cultural en prácticamente todos los Estados, frente a la relativa homogeneidad étnica y cultural de hace algunos años. Por lo tanto, cada vez son más visibles los otros, los diferentes. Nos sorprenden sus vestidos, sus alimentos, sus prácticas religiosas, su color o sus costumbres. Y por eso han surgido nuevas preguntas. Y cada vez es más urgente encontrarles una respuesta.

¿Qué debemos hacer con los otros? ¿Qué hacer con los diferentes? ¿Cuál debe ser nuestra actitud ante quienes, ni visten como nosotros, ni tienen el mismo color, ni tienen las mismas costumbres, ni sus prácticas sociales y religiosas se parecen a las nuestras?

Pretendo intentar responder a la cuestión de cómo hemos de tratar no ya a los semejantes, sino al diferente. No al que viste y vive como nosotros, sino al diferente. Al que realmente es “el otro”. Y adelanto cuál es la tesis que quiero defender. Creo que ante los otros se pueden mantener por lo menos estas actitudes: una puede ser el rechazo, otra actitud puede ser la indiferencia, otra puede ser la tolerancia, otra puede ser el respeto y, por último, la admiración. Son actitudes diferentes, aún cuando a menudo en el debate entre nosotros se las confunde. Y sobre todo, damos a la tolerancia una preeminencia que en mi modesta opinión no tiene. Y os ruego que no se escandalicen de entrada por lo que voy a decir, después lo explicaré: la tolerancia -o no es una auténtica virtud- o es una virtud menor en valor moral. Y por eso me ha parecido que puede tener interés en este mundo cada vez más heterogéneo poner las cosas en su sitio, relativizar la tolerancia y resaltar el valor del respeto.

Antes de que se hablara de los derechos individuales o colectivos como instrumentos con los que resolver el problema de cómo entendernos con los otros, se recurrió a la idea de tolerancia. Me estoy refiriendo a aquellos momentos, fundamentalmente a partir del siglo XVI, en los que se rompió la unidad religiosa de Europa y ésta comenzó a desangrarse en terribles guerras de religión. La primera solución a las guerras de religiones que entrevieron los espíritus más abiertos y progresistas de la época fue la de poner entre paréntesis las creencias religiosas de todos y gobernar la sociedad al margen de la religión. O como decía Hugo Grocio²: “Hay que gobernar como si Dios no existiese; lo cual no puede decirse sin grave blasfemia”. Grocio, que es un ejemplo

de tolerancia, no pretendía que sus coetáneos aceptaran las ideas religiosas de los otros, de los adversarios, más aún -y esto es lo relevante- consideraba blasfemas la inmensa mayoría de las ideas que mantenían los otros. Lo que Grocio y toda la escuela española del Derecho querían era, ante todo, la paz y ésta exigía poner entre paréntesis las diferencias, incluso las posibles herejías. Y fue así cómo comenzó a florecer en Europa la tolerancia como solución para regular las relaciones entre los diferentes.

Tolerar, pues, es poner entre paréntesis las diferencias. El tolerante era aquel que sabía poner bien los paréntesis. Han pasado cuatro siglos y la tolerancia, que se presentó como una virtud más bien modesta, se ha vuelto a poner de actualidad, a pesar de que muchos de los problemas que se pretendían resolver con la idea de tolerancia se resuelven hoy mejor con la idea de los Derechos Humanos.

En este inicio del nuevo milenio son multitud los congresos, reuniones y declaraciones sobre la tolerancia, comités contra la intolerancia, asociaciones contra la intolerancia. Todavía hoy, como ocurriera en los siglos XVI y XVII, se recurre a la tolerancia para defender el derecho de la conciencia frente a imposiciones fundamentalistas de determinados credos religiosos. E incluso, en sociedades laicas, con Estados laicos o aconfesionales, la tolerancia juega todavía un importante papel en el debate público. La globalización y el multiculturalismo de nuestras sociedades, con la creciente presencia del otro, del diferente, ha rescatado y revitalizado la vieja idea de la tolerancia como fórmula para resolver nuestros problemas y nuestras diferencias. Pero, ¿estamos de acuerdo en qué significa realmente tolerar? ¿Adjudicamos todos el mismo significado al término “tolerancia”? Miren ustedes, creo que pocas palabras hay tan elásticas como ésta de la tolerancia. La tolerancia entendida como una actitud o un estado mental es un término de una textura abierta tan amplia que puede ser susceptible por lo menos de las siguientes actitudes que repasaremos a continuación.

De acuerdo con una primera interpretación de la tolerancia, conectada con sus orígenes como mecanismo para hacer frente a las guerras de religión, la tolerancia consiste simplemente en la aceptación resignada de la diferencia con vistas a lograr la paz social. En este sentido, tolerar supone soportar o padecer algo que repugna, que atenta contra nuestras más íntimas convicciones, y que se hace por razones puramente prudenciales, como lograr un *modus vivendi* que evite la confrontación. En esta acepción, la tolerancia es una regla prudencial. No es una virtud. Es una norma de prudencia para lograr la paz.

Una segunda interpretación de la tolerancia supone hacer de ésta una actitud pasiva ante la diferencia. Aquí la tolerancia, en el fondo, se confunde con la indiferencia, con el desinterés, con el “me tiene sin cuidado”. A veces decimos que somos tolerantes y en realidad lo que somos es sencillamente indiferentes. No nos importa el destino de los otros ni lo que ellos piensen, y a eso lo llamamos en ocasiones tolerancia. Posiblemente sea éste un significado bastante común que damos en una sociedad donde prima el egoísmo y el interés privado. Para esta segunda interpretación, una sociedad tolerante no es más que un sinónimo de una sociedad indiferente.

Una tercera forma de interpretar la tolerancia consiste en ver en ella una virtud estoica. Se acepta que los demás hagan lo que hacen y digan lo que dicen porque tienen ciertos derechos, aunque su ejercicio no nos guste. Es la actitud resignada de quien no puede prohibirle a otro que realice un acto que le disgusta porque el otro está actuando ejerciendo un derecho.

Y un cuarto significado de tolerancia supone identificarla con la apertura a los demás, con la curiosidad, con la voluntad de escuchar y aprender de los demás sus verdades.

Todas estas actitudes, fíjense ustedes qué diferentes, entre norma de prudencia, o aceptación estoica, o indiferencia, o curiosidad, todo esto es lo que mezclamos cuando hablamos en ocasiones de tolerancia. Y si los términos deben servir para que nos podamos entender, creo que parece excesiva esta amplitud de significados que hace del término tolerancia un término realmente poco operativo.

En mi opinión, estas diferentes interpretaciones de lo que es la tolerancia, la confunden unas veces con la indiferencia, otras veces con la obligación legal de no interferir en el derecho de otros, y otras veces con la idea de la obligación de respetar a los demás. Por eso, si queremos introducir un mínimo de claridad en el lenguaje, deberíamos reservar el término tolerancia sólo para la primera acepción porque en realidad sólo se puede tolerar lo que no nos gusta.

Ésta es la tesis que quiero explicarles a ustedes, de la mano del profesor Ernesto Garzón. La tolerancia es, pues, una actitud que se somete a prueba siempre que se den al menos tres condiciones. Y para que podamos hablar de que somos tolerantes se tienen que dar al menos estas tres condiciones: primero, respecto al acto que vamos a tolerar tiene que haber una tendencia a prohibir el acto, el primer impulso nuestro tiene que ser a prohibirlo. No se puede hablar de tolerancia ante unos actos o prácticas que merecen nuestra aprobación. A nadie se le ocurre decir que tolera muy bien una alabanza o un elogio. No se toleran las alabanzas, es otra cosa distinta. Lo normal es que toleremos una crítica, una descalificación o incluso en ocasiones toleramos un insulto. Pero nunca decimos que toleramos algo positivo. Lo que toleramos siempre es algo que consideramos negativo en principio. Porque ésta es la inicial actitud del tolerante, la de rechazo o repugnancia. Ésta es la primera condición para que podamos hablar de tolerancia.

La segunda condición es lo que se llama “la competencia adecuada para prohibir el acto”. Si el acto no me gusta y puedo prohibirlo. La persona tolerante tiene que estar en situación de poder prohibir el acto en cuestión. El esclavo, por ejemplo, piensen ustedes, no tolera los castigos del amo, los padece, pero no los tolera. Como tampoco desde luego tiene sentido afirmar que, por ejemplo, en mi caso, tolero la política exterior del presidente Bush. No está en mis manos cambiarla, no puedo hacerlo y por ello no puedo hablar de tolerancia. Puedo decir que lamento, que padezco, la política exterior del señor Bush, pero no puedo evitarla. Sin embargo, lo que sí

toleramos es que nuestro hijo o nuestra hija lleguen tarde a casa, podría prohibirlo pero por unas u otras razones lo tengo que aceptar. O en mi caso, tolero en ocasiones que los alumnos hablen durante clase. Podría, como profesor, prohibirlo. Pero por unas u otras razones decido ponerlo entre paréntesis y mirar hacia otro lado. Es decir, que para poder tolerar se tiene que dar otra condición, no sólo que inicialmente el acto no te guste, sino que además lo puedes prohibir. Si no lo puedes prohibir, no se puede decir que toleres el acto.

Y por último, la tercera condición sería la ponderación de argumentos. Esto es: tiene que haber una actitud de sopesar los pros y los contras para permitir la conducta que inicialmente nos repugna. Tiene que haber una fase deliberativa de sopesar si conviene o no conviene prohibir una cosa que no me gusta, que puedo prohibir, y sin embargo, tal vez haya razones para pasar la vista por encima y aceptar ese acto.

Estas son, a mi modo de ver, las tres condiciones para que podamos hablar de tolerancia y por lo tanto poco tiene que ver con la indiferencia, con la que a veces se confunde; ni con el respeto. La tolerancia es otra cosa. Tolerar un acto, o tolerar un comportamiento o una forma de ser o de vestir de otras personas, supone: primero, rechazar inicialmente esa actitud o ese comportamiento; segundo, tener la capacidad de prohibirlo y tercero, sopesar razones a favor o en contra de prohibirlo y finalmente aceptar ese acto. No prohibirlo porque hay razones más poderosas a favor que en contra. Y en este sentido es cierto que la tolerancia tiene todavía un cierto campo de aplicación. No es infrecuente



Virgilio Zapatero y Ana Isabel Hidalgo.

que las autoridades, locales, regionales o nacionales, toleren comportamientos más o menos masivos en ocasiones ilícitos. A mí me gusta el fútbol, pero la verdad es que en ocasiones prefiero que no gane ningún equipo de Madrid, porque sé que cuando ganan asaltan la Cibeles y provocan destrozos. Las autoridades en ocasiones toleran esos comportamientos. O se ha tolerado durante mucho tiempo y se sigue tolerando que a pesar de la obligación que tiene el gobierno vasco de publicar sus leyes en el Boletín Oficial del Estado, no se publican. Y ocurre con frecuencia en la comunidad internacional que los Estados toleran a regímenes absolutamente indeseables, que nos encantaría hacerles desaparecer. Hay razones para hacerles desaparecer y sin embargo se les tolera porque hay algunos otros tipos de razones que se entienden superiores y que aconsejan que sea mejor no hacer nada.

En resumen, la prudencia política una veces, el balance de costos y beneficios otras veces, operan en ocasiones como buenas razones para justificar ciertas tolerancias.

No parece, desde luego, que en el ámbito de las relaciones internacionales, por ejemplo, se pueda prescindir totalmente de la tolerancia.

Por lo tanto, la tolerancia como virtud no puede darse por supuesta, sino que depende de la calidad de las razones que intervienen a favor o en contra de prohibir un acto. Por eso, y esto lo quiero recalcar, no es posible tolerar todo. Quien tolera todo, o es un irresponsable o sencillamente un indiferente ante el destino de los demás. Hay tolerancias bobas, insensatas, como son aquellas tolerancias que se apoyan en malas razones para ampliar el campo de lo permitido socialmente. Ningún derecho, por ejemplo, a la identidad, ninguna política de reconocimiento, puede ser razón suficiente para que las sociedades toleremos en nuestro seno la ablación de clítoris, los malos tratos, la negación de deberes a ciertos colectivos especialmente maltratados, el canibalismo, la exaltación del fascismo, el racismo o la xenofobia. Consentir estas prácticas no es un signo de tolerancia, sino sencillamente de insensatez. Son lo que podríamos llamar tolerancias suicidas. Ahora bien, ¿es la tolerancia la única actitud que podemos tener ante una persona que es diferente?

Si la tolerancia es, como creo yo, una regla de prudencia en ocasiones o como máximo una virtud menor, de segundo orden, mayor relevancia moral tiene otra actitud ante el diferente, como es la del respeto, que a veces confundimos con la tolerancia. No en vano, frecuentemente cuando hablamos usamos indistintamente tolerancia y respeto. Y no son sinónimos la tolerancia y el respeto. Tal vez la prudencia política o el valor de la convivencia entre culturas, obligue a tolerar ciertas prácticas que rechazamos en función de superiores objetivos. Supongamos, por ejemplo, el caso del uso del velo en las escuelas, como ha ocurrido en Francia. Ahora bien, ¿debemos respetar todo lo que toleramos? ¿Coincide el círculo normativo de la tolerancia con el del respeto? Miren ustedes, el respeto es mucho más selectivo.

No todo lo que tenemos que tolerar, lo debemos respetar. A veces no nos queda más remedio que tolerar ciertas actitudes, pero no por eso quiere decir que las debamos respetar. Puede ser que tengamos que tolerar, por ejemplo, en algún momento el velo en las escuelas públicas, pero eso no quiere decir que lo tengamos que respetar. El respeto supone observar en un comportamiento algo que puede ser valioso. Fíjense en ese pequeño matiz que quiero introducir: algo que puede ser valioso.

Las condiciones de la tolerancia y el respeto son distintas. Tal vez la primera gran diferencia es que para que podamos hablar de tolerancia ante un determinado comportamiento, éste tiene que provocarnos una primera reacción de rechazo. Pero, en el respeto, la inicial reacción ante una opinión o un comportamiento no es de repulsión, sino de interés, de curiosidad. Para respetar una posición, una idea, un comportamiento, no tenemos que estar de acuerdo con los mismos, basta con comprender que reflejan un punto de vista moral diferente, que puede tener sus razones atendibles, y que esta diferencia nos ofrece la oportunidad de aprender, buscando al otro y así depurar nuestra propia posición y nuestras propias ideas. A esta apertura hacia el otro, a esta

curiosidad, a este ver qué es lo que hay de valioso en el otro, en sus comportamientos, prácticas, costumbres e ideas es a lo que yo llamo la actitud de respeto.

Es cierto que toda cultura -el islam, el budismo o el cristianismo-, que han aportado durante siglos un horizonte de significados para millones de personas, deben tener a priori algo que merezca nuestro respeto. Pero conviene aclararlo inmediatamente: respetar una cultura, sea la musulmana o la budista o la cristiana, no supone aceptar todas sus prácticas. Todas las culturas tienen en su seno prácticas y costumbres que tal vez tengamos que tolerar pero que no merecen nuestro respeto. Afirmar de entrada el valor de todas las prácticas de una determinada cultura es una muestra de condescendencia y más aún, de falta de respeto. La democracia significa respeto y apertura a todas las culturas, pero también desafío a todas las culturas para que abandonen aquellos valores intelectuales y morales que son incompatibles con los ideales de libertad, de igualdad y de una búsqueda cooperativa sostenida de la verdad y del bienestar. Es así, pues, cómo conviene diferenciar lo que es tolerancia y lo que es respeto.

Reitero: toleramos lo que no nos gusta, pero que por razones de prudencia, decidimos no prohibir. Y respetamos, sin embargo, lo que estimamos que puede tener un cierto valor y sobre lo que merece la pena dialogar por si pudiéramos o debiéramos adoptar su punto de vista, opinión, práctica o costumbre.

Y a su vez, el respeto nos ofrece una extraordinaria oportunidad. Hay una escala que va del rechazo a la indiferencia, a la tolerancia; un peldaño más es el respeto. Y un último peldaño en esa actitud hacia el otro es la admiración, sobre la que con tanta perspicacia ha reflexionado el profesor Aurelio Arteta. A mi modo de ver, es el escalón superior.

En efecto, ante el diferente a veces hay que adoptar una actitud que va mucho más allá de la tolerancia y del respeto. La admiración sí que es una auténtica virtud. Es un escalón más difícil, porque vivimos en un mundo poco o nada propicio a la admiración. Un falso igualitarismo ciega ferozmente las diferencias, sin querer admitir que el otro a veces es sencillamente mejor. No es que no haya ejemplos admirables, es que se nos está atrofiando la capacidad de admiración. O que no la vemos allí donde se nos presenta. Por eso, en lugar de admirar, nos contentamos a veces con el asombro, que es solamente la sorpresa ante la rareza o la desmesura. Y éste es un gran error, como ya advertía un gran filósofo. Montaigne³, en sus ensayos, decía: “extraordinaria prueba de la debilidad de nuestro juicio es que se valoren las cosas por su rareza o novedad, o incluso por su dificultad, aunque no les acompañe ni la bondad ni la utilidad”.

Nuestra cultura, nuestra civilización, nuestra forma de vida, cultiva y mimra lo nuevo, lo singular, lo inesperado, que es lo que produce el asombro. Pero la admiración es otra cosa, pues sólo surge de la contemplación de lo valioso y lo útil. Practicar la virtud de la admiración tiene sus requisitos. Admirar, en primer lugar, es ser capaz de ver al otro, al diferente. Sin esa capacidad de visión, sin esa capacidad de mirar, no es posible admirar; por lo tanto, el otro tiene que hacerse presente. En segundo lugar, supone asumir la idea de la desigualdad moral,

reconocer que hay personas, cosas, ideas e ideales, iguales, mejores y peores. En tercer lugar, exige estar dispuesto a emularlo. “Sólo se ama, decía Aristóteles⁴, aquello que se admira”. Y Unamuno⁵ también lo decía, pero al revés, “sólo se admira lo que se ama”. Y salvo que nos embriaguemos en un etnocentrismo sin sentido, la creciente visibilidad de los diferentes, de los extranjeros, de quienes están aquí entre nosotros, generada por la globalización y la multiculturalidad, tiene ese lado positivo: incrementan nuestras posibilidades de encontrar nuevos modelos de comportamiento y nuevas ideas que debemos admirar y por lo tanto imitar.

Comenzaba mi intervención preguntándome qué es lo que debíamos hacer con los otros, con los diferentes; por ejemplo, con los inmigrantes. Y ante el predicamento que hoy parece tener la tolerancia, creo que debemos buscar caminos más ricos para tratar a los otros, unos otros que con una intensidad hasta ahora desconocida, se hacen presentes en nuestras vidas. La tolerancia sigue siendo, ciertamente, necesaria en ocasiones, pero como virtud es demasiado pobre; casi no es una virtud, es una regla de prudencia que ayuda a evitar el enfrentamiento poniendo entre paréntesis nuestras diferencias. Pero hay diferencias que no hay que no poner entre paréntesis, sino todo lo contrario, conviene sacarlas a la luz y exhibirlas, dando así ocasión para un diálogo multicultural que mutuamente nos enriquezca.

En suma, si bien hemos de tolerar lo que no nos gusta pero cuya prohibición puede causar mayores males, debemos respetar todo aquello en lo que sospechamos que hay algo valioso. Pero, sobre todo, debemos aprovechar la mundialización, el flujo de la inmigración, el descubrimiento y la visibilidad de los otros, para buscar entre ellos a los mejores, admirarlos e imitarlos.



1 Carlos Fuentes Macías (1928-2012). Escritor, intelectual y diplomático mexicano, una de las figuras más destacadas de las letras hispanoamericanas.

2 Hugo Grocio, Hugo Grotius o Hugo de Groot (1583-1645). Jurista, escritor y poeta holandés, defensor del “Estado Absoluto” y creador del iusnaturalismo Inmanentista, una nueva corriente sobre el Derecho natural.

3 Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592). Filósofo, escritor, humanista y moralista del Renacimiento, autor de los Ensayos y creador del género literario conocido en la Edad Moderna como ensayo.

4 Aristóteles (384 a. C.-322 a. C.). Filósofo de la Antigua Grecia cuyas ideas han ejercido una enorme influencia sobre la historia intelectual de Occidente por más de dos milenios, mediante sus tratados sobre lógica, metafísica, filosofía de la ciencia, ética, filosofía política, estética, retórica, física, astronomía y biología.

5 Miguel de Unamuno y Jugo (1864-1936). Escritor y filósofo español perteneciente a la generación del 98, cultivador de la novela, el ensayo, el teatro y la poesía. Miembro del Congreso de los Diputados de 1931 a 1933 por la circunscripción de Salamanca.

II CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

LA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA: SUS RETOS Y SUS CAMINOS

Ponente: **José Manuel Rodríguez Uribe**.

Director General de Apoyo a Víctimas del Terrorismo del Ministerio del Interior (2005-2011).

Fecha y lugar de impartición: 29 de Diciembre de 2006, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

José Manuel Rodríguez Uribes.

Doctor en Derecho desde febrero de 1998 y Profesor Titular de Filosofía del Derecho desde septiembre de 2001, primero en la Universitat de València (2001-2004) y en la actualidad en la Universidad Carlos III de Madrid.

Es autor de *Opinión pública. Concepto y modelos históricos* (Madrid, 1999), *Sobre la democracia de Jean-Jacques Rousseau* (Madrid, 1999) y *Formalismo ético y constitucionalismo* (Valencia, 2002). Ha participado en capítulos de libros colectivos sobre teoría del Derecho, historia de los derechos humanos o derechos sociales y ha escrito numerosos artículos en revistas científicas y en prensa periódica.

Ha impartido clases en universidades y centros de investigación europeos y americanos. Dirige la Cátedra Antonio Beristain sobre el Terrorismo y sus Víctimas del Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas, del que fue Secretario Académico, Subdirector y Director de su programa de Doctorado.

Entre 2005 y 2011 fue Director General de Apoyo a Víctimas del Terrorismo en el Gobierno de España. Recientemente ha publicado el libro *Las víctimas del terrorismo en España*, Editorial Dykinson, Madrid, 2013.

LA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA: SUS RETOS Y SUS CAMINOS

Quiero comenzar agradeciendo a la Fundación Rodolfo Benito Samaniego la invitación. No dudé ni un segundo en aceptarla, por lo que significa esta fundación, por lo que supone también la memoria de Rodolfo y por el trabajo que están realizando en buena medida dirigido precisamente a aportar -desde su modesta posición, pero con mucha firmeza- una contribución para apuntalar estos valores de democracia, de solidaridad, de tolerancia, imprescindibles para una convivencia en paz en cualquier sociedad moderna.

Voy a hablarles evidentemente más como filósofo del Derecho que como Director General de Apoyo a Víctimas del Terrorismo. Empezaré haciendo un planteamiento general de los que a mi juicio son los problemas actuales de las democracias de nuestro entorno, para después, sin pretender dar una receta mágica, señalar algunos de los caminos (conocidos por otra parte) relacionados con esas ideas de convivencia y tolerancia, protagonistas de este ciclo de conferencias.

¿Cuáles esos problemas o esos retos que tenemos en las sociedades democráticas de nuestro entorno? En primer lugar, tenemos el reto de la seguridad, de la seguridad frente a la violencia, a los distintos tipos de violencia y por supuesto también frente al terrorismo. Tenemos el reto de la consagración de los máximos niveles de libertad individual, frente a posiciones a veces paternalistas (en el mejor de los casos) o incluso dogmáticas del poder, del Estado o de las Iglesias. Tenemos el reto de una ciudadanía activa, consolidada, participativa, en un contexto nuevo, particularmente en España, de fenómenos migratorios y no tan nuevo de nacionalismos y de reivindicaciones particularistas. Tenemos el reto de la igualdad, la igualdad frente a la pobreza y frente a la discriminación. Tenemos el reto de la combinación adecuada y equilibrada entre el progreso económico y la protección del medio ambiente. Y tenemos también el reto del control del poder frente a la corrupción, frente al abuso, frente a toda práctica ilegal o ilícita de los gobernantes.

Éstos son problemas de nuestro tiempo y necesitan unas adecuadas respuestas, precisamente para que esa convivencia en paz y en libertad sea posible. Porque convivir no es sólo coexistir, no es sólo cohabitar; es algo más, es compartir. Compartir pacíficamente un espacio común desde el respeto a la diferencia. Creo que esto es importante. La frase tiene muchos vericuetos, muchas exigencias. No se trata sólo de coexistir, sino de compartir. Y de compartir sin imponer. Es decir, respetando la diferencia. Respetando o tolerando la diferencia.

Aunque la palabra tolerancia a veces es utilizada de forma retórica por muchos, cuando no de forma abusiva. Porque hay quien sostiene, por ejemplo, que la tolerancia en realidad en una sociedad con derechos no sería necesaria, porque si los derechos están plenamente consagrados, los márgenes para la tolerancia son muy reducidos: aquello que va contra los derechos no podemos tolerarlo y aquello que tiene que ver con los derechos no es un ejercicio de tolerancia, sino de respeto al ejercicio de los derechos de los demás.

Pero más allá de la disquisición filosófica o semántica sobre la tolerancia, se trata efectivamente de compartir un espacio común: no vivimos en compartimentos estancos, no actuamos en la sociedad de forma individualista o solipsista, autista. El diálogo y la comunicación, no sólo son imprescindibles sino inevitables. El ser humano, lo decía Aristóteles¹, es por definición un ser social. Esa es una realidad ineludible. Pero para que esa convivencia sea posible, sea pacífica y positiva, es necesario que se haga desde el respeto a la diferencia, desde el respeto al “yo” de cada uno.

Claro, esto es un equilibrio complicado de mantener y algunos de los problemas y retos que he señalado dificultan este equilibrio que garantizaría la convivencia en paz en las sociedades actuales. Aunque tenemos algunos instrumentos que pueden ayudar a mantener esa convivencia en paz y en libertad.

¿Cuáles serían algunas de esas «soluciones», algunos de esos caminos para enfrentar esos retos que he mencionado? He señalado al menos seis retos y seguramente me habré dejado alguno en el tintero.

Frente a la violencia en cualquiera de sus formas y el terrorismo como una de las manifestaciones más virulentas de la violencia, está la seguridad. Pero para garantizar esa seguridad sólo tenemos -y aquí sí quiero ser estricto- una receta. Una receta que no es de los últimos años, sino que trae tras de sí una tradición intelectual, filosófica, política, consolidada desde hace siglos. Me refiero a que para combatir la violencia sólo hay un camino: la lucha antiterrorista policial y judicial, pero desde el respeto a los derechos humanos y a las garantías procesales. Junto a esto, por supuesto, es imprescindible la pedagogía, la educación en valores a favor de la paz y de la no violencia.

El instrumento para combatir la violencia y el terrorismo es el Estado de Derecho que tanto oímos nombrar, y el límite es el Estado de Derecho. Ahí tendríamos una suerte de equilibrio siempre y una paradoja. Porque para combatir el terrorismo y la violencia sólo podemos utilizar el Estado de Derecho; de la misma manera que el propio Estado de Derecho nos pone unos límites a ese combate contra la violencia.

El segundo problema, el que tenemos como individuos, no tanto como ciudadanos sino como personas individualmente consideradas, es que en ocasiones -desde distintos ámbitos- sociales, políticos, religiosos, nos quieren dirigir nuestra vida privada de alguna forma. Cuando ya se pretende condicionar la vida privada de las personas nos encontramos ante conductas paternalistas, en el mejor de los casos, o directamente dogmáticas.

Frente a este problema, también las recetas están escritas. Sólo cabe la defensa de un Estado laico, aconfesional, la separación entre la Iglesia y el Estado y la defensa de lo que se conoce como el “paternalismo justificado”. O dicho de otra forma, sólo es posible establecer límites a la autonomía individual de las personas cuando de lo que se trata es de proteger la vida o la integridad de esas personas. Un ejemplo muy sencillo: si alguien va a cruzar un puente sin saber que ese puente está roto y por lo tanto está en riesgo de perder su vida, el tercero que percibe eso tiene la obligación de evitar que cruce el puente. No puede decir: “bueno, en el ejercicio de su libertad, tiene derecho a cruzar el puente”. Porque la persona que va a cruzar no conoce los peligros y los daños que pueden existir.

Cuando uno es mayor de edad, está en su sano juicio, es responsable de sus actos, pues también a veces (y de esto hay ejemplos múltiples) la libertad individual debe prevalecer sobre cualquier tipo de control o de prohibición. Si no, tendríamos que prohibir prácticas tan arriesgadas por un lado pero tan interesantes como el alpinismo, o las carreras de motos, o de coches, que son claramente situaciones de riesgo.

Otra cosa es cuando uno es menor de edad o no está en una situación de poder decidir por sí mismo. Quiero decir con esto que la libertad individual no es absoluta y que solamente encuentra el límite en esa necesaria justificación del paternalismo, que está vinculada a evitar el daño a la persona cuando ésta no es consciente de la posibilidad de ese daño que se puede crear, o cuando va a producir daños a terceros.

El reto de la inmigración y de los nacionalismos fue el tercero de los retos que mencioné. Son cuestiones distintas, aunque producen un efecto multiplicador de la diversidad. España es un claro ejemplo de eso. Ha pasado de ser -durante todo el siglo XX y hasta hace escasamente 30 años- un país de emigrantes a un país de inmigración. La inmigración trae, entre otras cosas, diversidad cultural. Pero, además, España es un Estado plural. Hay una diversidad exógena y una endógena, o una diversidad vinculada con los fenómenos migratorios y otra de origen. Por tanto, esto complica mucho la realidad social de nuestro país.

Creo que la clave aquí está en reforzar, en potenciar todos los elementos positivos de esta diversidad y tratar de anular o disminuir los efectos negativos, vinculados fundamentalmente con la desvertebración social. Es decir, una sociedad que no tiene nexos comunes es una sociedad que tiene riesgos serios de desvertebración, o con el daño a terceros vinculados con prácticas amparadas bajo el manto de la religión, que son prácticas intolerables. Pero, en última instancia, esto se resuelve o se potencian sus dimensiones positivas con una expansión de la noción de ciudadanía. El reto de las sociedades democráticas de los próximos años, no sólo de España, es la extensión de la ciudadanía. Recuerden ustedes que el ciudadano empieza a ser tal propiamente dicho a finales del siglo XVIII, con la revolución francesa en 1789. Pero esa noción de ciudadanía todavía es muy reduccionista, se refiere únicamente a los ciudadanos burgueses, con un determinado nivel económico, y a los varones. El ciudadano era el hombre y el propietario.

Afortunadamente, con el paso del tiempo y con las luchas del movimiento feminista y de los movimientos obreros, se extiende la ciudadanía a las mujeres, que no eran consideradas ciudadanas (en España hasta hace muy poco) y a la clase trabajadora. El reto de los próximos decenios va a ser la inmigración, la extensión de la ciudadanía a los inmigrantes, al menos en lo que relacionado con su participación en el ámbito local, en el barrio, donde viven, donde pagan impuestos, donde trabajan; al menos en ese ámbito local parece imprescindible porque será una manera de reforzar los lazos que nos unen, sin dejar de respetar las diferencias justificadas.

La igualdad frente a la pobreza y la discriminación es otro problema que sin duda dificulta una convivencia armónica o en paz. La receta también es sabida. Es de nuevo reforzar dimensiones vinculadas con derechos económicos, sociales y culturales que garanticen la satisfacción de necesidades básicas a todas las personas. Frente a la dicotomía entre el progreso económico y su tensión con el medio ambiente sólo cabe el crecimiento sostenible. Ello también es conocido, así como la solidaridad intergeneracional. Muchos de los problemas vinculados con el medio ambiente, que dificultan también una convivencia en libertad, tienen que ver con los riesgos de un medio ambiente que se deteriora, pero son riesgos cuyos efectos en muchas ocasiones no sufrimos en tiempo presente, ni siquiera a medio plazo, sino que los sufrirán las generaciones venideras. Y por tanto, ahí el esfuerzo de solidaridad con las generaciones futuras será fundamental.

Y por supuesto, frente a la corrupción, el abuso de poder, etc. sólo cabe la aplicación de la ley y mover todo el Código Penal ante aquellas prácticas ilícitas, además de una cierta pedagogía que impulse la idea del gobierno de las leyes en una sociedad democrática. Es decir, cuando afirmamos que en una democracia quien gobierna son las leyes lo que queremos decir desde Montesquieu², e incluso desde la Grecia clásica, es que no hay nadie por encima de la ley, ningún alcalde, ningún gobernante, del signo que sea. La ley limita a todos y también a los propios gobernantes. Por lo tanto, la única respuesta posible es el respeto a la ley y una cierta pedagogía permanente de transparencia, de austeridad, de altruismo en el ejercicio de la función pública.

Éste es el panorama general que quería presentar con algunas de las fórmulas y caminos que podemos adoptar para combatir esos problemas que dificultan la convivencia en las sociedades actuales.

Pero quería añadir al menos tres cuestiones más. La primera de ellas es que tenemos que ser conscientes de que este modelo que he diseñado a vuela pluma de respeto a la libertad individual, de extensión de la ciudadanía, de ampliación y reforzamiento de los derechos sociales, de respeto al medio ambiente, de la seguridad desde el respeto al Estado del Derecho y con el límite del Estado de Derecho y del Código Penal, y las leyes frente a la corrupción; es un modelo inacabado, que todavía debemos seguir perfilando, tanto desde el punto de vista intelectual como sobre todo desde la perspectiva de sus consecuencias prácticas.

¿Qué quiero decir con que es un modelo inacabado? Desde un punto de vista práctico, es obvio que el modelo no ha concluido porque no se ha realizado plenamente en la realidad social en algunas de sus posibilidades o potencialidades. Un carácter incompleto que -desde mi punto de vista- afecta a todos los niveles, pero sobre a la seguridad, y al final a la libertad, en concreto de los más débiles. O si se prefiere, al reconocimiento y satisfacción efectiva de los derechos sociales, que son derechos que tienen sentido principalmente para las personas inmersas en situaciones de mayor vulnerabilidad económica, social o cultural. Estoy pensando en las mujeres, frente a la violencia de género y la discriminación y la desigualdad. Estoy pensando en los inmigrantes (en los inmigrantes pobres, sobre todo, también hay extranjeros ricos, obviamente). Y también pienso en las víctimas de actos violentos.

Desde un punto de vista teórico, el modelo también es incompleto. En el mejor de los casos, presenta algunas contradicciones. Incluso si pensamos en su versión más interesante, es decir, en aquella capaz de combinar todas esas exigencias que he lanzado y que sería el resultado de la combinación de las tres grandes tradiciones intelectuales de la Europa continental (la liberal, la socialista y la republicana). Incluso en ese caso tenemos problemas.

Pienso principalmente en los retos para la noción de ciudadanía, noción básica para entender el sentido de la libertad y de la seguridad que deriva de los fenómenos migratorios en un marco complejo, de globalización por un lado y por otro de localización. Vivimos unos procesos complejos, en donde la globalización (fundamentalmente



José Manuel Rodríguez Uribes durante su conferencia.

económica) genera efectos en todas las sociedades del mundo; donde una decisión tomada en un centro económico a nivel mundial puede afectar a la economía de un país entero. Pero al mismo tiempo vivimos procesos de localización, de reivindicación identitaria de los pequeños lugares de los cuales las personas se sienten nacionales.

El quid de la cuestión en esta materia está en el reconocimiento de esas personas, por ejemplo, de los inmigrantes, como sujetos de derecho, pero también como sujetos de deberes. Así como en su efectiva y completa, igualitaria integración social y política. O con otras implicaciones, la Europa de

los ciudadanos y de los Estados, que es lo que básicamente quería consolidar el tratado de una Constitución para Europa, frente al reto de la multiculturalidad interna y también de la recibida, fruto de la inmigración.

Por tanto, la pregunta al final es: libertad y seguridad de acuerdo con el modelo de convivencia que hemos heredado, con nuestro modelo de convivencia, ¿de quién y para qué y hasta dónde llega? ¿Incluyen los sueños europeo y norteamericano más allá de las diferencias entre ellos una libertad y una seguridad para todos, incluidos los que no son ciudadanos? ¿Hay alguna posibilidad de que estos “no ciudadanos” terminen siéndolo con los mimbres que hemos heredado de la Ilustración, o hay que sustituir esos mimbres por otros?

Hay una respuesta a mi juicio no acertada, que es la ultraconservadora. Ésta es no sólo insuficiente sino también contraproducente. Esta respuesta empieza a generarse a finales de los años 90 e incluso a principios de este siglo en lo que se llamó “la nueva Europa” y por supuesto en los Estados Unidos del presidente Bush junior. Esta alternativa teorizada de forma simplista pero efectiva por figuras como Kristol³, Wolfowitz⁴, o Robert Kagan⁵ (también aquí en España la FAES hace un esfuerzo en este sentido), quedó al descubierto con la guerra de Irak, con consecuencias monstruosas diarias en todos los órdenes, fruto en última instancia de una comprensión de la seguridad o de la libertad que atenta contra la filosofía de la modernidad, incluso en su versión más débil recogida en la clásica tesis medieval del inicio de la modernidad de Thomas Hobbes⁶.

Si pensamos en clave de seguridad, en relación con este modelo ultraconservador, frente al terrorismo internacional, frente a las armas de destrucción masiva o frente a la clásica guerra de agresión, la llamada guerra preventiva convierte en modelo, en paradigma, precisamente lo que durante siglos trató de corregirse, en especial tras las dos grandes guerras mundiales del siglo XX. A saber, el estado de naturaleza que describía Hobbes como un estado de guerra permanente de todos contra todos.

Asimismo, la obsesión por la seguridad, que no necesariamente supone mayores cuotas de eficacia, implica evidentemente una reducción de la libertad. Estos son los términos clásicos del dilema libertad vs. seguridad. Pero también, y esto es lo que me parece más preocupante y más llamativo de ese modelo ultraconservador: su seria dificultad para la solidaridad respecto a los otros, a los diferentes, que se ven como peligrosos, con los consiguientes riesgos de racismo y xenofobia, de violencia, de desintegración o de desvertebración social, en suma, de seguridad. Es decir, la obsesión por la seguridad conduce a la inseguridad. Es una tesis que puede comprobarse a nivel internacional con la política belicista consagrada con la invasión de Irak.

Si pensamos en clave de libertad, también es un modelo inaceptable porque contradice no sólo el Derecho Internacional, sino también el propio espíritu que subyace en la libertad. Es una contradicción intentar imponer la libertad. Decía Montesquieu que “hasta la virtud necesita sus límites”. Y recuerden que la invasión de Irak se situaba en lo que se conocía como “la agenda de la libertad”.

También hay imposición -naturalmente, no en términos militares, aunque a veces sí con tentaciones de hacerlo con el Derecho Penal en la mano- cuando se exige desde ciertos sectores el llamado “test de constitucionalidad” como requisito de nacionalidad, junto a otros más razonables como la lengua y la residencia en relación con los inmigrantes, como requisito para la ciudadanía, para los derechos políticos, por ejemplo, en el ámbito local. Hay dos leyes recientes en este sentido en Austria o en Dinamarca, y es un tema muy interesante éste del respeto a los derechos culturales de los inmigrantes, cuando no atentan (la idea de daño aquí es fundamental) contra la dignidad humana.

La libertad política, y al final la libertad sin más, se condicionan así con la aceptación de unos valores que para algunos de estos constitucionalistas sólo admite una respuesta correcta, inamovible, incluso indiscutible, expresión de un derecho natural que durante muchos años en España hemos negado. Me refiero, para ser más claro, a que en ocasiones se dice: “bueno, si los inmigrantes quieren ser españoles, quieren tener el título de ciudadanía, pues tienen que pasar un test vinculado con el conocimiento de la Constitución”. No me refiero sólo a España, es una política general europea.

Esto me parece un poco excesivo. Primero porque la Constitución no admite una única interpretación; segundo porque si ese test lo aplicáramos a los españoles, quizás a algunos de nosotros nos tendrían que retirar la condición de ciudadanía porque, en fin, saberse la Constitución (aunque haya que respetarla) no parece lo más razonable. Parece un ejercicio excesivo, vinculándolo a este test de constitucionalidad. Es negativo porque se ve a la Constitución como un coto vedado, interpretado normalmente a la defensiva y en régimen de monopolio.

Por ejemplo, podemos citar un texto de Wolfowitz, uno de estos autores “neocons”, en que lo expresa con rotundidad: “Se trata de demostrar que tus amigos (que son aquellos que piensan como tú) serán protegidos y atendidos; que tus enemigos (es decir, aquellos que discrepan) serán castigados y que aquellos que rechazan apoyarte se arrepentirán de no haberlo hecho”. Ésta era un poco la filosofía de uno de los intelectuales que apoyó las decisiones políticas de la invasión de Irak por parte de Bush.

Buena parte de lo que he sostenido sobre la manera de entender la seguridad y la libertad de este modelo según posiciones ultraconservadoras tiene consecuencias muy negativas en el plano nacional e internacional. Pero su amenaza se acentúa si pensamos en sujetos particulares, como los inmigrantes pobres de nuestras sociedades, especialmente vulnerables. No son ciudadanos, de manera que carecen de una dimensión básica de la libertad, que Aristóteles ya afirmó cuando se refirió a los hombres como “animales políticos”, pero es que además estos inmigrantes pobres no están exentos de los golpes de la inseguridad, como lo demuestra un estudio de hace unos años del profesor Manuel Calvo⁷ y de sus colaboradores de la Universidad de Zaragoza sobre la principal condición de víctimas de los inmigrantes. Es decir, son más veces víctimas que delincuentes en las estadísticas oficiales de la Administración de Justicia. Cuando a veces se vincula inmigración con delincuencia se olvida que

los sujetos mayoritarios, las víctimas de los delitos, son los inmigrantes. Aparecen en las estadísticas mucho más como víctimas que como causantes de delitos.

Bien, lo que pretendía decir con esto es que el modelo está inacabado y la alternativa para completarlo, presentada en los últimos años por esa corriente neoconservadora que tiene su origen en Estados Unidos y que se extiende por lo que se denominó la vieja Europa y la nueva Europa (ésta última representada por los defensores de estas tesis, entre ellos el presidente José María Aznar) es un modelo que hay que descartar para completar nuestro modelo de convivencia, que se sostiene fundamentalmente sobre un valor, el valor de la libertad.

La libertad entendida de determinada forma. La noción de libertad, y así lo señaló, por ejemplo, Rousseau⁸, o más intensamente John Stuart Mill⁹, ha sido la preocupación central del pensamiento moral y político en la historia, aunque como también dijeron estos dos clásicos, los resultados han sido de lo más diversos, incluso muchas veces incompatibles entre sí. Recuerden las soflamas fascistas de Mussolini en nombre de la libertad. Cuando decía: “no hay libertad fuera del Estado fascista”, lo decía en nombre de la libertad. O cuando en un viaje de Fernando de los Ríos a la Unión Soviética inmediatamente después de la revolución bolchevique, en una entrevista con Lenin, le comentó: “la revolución ha posibilitado que los campesinos y las clases trabajadoras accedan al poder y tengan oportunidades económicas que no tuvieron con el régimen de los zares, eso es la lucha por la igualdad, pero... ¿y la libertad? Y Lenin le contestó: ¿libertad para qué? y aquí se veía su desprecio por la libertad.

La libertad es fundamental en nuestro modelo. Y dos planteamientos generales en torno a este valor desde el punto de vista histórico y en el terreno de su fundamentación pueden recordarse dentro de la tradición amplia de la modernidad que conduce a nuestro modelo de convivencia. En ambos casos, el resultado, aún por caminos diferentes, es a mi juicio el mismo. La afirmación de la libertad como valor moral, político y jurídico, sin el que la convivencia es imposible (o al menos en todo caso la convivencia pacífica).

Sólo un breve recordatorio: hay una tradición filosófica y política que concibe la libertad como un dato antropológico, como un rasgo esencial y definitorio de la condición humana. Los hombres nacen libres e iguales, decía Rousseau en el discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres.

O desde un punto de vista normativo, también está el preámbulo de la Declaración Universal de Derechos Humanos que comienza así, afirmando que las personas nacen libres e iguales en derechos. Es más, lo que diría esta tradición es que lo que caracteriza principalmente a la condición humana no es su razón, como diría Descartes¹⁰ o Voltaire¹¹, sino la libertad. La libertad es vista así como un hecho, como un dato de la realidad humana de origen cognitivo y de este ser como un rasgo estructural, antropológico, que nos describe como seres humanos. Recuerden aquella afirmación de Scheler¹² cuando decía que las personas somos los únicos animales capaces de decir no, y que éste sería el elemento distintivo de los seres humanos.

Esta tradición hace el siguiente silogismo: como las personas nacen libres e iguales (la idea del hombre natural), debemos ser libres e iguales en el orden político y en el orden jurídico. Y para ser libres e iguales, antes tenemos que estar seguros. Y así se justifica el nacimiento del Estado moderno, el que da soporte a nuestro modelo de convivencia.

La existencia del Estado, que hoy es un Estado democrático, se justifica a partir de esa necesidad de seguridad previa para que podamos, en la vida social, no ya en el estado Naturaleza, seguir siendo libres e iguales.

La otra tradición es la que dice que la libertad como valor no es un dato antropológico, no encuentra su fundamento en la realidad ontológica del hombre, sino en la razón. Según esta tradición, la razón nos conduce a la libertad. Las personas, ni nacen libres, ni nacen iguales, pero debemos ser libres e iguales. Ese razonamiento es a la inversa. Si atendemos a la realidad empírica de las sociedades contemporáneas e históricas, tendría más razón. No es lo mismo nacer en una cuna rica, que en una cuna pobre; en un país desarrollado que en un país en desarrollo. Por lo tanto, parece que la libertad y la igualdad no son rasgos de la condición humana en origen, sino que la razón nos lleva a su reivindicación.



José Manuel Rodríguez Uribe

Pero el resultado es el mismo. La conclusión será al final la misma: la justificación del Derecho y del Estado como instrumentos para la libertad segura. “No existe libertad, dirá Montesquieu, al margen de la ley”. Incluso la ley es la garantía de libertad de los más débiles. Si no respetamos la ley, la que se impone es la ley del más fuerte. Volvemos al estado de la naturaleza, que no es, como creía Rousseau, un estado armonioso de libertad y de igualdad.

Hoy, en todo caso, la libertad no comprende sólo la libertad política, el reconocimiento de la ciudadanía, o de los derechos políticos y de los deberes, del título -en definitiva- de pertenencia a una comunidad política, ni tampoco comprende únicamente la llamada libertad como no interferencia, que es la libertad que tenemos, no para participar políticamente, sino en el sentido de imposibilitar o prohibir la acción de los terceros en nuestra autonomía (algunos han llamado a esta libertad “libertad privada vinculada al ocio y al negocio”, es decir, a nuestra posibilidad como seres humanos). No comprende sólo estas dos dimensiones de la libertad, sino también el reconocimiento de la identidad particular, de los

derechos culturales, como garantía de una inclusión no uniformadora, respetuosa de la diversidad, más allá del pluralismo político o ideológico individual, institucionalizado a través de los partidos políticos y de los agentes o movimientos sociales convencionales.

Hemos dicho al principio que convivir es compartir, compartir un espacio en paz y en libertad. Pero también desde el respeto a la diferencia. Por tanto, la libertad incluye libertad política, la libertad de participación, la libertad privada para que en nuestro ámbito de intimidad las injerencias de terceros estén reducidas al máximo, sino también el respeto a la identidad particular, siempre que esta identidad particular promueva los valores de libertad y paz en esa convivencia en sociedad.

¿Y cómo debe entenderse la seguridad? La seguridad ya no es sólo, sin más, la seguridad como certeza o como previsibilidad en relación con la respuesta que pueda dar el Estado a nuestras acciones. Esto distingue una sociedad democrática de otra que no lo es. Por ejemplo, en esa película magnífica, *La Lista de Schindler*, hay una escena en la que se entrevistan Schindler, con el comandante del campo de concentración y baja a la bodega y tiene un pequeño diálogo con la criada y ella, que está sufriendo el acoso y la violencia del nazi al cual sirve como asistente en la casa, le dice: “el problema no es que me pegue, no es que me haga daño, sino que no sé qué tengo que hacer para que deje de hacerlo”. Esta sería la peor de las situaciones respecto a la seguridad, cuando no sabemos cuál va a ser la respuesta del Estado o de la sociedad hacia nuestro comportamiento. Esto se visualiza muy bien en la película, cuando este señor se despierta por la mañana después de haber pasado la noche con su amante, sale al balcón que da al campo de concentración y al azar, sin ningún tipo de elemento de por medio, dispara a una mujer que cruza el campo y la mata, al tiempo que bostezaba. Es la gran arbitrariedad. La seguridad ya no es sólo la previsibilidad. Afortunadamente, en las sociedades democráticas sabemos qué va a pasar si realizamos ciertas conductas, cuál va a ser la respuesta aproximada del Estado o de la sociedad en su conjunto.

Pero la seguridad hoy tiene que ser algo más. No hay seguridad sin libertad individual y sin garantías procesales. Tampoco hay seguridad sin democracia. Un modelo en el cual supiéramos que lo que nos va a suceder está previsto y lo conocemos, pero esto que nos va a suceder va contra los valores más básicos de la democracia, tampoco sería una sociedad segura. Y de la misma manera, tampoco hay seguridad sin igualdad, o sin derechos sociales, o sin una suficiente satisfacción de las necesidades básicas de las personas. Si no hay suficientes garantías procesales participativas de democracia y de satisfacción de necesidades básicas, no es posible la seguridad. De la misma manera que tampoco es posible si no se respeta la identidad y el pluralismo y los derechos culturales de los individuos y de los distintos colectivos.

Este modelo, con su carácter inacabado, con la no apropiada alternativa de su interpretación neoconservadora, con la descripción que he hecho de la libertad segura como sus pilares básicos, tendría tres características que

nos deben servir de guía para que se consolide como modelo de convivencia aceptable para todos, no sólo para nosotros sino también para los que vienen de afuera. A mi juicio son características presentes ya en el modelo pero que hay que desarrollar para que sea una garantía de convivencia en paz y libertad. Veamos cuáles son estas tres características.

La primera característica del modelo del constitucionalismo democrático es su pretensión o vocación de universalidad. Es universalista, a consecuencia precisamente de la racionalidad de sus valores. De los valores de seguridad y libertad, pero también de igualdad y solidaridad imprescindibles para justificar la extensión de la ciudadanía. Universalismo que en todo caso no debe confundirse con imperialismo ni -en el terreno del fundamento- con una especie de objetivismo integrista a priori; es decir, creernos que estamos en posesión de la verdad y que el otro siempre está equivocado. Ni aplicación por la fuerza de los valores, ni tampoco creencia de que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Se tratará siempre de una fundamentación de esta universalidad de la democracia racional e intersubjetiva, basada en el diálogo con el otro, deliberativa, apuntalada con algún imperativo moral, no necesariamente liberal, en virtud del cual lo que queremos para nosotros, debemos quererlo también para los demás; o lo que no queremos para nosotros, no debemos quererlo tampoco para los demás. Y en todo caso esta pretensión universalista, estos valores y esa defensa de este modelo tiene que estar limitada por las barreras infranqueables del garantismo procesal y judicial.

Con otras palabras: no hay coto vedado a priori. No estamos en posesión de la verdad de una manera indiscutible, salvo en una cuestión, la relativa a la regla democrática, al titular de la soberanía derivada de ésta y a las garantías procesales y a los derechos humanos básicos. De manera que todo lo demás, puede e incluso debe discutirse, hablarse desde la posición particular de cada cual en términos individuales y también colectivos para hallar un consenso.

La segunda característica, consecuencia de la primera, es que no podemos aceptar tampoco en este modelo lo que Tomás y Valiente¹³ denominó “la historia constituyente”; es decir, que las cosas valen porque en la Historia han sucedido, una especie de falacia historicista que se da en algunos nacionalismos, que afirman: “esto es bueno y debemos seguir por esta línea porque así ha sucedido y por tanto la Historia tiene razón”. La Historia, como decía Ortega¹⁴, no es lo que vemos, sino el resultado del pensamiento sobre lo que vemos. ¡No a la historia constituyente ni las verdades a priori indiscutibles!

Y por último, hay que apelar a un sujeto político, a un sujeto de derecho, a los ciudadanos, en plural. A un Demos plural, como decían los griegos, en vez de a un Etnos comunitario, que es lo que defienden los sectores nacionalistas, lo cual supone vincular el nuevo pacto social y político no sólo a exigencias formales de nacionalidad,

como status legal que no deja de ser un privilegio, ni tampoco hay que aceptar dimensiones de carácter étnico o cultural sustantivas, sino que la clave está en la aceptación, nunca acrítica ni enmascarada, y al compromiso con ciertos valores.

Vuelvo al principio: a los valores de libertad, igualdad, solidaridad y seguridad. Lo que nos identifica como pueblo, como Demos plural, es ese compromiso con esos valores, que no pueden entenderse de una manera indubitada o cerrada o paralizada en la interpretación, sino con apertura de miras y con la posibilidad de darle dinamismo a estos valores a través del diálogo y del compromiso.

Como escribe Juan Carlos Velasco¹⁵, “este modelo de convivencia que tenemos, que está inacabado, el modelo cultural de las democracias occidentales, puede postularse legítimamente como un principio de cohesión en una sociedad plural. Esto es, como un mínimo común denominador en el que coincidir desde planteamientos ideológicos y culturales muy diversos. En suma, como un modelo de convivencia pacífica que va más allá de la mera tolerancia y que busca el encuentro desde el respeto al yo particular”.



1 Aristóteles (384 a. C.-322 a. C.). Filósofo de la Antigua Grecia cuyas ideas han ejercido una enorme influencia sobre la historia intelectual de Occidente por más de dos milenios, mediante sus tratados sobre lógica, metafísica, filosofía de la ciencia, ética, filosofía política, estética, retórica, física, astronomía y biología.

2 Charles Louis de Secondat, Señor de la Brède y Barón de Montesquieu (1689-1755). Cronista y pensador político francés, una de las figuras prominentes de la llamada Ilustración Francesa.

3 William Kristol (1952) analista y comentarista político neoconservador estadounidense; entre 1989 y 1993, Jefe de Gabinete del vicepresidente de Estados Unidos, Dan Quayle en el gobierno de George HW Bush. Fundador y editor de la revista política The Weekly Standard.

4 Paul Dundes Wolfowitz (1943). Político y diplomático neoconservador. Subsecretario de Defensa de los Estados Unidos entre 2001 y 2005 y décimo presidente del Banco Mundial (2005-2007), cargo del cual tuvo que dimitir debido a un escándalo de corrupción.

5 Robert Kagan (1958). Ensayista político neoconservador estadounidense. Fue asesor del ex-presidente estadounidense George W. Bush y del candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, John McCain.

6 Thomas Hobbes (1588-1679). Filósofo inglés considerado el teórico por excelencia del absolutismo político. Su obra Leviatán (1651) influyó notablemente en el desarrollo de la filosofía política occidental.

7 Manuel Calvo García (1956). Doctor en Derecho y Catedrático de Filosofía del Derecho y Sociología Jurídica de la Universidad de Zaragoza, España.

- 8 Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Escritor, filósofo, músico, botánico y naturalista franco-helvético, adscrito al movimiento de la Ilustración (aunque con grandes diferencias con sus principales figuras). Autor, entre otras, de la obra “El Contrato Social”, y pensador político con gran influencia en la Revolución Francesa.
- 9 John Stuart Mill (1806-1873). Filósofo, político y economista inglés representante de la escuela económica clásica.
- 10 René Descartes (1596-1650). Filósofo, matemático y físico francés, considerado como el padre de la geometría analítica y de la filosofía moderna.
- 11 François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire (1694-1778). Escritor, historiador, filósofo y abogado francés, miembro de la Academia Francesa y una de las principales figuras de la Ilustración.
- 12 Max Scheler (1874-1928). Filósofo alemán, con particular influencia en el desarrollo de la fenomenología, la ética y la antropología filosófica, y un clásico dentro de la filosofía de la religión.
- 13 Francisco Tomás y Valiente (1932-1996). Jurista, historiador y escritor español, asesinado por ETA en 1996, en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid.
- 14 José Ortega y Gasset (1883-1955). Filósofo y ensayista español, exponente principal de la teoría del perspectivismo y de la razón vital e histórica, adscrito al movimiento del Novecentismo. Catedrático universitario y fundador de la Revista de Occidente.
- 15 Juan Carlos Velasco Arroyo (1963). Filósofo español, especializado en filosofía política, ética y filosofía del derecho. Investigador del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

III CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

**UNA MIRADA AL MUNDO
CONTEMPORÁNEO: LA COMPLEJA
CONVIVENCIA EN LA ALDEA GLOBAL**

Ponente: **Tomás Calvo Buezas.**

Catedrático Emérito de Antropología Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y Presidente fundador del Centro de Estudios sobre Migraciones y Racismo (CEMIRA) de la misma universidad

Fecha y lugar de impartición: 21 de noviembre de 2007, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica:

Tomás Calvo Buezas

Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Pontificia de Salamanca, Master in Social Science por la Universidad de California y ha cursado Doctorado en Antropología en la Universidad de Nueva York. Ostenta los cargos de Catedrático Emérito de Antropología Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y Presidente fundador del Centro de Estudios sobre Migraciones y Racismo (CEMIRA) de la misma Universidad.

Anteriormente ha ejercido como Representante de España en la Comisión Europea de la lucha contra el Racismo del Consejo de Europa entre los años 1996 y 2002, Profesor en Colombia, Venezuela y México entre 1963 y 1968 y Director de Centros Hispanos en California y Nueva York entre 1973 y 1977. Ha impartido Seminarios y conferencias en todos los países de Iberoamérica, así como en California, Francia y otros países europeos.

Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Investigación sobre Bienestar Social en 1988, Premio “HIDALGO”, con Günter Grass, en 1992, Placa de Honor en la Lucha contra el Racismo y la Xenofobia en 1995, Medalla de la Cultura de Puerto Rico en 1997, Premio “Culturas 2000” en 2000, Premio “Solidaridad con los Inmigrantes” en 2002, Galardón otorgado por la ciudad de Dallas con la entrega de las llaves de la ciudad y de la Asamblea del Estado de Texas con la entrega de la bandera del estado en 2004 y Galardón por la contribución a la “Convivencia Hispano-Marroquí” de las Asociaciones Marroquíes de España en 2006.

En 2013 se le concedió la Medalla de Extremadura, máxima distinción institucional de esta comunidad autónoma.

Ha publicado más de ciento cincuenta artículos en revistas de diversos países y más de una docena de libros unipersonales sobre minorías étnicas de Estados Unidos, América Latina y España, como: *Los más pobres en el país más rico: clase, raza y etnia en el movimiento campesino chicano*, en 1981, *Muchas Américas: Política, Sociedad y Cultura en América Latina*, en 1990, *¿España racista?*, en 1991. *Crece el racismo, también la solidaridad: los valores de los jóvenes en el siglo XXI*, en 1995. *La escuela ante la inmigración y el racismo. Orientaciones de educación intercultural*, en 2003 y *El gigante dormido: El poder Hispano en los Estados Unidos*, en 2006.

UNA MIRADA AL MUNDO CONTEMPORÁNEO: LA COMPLEJA CONVIVENCIA EN LA ALDEA GLOBAL

Quiero comenzar dando las gracias a la Fundación Rodolfo Benito Samaniego por haber tenido la delicadeza que me honra de invitarme a estar esta noche con ustedes. Más que una conferencia, ésta es una evocación en voz alta de los sentimientos que todos compartimos de aquella terrible tragedia condenable y que a todos nos llenó de tristeza. Es ejemplar el comportamiento y la finalidad de esta fundación: no mirar al pasado, sino honrar a las personas y mirar más al futuro para construir entre todos una sociedad en tolerancia y en fraternidad.

Éste es el contexto principal de este acto y la finalidad última de mis palabras. He venido no para pronunciar una conferencia magistral, aunque sea en una universidad tan honrosa como ésta de Alcalá, sino más bien para compartir con ustedes algunos pensamientos en torno a fenómenos complejos del mundo de hoy y la parte digamos oscura de la difícil convivencia, pero también la parte solidaria de la posibilidad de vivir en paz y en fraternidad.

Quiero dedicar por lo tanto mis palabras a la memoria de Rodolfo Benito Samaniego, a sus familiares y a todas aquellas personas que han creado esta honorable fundación.

Si echamos una mirada al mundo contemporáneo encontramos una serie de fenómenos aparentemente contradictorios: por una parte, nunca como ahora el mundo se ha convertido en una aldea global, en una aldea con mayor comunicación, en una aldea que tiende, por un solo sistema de mercado, sobre todo después de la caída del muro de Berlín, a unificar el mundo en una sola forma de vivir.

Nunca como ahora las formas sociales se han parecido tanto y por lo tanto el capitalismo genera una presión a que los pueblos y la gente sean de alguna forma similares. Ahora bien, a la vez que tenemos esta tendencia hacia la universalización, que no ha existido nunca tanto como ahora, se producen también una serie de factores que el mismo proceso genera porque crea una jerarquía demasiado diferente entre una docena de países ricos y una multitud de países pobres. En este sentido, la globalización contemporánea y el sistema, a la vez que mueven a toda la gente hacia una comunidad, lo cual sería positivo, también crea divisiones, conflictos de intereses, de ideologías, que terminan muchas veces en guerras terribles.

Este proceso de globalización es el marco en el que cualquier acontecimiento que suceda, aunque sea local, en Madrid, en Londres, ya sea negativo o positivo, tiene una resonancia en ese mundo globalizado, con una comunicación mayor que nunca, no sólo por la economía sino por los medios de comunicación, por internet, etc. Nunca hemos estado tan relacionados los humanos y sin embargo, no digo que nunca hayan existido tantos conflictos de guerras, afortunadamente cruentas no tantas, pero sí existen conflictos bastante graves.

¿Por qué? ¿Por qué estas dos tensiones tan profundas que llegan a producir realmente convulsiones a escala mundial? Porque el único sistema imperante actualmente de mercado transnacional, el capitalista, quiere hacer a todas las poblaciones de una misma forma de pensar, quiere crear un pensamiento único. Y eso, además de injusticias, genera el caldo de cultivo para protestar, para levantarse sobre ese único sistema mundial (lo cual nunca justificará la violencia). Cuando se implanta ese sistema sobre todas las sociedades completamente distintas de la nuestra, pues muchas veces chirría y salta, y el diálogo se hace imposible. Y ahí es donde tenemos lo que se ha llamado “choque de civilizaciones”. Los mundos, que necesariamente están viviendo juntos porque antes vivían aparte, pero que, al convivir en un solo sistema, tienen más facilidades para enfrentarse y crear estos llamados conflictos de civilizaciones.

El fenómeno de la convivencia más desafiante que tenemos en España es principalmente la violencia, tanto la asesina etarra, como la convivencia con los diferentes que llamamos inmigrantes, y particularmente esta convivencia con los más lejanos culturalmente, como son los musulmanes. Ése es el desafío del siglo XXI; resolver estos problemas.

Ahora bien, el contexto general es la globalización del mundo. La globalización es un acto positivo en el sentido de que nos hacemos solidarios los humanos de muchas cosas. Ese proceso de globalización que vivimos ahora no es único. La que sí es única es la forma en que se presenta actualmente este fenómeno, su intensidad, a través de los medios de comunicación, de internet, etc. Sin embargo, podemos decir que la primera globalización humana fue cuando el homo sapiens sapiens, en algún lugar de África (según la hipótesis científica más probada) salta y se extiende por toda la Tierra. Ésa fue la primera globalización. Todos venimos de África. Todos venimos de otras partes. Ese ser humano sapiens sapiens, esas familias humanas, se extendieron primero por toda África, después por toda Asia, llegaron a Euroasia, y de allí saltaron por el estrecho de Bering a América. Lo que llamamos “indios” no son autóctonos de allí, son hijos de emigrantes de hace 30 mil años, principalmente digamos familias asiáticas, mezclados con eurásicos antiguos. Todos somos emigrantes de África, y los latinoamericanos, de Eurasia y probablemente de alguno de la Polinesia.

Además de aquella primera globalización humana, que se extendió por toda la Tierra, ha habido otras importantes. Es decir, el hombre vivió de cazador y recolector. Si empezamos una escala imaginaria un 1 de enero, podríamos decir que los hombres han vivido hasta el 25 de diciembre de cazadores y recolectores en grupos no mayores

de 90 personas. Eso fue así hasta hace 3.000 años antes de Cristo. Y supongamos que el homo sapiens sapiens hace 40 mil años. Y lo recuerdo por lo siguiente: por las dos características que tiene el ser humano.

El ser humano ha sido siempre un ser migrante, como grupo, no como individuo. Han sido grupos que se han mezclado culturalmente, lingüísticamente, religiosamente, étnicamente.

En esta primera fase de cazadores y recolectores, de 3.000 a 4.000 años antes de Cristo, en algunas partes se empezaron a cultivar plantas y a domesticar animales y entonces en vez de ir todas las mañanas a coger maíz o trigo o un poquito de lechuga o tomate, lo comienza a sembrar en la finca, y en vez de ir todos los días a cazar aves, las cría en el corral y entonces ya no se tienen que andar mudando tanto. Pero el ser humano es el ser más migrante de la historia. No solamente de modo circular, como los animales, sino de una parte a otra.

Primero nacieron los asentamientos de la producción en gran escala de carne y de comida, con lo cual una persona podía alimentar a diez más, y las otras personas, aparte de asentarse, pudieron especializarse: yo me dedico a pensar, yo me dedico a curar, yo me dedico a hacer magia.

Nacen, digamos, una domesticación de las plantas y los animales hace unos cinco mil, siete mil años. Así nacen las primeras comunidades de 300 y 400 personas, en que el vínculo es tribal; después nacen las naciones, que agrupan a distintas tribus, de distintas clases, de distintas lenguas, de distintas culturas; y después nacen los imperios, que ya ponen naciones, culturas, razas y espacios diferentes en un mismo contexto cultural. Piensen en Egipto, piensen en Roma, o piensen en la América de los Incas o los Aztecas.



Tomas Calvo Buezas

Hay una globalización local, en la cual una multitud de personas, de tribus que hablan distinto, de naciones distintas, se ponen bajo un yugo, digamos, y la humanidad cada vez se va comunicando más. Porque la evolución cultural humana, a diferencia de los animales, es una evolución que consiste principalmente en la mayor comunicación de bienes, de dioses, de

mujeres y de palabras, en el decir del gran antropólogo Lévi-Strauss¹. Es decir, el avance de la humanidad se basa en ese intercambio de bienes, a diferencia de los animales, que comen lo mismo que hace 50 mil años. Tú estás en un río y coges peces, pues dame unos peces y yo que cazo liebres, te doy una liebre. El intercambio entre grupos distintos a través del comercio, a través del mercado. Es una forma de comunicación de bienes, ayer y hoy.

Aunque ha cambiado sustancialmente, el avance humano se basa en una cultura de comunicación de bienes, de dioses (de formas de pensar, de valores, de religiones, intercambios), de mujeres (porque ahora voy a hablar de ello, el intercambio fundamental se hace a través del matrimonio, a través de las alianzas matrimoniales) y de palabras (cada grupo de 90 personas tenía un dialecto diferente y el modo para relacionarse era que fueran aprendiendo una lengua común).

¿Y cuál era el mecanismo fundamental de intercambio de bienes, de dioses, y de palabras? Pues el intercambio matrimonial. En la historia de la humanidad, ésta ha sido -más antes que ahora- el proceso por el que gentes de distintas culturas se han relacionado. Porque esa mujer (generalmente no era el hombre), de ahí aquello de “saldrás de tu casa y te casarás con gente extraña”... ¡Pobre chicas!, tenían que salir de su grupo, de su lengua, de su cultura y las llevaban a otro. Pero entonces había ya una alianza entre esos dos grupos y esa mujer que iba a otro grupo llevaba su lengua, enseñaba a sus hijos las dos lenguas, las dos culturas y esa comunicación acrecentada es el proceso de la ciencia. A través del intercambio matrimonial se logró ir creando redes cada vez más compactas en la historia de la humanidad. Una vez que entramos en el proceso de domesticación de plantas y animales, no tendría tanta importancia este intercambio matrimonial y daría paso a otras redes y relaciones comerciales, políticas y otras.

La historia de la humanidad es la historia de las migraciones. El ser humano es el ser más migrante de la historia. Lo raro, como pueblo, no como individuo, es que la gente no emigre. Lo anormal como grupo es que no haya emigrantes.

Por tanto, la emigración es otra variable muy importante para la convivencia en la diversidad: no debemos de extrañarnos de que vengan gente diversa. El ser humano siempre ha sido mezclado, a través de los matrimonios. Y los matrimonios con extraños eran un mecanismo cultural humano, basado no solamente digamos en la buena voluntad, era un impulso humano de naturaleza social necesaria porque era fundamental para el intercambio. El tabú del incesto es la única norma humana universal en todas las culturas de todos los tiempos y cuanto más examinamos la antigüedad, vemos que era mucho más profunda. Era una norma más amplia. En aquellos grupos estaba prohibido casarse no sólo con tus padres o hermanos, sino también con tus primos y con cualquiera que perteneciera a tu tronco. Porque ese mecanismo de intercambio de mujeres era fundamental en la cultura humana. Era una necesidad. De lo contrario, ese grupo habría practicado siempre lo mismo y la cultura no hubiera avanzado más.

En la convivencia actual es esencial entender que las migraciones un día serán un signo y otro será de otro, pero que las migraciones son un fenómeno humano socialmente necesario; hoy nos toca a nosotros, mañana a otros. La migración es un fenómeno normal.

Siempre ha habido migraciones de distintos tipos y la vivencia de grupos con culturas diferentes es también un fenómeno normal en la historia de la humanidad. El problema es cómo convivir en la diferencia.

Siempre ha habido convivencia entre diferentes. Hombres y mujeres diferentes se han casado. Pero no porque se casen ya son felices, el problema es saber convivir en la diferencia. El desafío del matrimonio es cómo dos personas diferentes, con gustos diferentes, pueden ser felices y convivir en paz y armonía. La diferencia es la que genera la posibilidad de crear hijos.

Pues, igualmente, una sociedad con gentes diversas tiene una posibilidad de enriquecimiento mayor. Pero tiene un gran peligro. Es decir, lo malo no es que no haya muchas culturas, lo malo es que si no sabemos convivir se desata un infierno. El hecho de que existan muchas culturas no es de por sí un mal, una gangrena, sino que existe la posibilidad de que al ser muchos y diversos, si se pelean, los conflictos sean mayores.

Y esto es así en grupos y en religiones. Lo malo no es que haya religiones diferentes. Lo malo es que las religiones se conviertan en fuente de violencia. Y aquí llegamos a otro asunto. Algunos intelectuales creen que en este mundo diverso, en este mundo tan convulso y de tantas culturas y religiones, cualquier lealtad pública patriótica o religiosa es muy negativa porque lleva a incrementar el ego de esa patria, de esa tribu, de esa religión; de tal manera que hay el peligro de despreciar al otro y de despreciar al otro se puede pasar a discriminarle y de allí a negarles derechos y a pegarles y llegar a la violencia, e incluso al genocidio.

Mi posición es que existe efectivamente un peligro en las lealtades patrias, religiosas, lealtades tribales, que han sido las causas de los mayores conflictos de la historia, pero no necesariamente tienen que terminar en violencia, pues concurren demasiados factores. No necesariamente la lealtad religiosa llega a una cruzada sangrienta, ni una religión necesariamente llega a la violencia, ni un amor patrio llega generalmente a la guerra. Lo que hay que hacer es aprender a convivir para desactivar estas potenciales bombas de relojería como el nacionalismo o el amor religioso, no pervertirlas.

Porque si no se sabe convivir con lo diferente; si yo convierto a mi religión, a mi tribu y a mi etnia en un fetiche al que adoro, entonces yo estoy pervirtiendo ese amor legítimo patrio o religioso o étnico. El problema no es el amor a la patria y a la religión, sino si yo pervierto eso. ¿Y cuándo se pervierte? Cuando soy capaz de asesinar al otro por defender mi religión, o porque es de otra religión diferente, o porque es de otra nación diferente. Pero ésa no es la verdadera religión, ése no es el verdadero amor tribal, ése no es el verdadero amor patrio, es la podredumbre, es el excremento.

Examinemos las Cruzadas, por ejemplo. Se hicieron en nombre de Dios, en nombre de la religión, pero ésa fue una mala interpretación de la religión, ésa fue una podredumbre. O recordemos la Inquisición, y su utilización de métodos violentos, eso fue un desvarío, un pecado colectivo. Matar a personas en nombre de Jesús no es la religión cristiana, es la perversión del mensaje de Jesús bueno y todopoderoso. Y éste es un punto crucial.

Examinemos la religión del Islam. Si alguno dice que mata en nombre del Islam, él lo dirá y se lo creará, pero es una falsedad, es una perversión. Ésa no es la religión de 1.200 millones de personas en el mundo. Si un etarra es cristiano y bautizado y cree que matando a alguien está haciendo algo por la justicia y la libertad, él se lo podrá creer, pero es un asesino, es una perversión del bautismo que recibió. Ése no es el cristianismo con el que yo me identifico.

Por eso, el problema grave en el mundo en que vivimos es el comportamiento reprobable y execrable como el terrorismo, como la violencia. Hay que separar eso de lo que pueden ser simplemente los legítimos intereses del otro. La violencia de ETA o de algunos que se creen islámicos es una perversión. Para explicarnos: la carne o el marisco se pueden podrir, ¿pero la conclusión que debemos sacar ante una carne o un marisco podrido, es “no vuelvo a probarlos jamás”? Lo que tienes que hacer es meterlos en la nevera y conservarlos bien.

Una religión pervertida es la antípoda de esa religión. Al hilo de lo que estamos hablando es interesante recordar algunas de las conclusiones de los estudios, que en 1987, 1993 y 1997, hemos realizado en escolares de 13 a 19 sobre actitudes antes otros pueblos y culturas.

¿Cómo han evolucionado las actitudes de los escolares? ¿Cómo han influido estos fenómenos del terrorismo en las actitudes de las personas antes los inmigrantes y los diferentes? Pues de forma radicalmente negativa. Si en 1987, cuando aplicamos la primera encuesta escolar (recordemos que los niños y los borrachos muchas veces dicen la verdad), había un porcentaje de un 12 % de escolares que respondían que si de ellos dependiera echarían a los gitanos de España, un 11 % echaría a los marroquíes, un 9 echaría a los judíos y después con porcentajes más bajos venían los asiáticos y los africanos y los latinoamericanos.

¿Qué pasa de 1987 a 1993 en la segunda encuesta a nivel nacional? Que se disparan todos los indicadores negativos porque empieza a ser visible el fenómeno de la inmigración. No es que en 1987 no hubiera inmigrantes, pero no era un fenómeno tan visible, no llegaban a medio millón. No creaban opinión pública en los medios. En el año 1993 se disparan todos los indicadores: el índice de respuestas de expulsión de los gitanos, de un 12 se convierte en 30; el índice de quienes expulsarían a los musulmanes se convierte en 27; suben los referidos a los negros y a otros grupos; se disparan todos los indicadores.

¿Qué pasa del 93 al 97? Pues algo interesante y que sirve para demostrar la importancia de actos como éste que estamos desarrollando hoy. Entre 1993 y 1997 creció la inmigración y sin embargo, tanto en la encuesta de la

población escolar que yo dirigí, como en las que hicieron otros en población adulta, los indicadores de racismo y xenofobia decrecieron un poco.

Primera conclusión: si se ponen los medios para evitarlo, no hay una relación directa entre mayor inmigración y mayor racismo y xenofobia. Porque ¿qué había pasado entre 1993 y 1997? El crimen racista de Aravaca, de Lucrecia Pérez, la primera mujer negra asesinada en España por ser pobre, por ser negra, por ser dominicana, a manos de un neonazi el 13 de noviembre de 1992, llegó a la opinión pública y por primera vez perdimos el mito de que los españoles no somos racistas, porque en el fatuo narcisismo, siempre decíamos que no éramos racistas porque nosotros nos mezclamos con los otros. Aquel crimen fue una convulsión y en el Senado, las fuerzas políticas unidas, los distintos partidos, los ciudadanos de distintas condiciones, nos manifestamos en la calle para protestar por ese estigma. De manera que las manifestaciones por la muerte de Lucrecia Pérez en noviembre de 1992 fueron muy potentes.

¿Por qué cuatro o cinco años después no aumentó el racismo? Porque hubo una pedagogía en los medios de comunicación, en las fuerzas públicas también, en las escuelas se empezó con la educación multicultural, la sociedad civil empezó con sus actos de solidaridad. Y se fue creando un discurso de que una cosa son los inmigrantes y otra cosa son los malos inmigrantes. Y a los malos inmigrantes, sean extremeños, vascos o catalanes, hay que aplicarles la ley. Y donde hay personas, hay gente buena, gente mala y gente regular. El hecho de ser inmigrante no te asegura ser buena persona, pero tampoco mala persona. Se creó una pedagogía que dio sus frutos.

¿Qué pasó del año 97 al año 2002, en que aplicamos la otra encuesta, después del 11 de septiembre del atentado a las torres gemelas de Nueva York? ¿Y luego la que aplicamos en 2004 después de los atentados del 11 de marzo en Madrid?

Después del 11 de septiembre se dispararon todas las alarmas. Por primera vez en la historia de España y en 500 años, tanto en los jóvenes como en los adultos, el grupo que genera mayor rechazo son los marroquíes, en vez de los gitanos. Los musulmanes, esa imagen difusa, generan el mayor rechazo. Se disparan también las creencias tipo “los inmigrantes quitan puestos de trabajo”, “traen violencia y terrorismo”, “traen delincuencia”, etc. etc. La conmoción pública del 11 de septiembre tiene una deriva contraria a la inmigración y se genera una marea de odio al Islam y condena a los inmigrantes. Hay un 16 % incluso que si de ellos dependiera votaría a un partido político como Le Pen en Francia para echar a los marroquíes y a los negros africanos, mientras un 10 % se declara racista y muy racista, etc. Esos resultados no han sido publicados. Hay algún artículo, pero en su totalidad no han sido publicados.

¿Qué pasó después de 2004? Pues la hipótesis podría ser que después de 2004, como tuvieron lugar los actos terroristas en España y en Madrid, se dispararían mucho más porque nos han matado nuestra propia gente y

la inmigración ha seguido creciendo y nos han golpeado en nuestra propia casa. Pero en contra de todas las hipótesis, después del 11 de marzo de 2004 no hubo una subida en la proporcionalidad que había antes. Han bajado todos los indicadores un poquito. No para llegar a como se estaba en el año 1997, pero sí han bajado con respecto a como estaban en 2002. El 45 % que echaría a los musulmanes se ha convertido en un 42; los que echarían a los gitanos bajó de un 40 a un 38, el de quienes expulsarían a los africanos también bajó dos o tres puntos. ¿Por qué precisamente después de aquel asesinato islamista colectivo en Madrid?

Para que vean la importancia que tienen una multitud de gestos. Los seres humanos somos el resultado de muchas cosas. En mi opinión, hubo desde un primer momento un discurso público naturalmente de condena del terrorismo pero también diferenciando que una cosa es el terrorismo y otra la inmigración; desde los medios de comunicación, desde las manifestaciones, desde los políticos, y ahí sí lo hicieron bien todos los políticos, que es rarísimo en la historia de España que hagan todos juntos algo bien. Terrorismo, no; inmigrantes sí. Ése fue el mensaje claro. Había un antecedente ya de las manifestaciones que habíamos hecho contra ETA: vascos sí; ETA, no.

Entonces ahí se creó desde el primer momento ese discurso. Sin embargo, el 2001 nos había cogido a todos por sorpresa y las reacciones fueron todas contra Bin Laden y su entorno. Aquí en el 2004 sí se separaron las cosas. Ese fenómeno, además, lo reforzó el hecho de que todas las asociaciones de inmigrantes y particularmente las mezquitas condenaron en España unánimemente el terrorismo. Y esto se unió a que murieron inmigrantes y murieron también marroquíes. Esta concatenación de fenómenos dejó claro que lo que habían hecho unos criminales no era atribuible a todos los que son de su etnia, de su religión.

En eso consiste la convivencia: no atribuir a todos el mal comportamiento de algunos. Si hay unas personas de etnia gitana que roban, o unos colombianos que delinquen, o unos extremeños que matan de mala manera, hay que condenar a los criminales, pero no todos los gitanos, ni todos los colombianos ni todos los extremeños se comportan así.

La xenofobia consiste en aplicar a un grupo, a una etnia, el comportamiento de unos cuantos. Era lo que pasaba en Alemania cuando nosotros fuimos de inmigrantes: los españoles son vagos, los españoles son analfabetos. No, no, los españoles no. Pueden ser así algunos, pero la mayoría no.

En el 2004 en España hubo esta distinción radical en la convivencia humana para controlar los sentimientos. ¿Qué culpa tengo yo, que soy extremeño, si hay un crimen en un pueblo de mi tierra extremeña, donde dos hermanos matan a otros? Hubo una pedagogía en la cual desempeñó un papel fundamental la sociedad civil, este tipo de asociaciones como las de ustedes, que dijeron: “No, nosotros apostamos por la convivencia, condenamos naturalmente el crimen, pero no lo atribuimos a todos los inmigrantes”.

Y hubo una segunda razón psicológica colectiva. Los seres humanos somos racionales, pero somos principalmente emotivos; nos movemos por emociones, por sentimientos, más que por razón. Todos los pueblos necesitamos un chivo expiatorio. Yo he sido miembro de la Comisión Europea de la lucha contra el Racismo, del Consejo de Europa, donde están representados todos los 45 países europeos. Nos reuníamos cuatro y cinco veces al año. Y en Europa, antes del 11 de septiembre, ya lanzamos un documento a la opinión pública sobre el peligro del auge de la Islamofobia. Se estaba generando en Europa esta fobia contra todos los individuos islámicos.

Y una razón de esto es que muchas veces los colectivos necesitan un chivo expiatorio donde echar ellos sus culpas, todo lo malo que existe en el mundo. A nivel nacional, suele ocurrir como ese chiste del italiano que sale de su casa y está lloviendo y dice “porco gobierno”. Se estaba creando en Europa una animadversión hacia el Islam y las personas que lo profesaban, que denunciábamos y que psicológicamente estaba funcionando como la sustitución del Comunismo. Todos los países tienen que tener un “coco”. El Comunismo en los países occidentales libres era el causante de todos los males. Entonces, no cabe dudas de que la Islamofobia está presente en Europa y a nivel mundial; así como en los países árabes, se atribuye todo el daño a los cruzados, que resulta que somos nosotros, los cristianos, los infieles de Occidente. Esa dinámica colectiva de prejuicio es cruel y perniciosa.

¿Qué ocurre entre el 11 de septiembre de 2001 y el 11 de marzo de 2004? Que el chivo expiatorio a nivel emotivo, no racional, fue el cuadro grande de la guerra de Irak con tres pistoleros (así lo pintaban los chicos, el señor Bush, el señor Blair y el señor Aznar). Se proyectaron sobre ese canal, sobre esa tubería de desagüe, gran parte de lo que necesitábamos nosotros para estigmatizar un fenómeno a nivel colectivo.

En el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York el escenario fue Bin Laden y Al Qaeda el malo de la película. Y el entorno de ellos. No es que eso se olvidara en 2004, sino que hubo otros focos que lo disimularon un poco.

Hablando de futuro, creo que es posible el cambio. Es posible la convivencia. Voy a leerles un artículo (cambiando solamente algunas palabras) para que vean cómo cambian los tiempos:

“Vienen sin conocer la lengua, sin saber la historia y la psicología del ciudadano medio de aquí, sin un amigo, a veces llevan en este país días y días con la policía tras ellos, pues han saltado la frontera de forma indocumentada, le hablaron de este país como el Dorado. Las dificultades que encuentran los inmigrantes para salir adelante son grandes, la única salida es hacer los trabajos más duros, como la Construcción, en los sitios de trabajo se escuchan más lenguas extranjeras que castellano. Para los trabajos agrícolas, la cosa también cambia en cuanto a la facilidad de encontrar trabajo, no así en cuanto a su dureza. Las posibilidades para trabajos intelectuales son mínimas, aquí sobran profesores y secretarías, pero la más seria advertencia es para mujeres jóvenes, ¿cuántas vinieron para señoritas de hotel al reclamo de la propaganda y han acabado en el desierto de la prostitución?”.

¿Qué es eso? ¿Una descripción de una revista española sobre los inmigrantes, que trabajaban el 35 % en la agricultura, el 30 % en la construcción, el 15 % en la hostelería, el 80 % en trabajos que los españoles y las españolas no quieren por sus condiciones? No, miren ustedes, esto es un artículo, una portada de una publicación francesa de 1958, que titulaba “90 mil españoles en París”. He cambiado “se oye hablar francés” por castellano y he suprimido los nombres de los sitios específicos. Nosotros también hemos sido emigrantes.

Yo, como extremeño, recuerdo a mis once años en un pueblito de Tornavacas cómo salía la gente “al norte” o salía a Madrid. Mi padre, que era maestro, dedicaba los sábados a las cosas del pueblo, y yo escuchaba diálogos como éstos: “¿quién se ha ido este fin de semana? ¿a dónde ha ido? ¿A Madrid? ¿Y dónde se ha quedado? En el puente. Y otro decía, “pues mi tío ya está en una chabola”, y otros informaban más adelante: “ya vive en una casa baja...”

Tornavacas, año 1949: aquellas maletas de madera, el choricito que llevaban, y se iban al extranjero. Yo me marché a Estados Unidos y también viví cinco años en Colombia y un día una señora viejita fue a ver a mi madre, que era maestra, a decirle: “- Por favor, Doña Dolores, a ver si su hijo se ve con mi hijo que se ha marchado al extranjero”. - ¿Pero en qué país está?, preguntaba mi madre. - No sé. Se ha marchado al extranjero, respondía la anciana. Hasta que un día le trae a mi madre un papel, y resulta que venía de Múnich y mi madre le dice a la señora: - ¡Su hijo está en Alemania! Y la señora le responde: - ¡¿pero no quedamos en que su hijo y el mío están los dos en el extranjero?!

Y así, hay muchas anécdotas y muchas publicaciones. Como el titular de este otro periódico: “Apresados 160 inmigrantes ilegales canarios”, con la imagen de los tripulantes de la Elvira a su llegada a Puerto Carúpano, Venezuela, en mayo de 1949.

Nosotros ahora pertenecemos a un país rico y no terminamos de convencernos. Las causas de las migraciones son dos: una, el desequilibrio demográfico. Los países ricos económicamente tienen poca gente, pocos recursos humanos. La mujer española tiene la segunda tasa de fertilidad más baja del mundo, antes era un niño por cada mil, la más baja del mundo y ahora estamos en la segunda más baja. Las mujeres inmigrantes en España constituyen en torno al 10 % y sin embargo, los nacidos de mujeres extranjeras en España en edades fértiles ha sido el 30 % del total. Y la segunda causa de las migraciones es el desbarajuste económico y la desigualdad. Nosotros somos unos privilegiados, pertenecemos a ese 20 % de la población del mundo que disfruta el 80 % de los recursos de la tierra y en ese 20 % naturalmente están los ricos y las clases medias de los países ricos y pobres, pero también el 90 % de los que llamamos pobres en nuestro país. De los siete millones de pobres que dice Caritas que hay, seis millones de pobres están dentro de esos privilegiados y el 90 % de los inmigrantes que ya están en España también están en ese 20 % privilegiado que disfruta el 80 % de los recursos de la tierra.

Usted dirá: “bueno, pero usted no es el Sr. Botín”. Dentro de ese grupo del 20 % hay grandes diferencias, pero de todas formas estamos mejor que el 80 % de la población del mundo. Sólo un dato: 227 familias tienen el equivalente al 47 % de la humanidad (tres mil millones de personas), y tres individuos, Bin Laden, otro industrial norteamericano y un príncipe árabe tienen entre los tres el equivalente a lo que poseen 600 millones de personas más pobres del mundo.

¿Cómo evitar entonces la emigración, si además lo ven por televisión en un mundo unificado? Estos fenómenos mundiales están detrás de la inmigración y en esto hay que tener siempre la cabeza clara y el corazón abierto.

Es posible el cambio. Nosotros hemos cambiado. Esos países ahora están pasando por malas rachas. Entre otras razones, por el desequilibrio económico que existe. Yo viví en Colombia entre los años 1962 a 1966 y un profesor de universidad, un maestro de clase media, vivía allí tres veces mejor que en España en aquella época. Ahora viven tres o cuatro veces peor. Entre otras razones porque antes nos mandaban una tonelada de café y nosotros le mandábamos el equivalente a un tractor. Ahora nos mandan la tonelada de café y nosotros le mandamos si acaso el equivalente a una docena de tornillos. Los productos agrarios de los países pobres se han devaluado y los de los países ricos se han encarecido.

Sin embargo, ¿es posible vivir en un mundo de paz? Sí. La Historia nos ha dado muestras de que es posible vivir en una sociedad pacífica y solidaria. España tiene muestras de eso y esta fundación Rodolfo Benito Samaniego ha apostado por esa esperanza, de que no va a ser inútil la sangre de nuestros muertos, que va a ser semilla de fraternidad, de convivencia y de paz. Yo sueño con un mundo en que podamos vivir en paz, en convivencia y en armonía. Y con eso sueñan ustedes.

Como dijo el obispo brasileño Hélder Câmara²: “Cuando uno solo sueña es un sueño, es un buen pensamiento, pero es una ensoñación. Pero cuando somos muchos los que soñamos juntos, cuando son muchos los que piensan en ese futuro en paz y armonía, entonces la utopía comienza a hacerse realidad”.



1 Claude Lévi-Strauss (1908-2009). Antropólogo y etnólogo francés, uno de los más influyentes de la segunda mitad del siglo XX. Creador de la llamada Antropología Estructural.

2 Hélder Pessoa Câmara (1909-1999). Obispo brasileño, arzobispo emérito de Olinda y Recife, defensor de los derechos humanos y figura de la teología de la liberación.

IV CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

DISOLVER IDENTIDADES: UN GRAN ESFUERZO DE LIBERTAD

Ponente: **Jorge Martínez Reverte**.

Escritor y Periodista.

Fecha y lugar de impartición: 19 de noviembre de 2008, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

Jorge Martínez Reverte

Nació en Madrid en 1948 y estudió Periodismo y Ciencias Físicas. Como periodista ha publicado en varios medios de comunicación: Cambio 16, Posible, Ciudadano, La Calle, El País y ha dirigido la revista mensual *Mayo*. Ha dirigido, además, la revista de pensamiento *Zona Abierta* y colaboró asiduamente en *El Viejo Topo* y *En Teoría*. También ha trabajado en radio y televisión, como en Radio Nacional, Canal Sur y Onda Madrid. Ha sido Director General de Radiotelevisión Madrid y Director de los servicios informativos no diarios de Televisión Española (Informe Semanal y Documentos TV), siendo el responsable y el organizador del documento “Yoyes”, que obtuvo Ninfa de Plata en el 29 Festival Internacional de Televisión de Montecarlo. Ha dirigido y presentado el programa emitido en

Televisión Española “El Laberinto Español”, dedicado al análisis y debate sobre la historia contemporánea de España. Es colaborador habitual del diario El País y El Periódico de Cataluña.

Como escritor, entre sus novelas destacan la serie de aventuras del detective Gálvez. En colaboración con su hermano, el también escritor Javier Reverte, ha publicado la biografía de su padre, el periodista Javier Martínez Tessier: *Soldado de poca fortuna*. Como historiador ha publicado *La batalla del Ebro*, *La batalla de Madrid* y *La caída de Cataluña*.

Es fundador de la Fundación Viridiana, dedicada al estudio del guión cinematográfico. En su producción audiovisual figuran documentales como “Malas Artes”, “El ocaso del terrorismo en Europa”, “Dionisio Ridruejo: La forja de un demócrata” y “La batalla del Ebro”. Ha sido galardonado con los premios Terenci Moix por *La Caída de Cataluña*, en 2006 y Premio Andalucía de Periodismo por “Malas Artes”, en 1992.

DISOLVER IDENTIDADES: UN GRAN ESFUERZO DE LIBERTAD

Estoy muy agradecido realmente por esta invitación. Me parece que los puntos fundacionales de esta institución realmente son muy importantes para nuestro país. Es muy importante que existan este tipo de iniciativas que van fundamentalmente a extender valores, a fortalecer la sociedad civil. Y también estoy muy agradecido a la Universidad de Alcalá por la acogida.

Lo único que me preguntaba quizás era qué pintaba yo aquí. Tampoco soy un experto en Filosofía. Sí he reflexionado sobre estos temas, con la suerte de que de vez en cuando tengo tribunas donde expresar los frutos de esa reflexión con más facilidad que otros ciudadanos. Y en todo caso sí he reflexionado sobre estos aspectos, he leído mucho y lo fundamental es que estoy sometido como ciudadano a las mismas preguntas y a las mismas incertidumbres que todos aquellos que han sido víctimas cercanas del fenómeno que aquí nos reúne, que es al fin y al cabo, el fenómeno de la intolerancia.

Les quería primero contar una historia sobre la que acabo de escribir un trabajo porque a mí me ha conmovido profundamente y viene muy al hilo del tema por el que ustedes me han convocado.

Les voy a hablar de un pueblo pequeño de Polonia que se llama Jedwabne, un topónimo muy difícil de pronunciar para un latino. Se refiere a un pequeño pueblo en el interior de Polonia en el que hace ya más de 60 años, en julio de 1941, mil quinientas personas mataron o vieron matar con regocijo a otras mil quinientas personas, durante la ocupación alemana. Los muertos eran polacos y los asesinos, sus vecinos, también. Llevaban cientos de años conviviendo, se saludaban por la calle, los niños jugaban juntos, se compraban unos a otros las mercaderías que cubren las necesidades de la vida diaria y conocían los nombres que correspondían a cada rostro. Asesinos y víctimas se diferenciaban sólo en una cosa: en la religión. Los muertos eran judíos y todos los matadores, católicos. Sólo siete miembros de la comunidad judía de aquel pueblo sobrevivieron a una orgía de sangre que duró 24 horas. Aunque se realizó con medios sencillos, como palos, navajas, hachas y fuego. Se salvaron estos siete porque les escondieron en su granja, a riesgo de sus vidas, los miembros de una familia del pueblo, que se llamaban Wyrzykowski, algo que también nos cuesta mucho pronunciar. Pasados unos días desde la matanza, esos supervivientes vivieron bajo la protección de una pequeña guarnición nazi establecida en el pueblo. Más tarde fueron deportados a un campo de concentración pero lograron ver el fin de la guerra con vida.

Durante años, y bajo el amparo de las autoridades comunistas, cuando ya Polonia fue liberada del poder de los nazis por los soviéticos, se mantuvo la tesis oficial de que la matanza formaba parte de la gigantesca campaña de exterminio que Hitler había pergeñado contra judíos, gitanos y otras minorías, como los intelectuales polacos sin distinción, por ejemplo. Pero años después, la investigación del nieto de uno de aquellos sobrevivientes, Jan T. Gross, demostró que los testimonios y los documentos eran concluyentes: a los judíos de Jedwabne les habían torturado, matado a palos, a navajazos o abrasados vivos, sus vecinos, aquellos que conocían sus rostros, aquellos que eran los padres de los niños que ellos mismos habían matado y que jugaban con los suyos. Los alemanes que estuvieron presentes en los acontecimientos se limitaron a tomar fotografías de los mismos, ni ordenaron la matanza, ni participaron en ella, aunque evidentemente podemos pensar que les complacería, dado el mandato que llevaban en general en todos los territorios que conquistaban de exterminar a aquella raza maldita.

Años después de que acabara la guerra hubo una investigación oficial y se encarceló a un puñado de participantes. Esta investigación se hizo por la denuncia de este nieto de uno de los supervivientes que vino de Nueva York y se emperró en saber y en demostrar la verdad. Uno de los asesinos fue condenado a muerte y se cubrió pudorosamente la raíz de los hechos. Jamás se volvió a hablar de aquello. Jedwabne había sido la consecuencia de los planes genocidas de las autoridades nazis. Nadie más había tenido que ver con aquello, según esa investigación, realizada bajo el gobierno polaco comunista. El pueblo polaco no había sido el protagonista de la muerte de esos miles de judíos que tenían rostro. Es muy difícil que alguien pueda evitar un gesto de dolor ante esta historia que les estoy contando, como yo no lo pude evitar cuando me la contaron. Tan difícil como evitarlo ante matanzas más recientes como las de Ruanda, Yugoslavia, y la que estamos viendo en el Congo de nuevo.

Es obvio decir que se trata de un crimen espantoso que provoca el horror en toda persona civilizada, pero, asunto liquidado. Sin embargo, hay un dato inquietante en los hechos, al igual que en los acontecimientos recientes de Ruanda, Yugoslavia y el Congo. Y es que los crímenes son hechos colectivos realizados por comunidades de personas normales, unas participando activamente y otras asistiendo de forma pasiva, pero contemplando aquello. Fueron vecinos, no tropas especiales de las SS, las que cometieron atrocidades que no encuentran explicación. Y no existe noticia de que esa participación haya provocado, por ejemplo, suicidios colectivos ni actos masivos de arrepentimiento.

Es la culpa colectiva, la que un filósofo alemán tan importante como Heidegger¹ esgrimió para justificar al pueblo alemán y su actitud ante el nazismo, que aunque conociera el holocausto, no se rebeló contra él, ahogado por el impulso de una colectividad. Jamás en Alemania hubo un arrepentimiento colectivo, no hubo una escenificación equivalente al mal que se había producido en aquellos tiempos. Un vecino mata a otro que tiene rostro, cuyo nombre conoce, porque es empujado por un aliento colectivo. Otro vecino lo ve y no hace nada por impedirlo, por la misma razón. Eso le exime de culpa personal. Las magnitudes anulan las voluntades individuales. Hasta ahí, según ese razonamiento, podemos comenzar a entenderlo todo. Ni siquiera hace falta que nos refugiemos en un

argumento tan odioso como frecuente: «Están mal esas matanzas, pero también hay que pensar en lo que hacían los judíos (o la minoría tutsi, o la minoría musulmana en Yugoslavia, podríamos añadir)».

Pero hay algo más inquietante aún: la existencia de los Wyrzykowski, los miembros de la familia católica que salvaron a siete judíos de Jedwabne, que los acogió y atendió jugándose la vida. Su acción convierte en insoportable el crimen, porque delata de forma concluyente el argumento heideggeriano y de todos estos filósofos alemanes, de todos aquellos que han teorizado tanto la falta de culpa colectiva como la necesidad de aquella racionalidad y aquella explicación. Es posible resistirse al impulso colectivo que convierte en asesinos a la mitad de los habitantes de un pueblo y en víctimas a la otra mitad. Es posible. Lo demuestran los incómodos Wyrzykowski, católicos, granjeros de escasa cultura y filiación política desconocida.

Ellos representan esa forma de ser de los mejores de entre nosotros, la de quienes asumen que son responsables de lo que sucede a su alrededor, de sus actos y de los de sus vecinos. Porque bien podrían haber vivido tranquilos absteniéndose de participar en los hechos (como hicieron los miembros de la guarnición alemana de Jedwabne) y vomitar de asco en la parte de atrás de su granja y a partir de ahí no meterse en más problemas, por mucho que aquello les doliera.

Era tan insoportable la existencia de esta familia Wyrzykowski, que no pudieron seguir viviendo después en el pueblo. Les hicieron la vida imposible. Ninguno de los que acuchillaron a los niños que jugaban con sus hijos, o apalearon a mujeres embarazadas hasta la muerte, se suicidó, porque habían sido todos quienes habían matado. Pero esos Wyrzykowski, también vecinos, eran capaces, con su mera presencia, de poner en cuestión esa armadura moral que se habían puesto a sí mismos todos los que habían participado en la matanza. Esa armadura heideggeriana (y no hace falta leer a Heidegger para ampararse bajo el piadoso manto de la disculpa que supone la complicidad de toda una comunidad). Estando los Wyrzykowski allí, ya no todos eran asesinos, ya no todos habían participado en aquello. Se desvanecía absolutamente la coartada moral. Como sucedió con esos testigos molestos, los resistentes alemanes contra Hitler, ellos eran una muestra de esa moralidad superior que hacía que los demás realmente sí fueran culpables.

Pongámonos en el pellejo de los Wyrzykowski por un instante. ¿No dudaron en ningún momento? Las escasas fotografías que hay de ellos no muestran ni actitudes chulescas ni revelan capacidad para el uso de las armas. Cabe suponer que en sus corazones se albergó el miedo. Pero lo hicieron, a pesar de todo. Se jugaron la vida por salvar a sus vecinos judíos, cuyos rostros posiblemente conocían de la misma manera que los otros vecinos. Es seguro que dudaron, pero tomaron su decisión pensando que todos somos responsables del mundo en el que vivimos. Los Wyrzykowski se hicieron personalmente responsables de la Historia. Es lo que otra filósofa también alemana, Hannah Arendt², conocida porque en un proceso contra uno de los mayores monstruos nazis llamado Adolf Eichmann, definió el concepto de “la banalidad del mal”. Ella dedicó su tiempo a reflexionar sobre aquella

barbarie y sostuvo que todos somos responsables de lo que pasa a nuestro alrededor. Aquella familia no la había leído, pero habían sido capaces de interpretar cuál era el papel que debía cumplir un ciudadano de este mundo.

En Jedwabne se pudo producir esta terrible matanza porque había una mentalidad colectiva que señalaba a una parte de la población como responsable de las desgracias que sufría la otra parte. Eso lo saben bien los polacos que han querido conocer su historia. Jedwabne no fue un hecho aislado, hubo más Jedwabnes en un país que sufría una despiadada ocupación que no sólo pretendía acabar con su población judía, sino que acababa sistemáticamente con las personas que mantenían su cultura, con todos los profesores de universidad, con todos los científicos. Y una parte de ese pueblo, que sufría un genocidio (real y además un genocidio cultural) se aplicó en realizar genocidios domésticos ante la satisfacción voyerista de los ocupantes alemanes.

Era la ira popular, rebelándose contra sus vecinos judíos. Una ira popular que se asentaba en una cultura popular, en esos mitos que suelen dar a los pueblos la razón de su existencia como tales. Porque los pueblos no se definen sólo por sus características propias, como el Rh o el uso de ingeniosos instrumentos musicales para desarrollar su particular cultura, sino por el rechazo a las características de los vecinos. Hitler desató la furia antisemita en Alemania azuzando el mito de que la culpa de la postración del pueblo alemán era de los judíos, de que había una gigantesca conspiración sionista. El buen pueblo alemán, salvaje desde el punto de vista roussoniano, le siguió de una manera fiel sin que él nunca tuviera que decir por escrito que había que gasearlos a todos. Estaba implícito. El pueblo polaco, una parte del pueblo polaco, compartía también esa cultura paranoica.

¿Por qué eso se da en unos pueblos y en otros no? Pues creo que en todas partes cuecen habas. En España, la minoría judía fue expulsada en 1492. En pueblos de Andalucía, de Cataluña, de Castilla, se producen durante los últimos años, cada vez con mayor frecuencia, actos de ese estilo, aunque todavía -afortunadamente- de menor calado. Nada comparable a lo de Yugoslavia, lo de Ruanda, lo de la Alemania nazi, o lo de la Polonia de entonces.

Pero en todas partes cuecen habas. No lo podemos olvidar. Tendemos a pensar que eso es cosa de otros, que en nuestro pueblo no caben actitudes tan deleznales. Incluso hay brotes racistas colectivos en los Estados Unidos, que es la patria originaria de la democracia. Vale la pena detenerse por un momento en este punto, y esbozar el dibujo de una idea que a veces cae en el olvido: los alemanes no han sido peores que los norteamericanos por algún misterioso destino histórico. No hay ninguna ley genética que explique el nazismo. Hay razones culturales e históricas. Y la fundamental es que los americanos sienten su patriotismo en función de la ciudadanía, en función del ideal ilustrado de la emancipación y la libertad. No hay en la cultura popular norteamericana rasgos que remitan a razones genéticas, a mitos fundacionales. Lo que hay es una decisión colectiva de crear un país regido por leyes que garanticen a los ciudadanos una importante carga de derechos y deberes.

Estamos hablando de un asunto incómodo, de constante actualidad en España. Estamos hablando de nacionalismo y de otras formas de autoidentificación. Y estamos hablando, a cuenta de este pequeño pueblo polaco de Jedwabne, de un montón de hechos que hacen que esa localidad de nombre impronunciable, que el nombre impronunciable de los Wyrzykowski, esté mucho más cerca de nuestro interés del que la curiosidad histórica nos demanda.

Es casi seguro que ninguno de nosotros, de los que estamos aquí hoy, haya perseguido a ningún desharrapado marroquí a pedradas por las calles de Banyoles, El Ejido o Las Pedroñeras, o de Alcalá de Henares. Pero es casi seguro también que algunos hemos oído de forma rutinaria, sin que se nos atasque el café en el gznate, a un político vasco decir: «Somos más ordenados que los españoles, más trabajadores; no les necesitamos para nada». U oigamos a gente próxima a nosotros decir eso referido a los marroquíes que habitan entre nosotros, o a los habitantes quizás de otra comunidad, a la cual atribuimos determinadas cualidades

Y es casi seguro también que algunos de nosotros haya encontrado de mal gusto que en alguna universidad de este país no se haya podido realizar un acto programado en el que dos conferenciantes pretendían dar su visión del País Vasco, que era opuesta a la de los nacionalistas. Que lo han encontrado de mal gusto pero que

no ha hecho movilizarnos lo suficiente contra ese atentado a la libertad para revolucionar fundamentalmente a los profesores y los estudiantes, que son los más afectados por el hecho de que eso se produzca en una universidad.

A nosotros nos importa sobre todo lo que consideramos las personas normales, aquellas personas que tratamos a diario y nos parecen encantadoras, tiernas y que se apiadan normalmente en las circunstancias en que ven a un semejante sufrir.

Los hechos de Jedwabne, la turbadora conclusión de que los vecinos mataron a quienes habían convivido con ellos durante cientos de años, nos son muy cercanos. En el norte de la Península



Jorge Martínez Reverte

Ibérica se celebra en bares y tabernas la muerte de un fontanero, o un guardia civil o un concejal, qué más da; se brinda porque alguien ha hecho eso, incluso conociendo el rostro de ese vecino que ha sido asesinado de un tiro en la nuca, incluso así, se brinda por ese acontecimiento.

Ese brindis empezó con la fabricación de un mito, con la negación de una responsabilidad personal, y con la falta de Wyrzykowskis en nuestro país y en concreto en el País Vasco. Pero no podemos olvidar que a la salida de un estadio de fútbol en Madrid un grupo de jóvenes apuñaló hasta la muerte a un seguidor de la Real Sociedad de San Sebastián. ¿Le mataron por vasco o por seguidor del equipo? No lo sabemos. Realmente le mataron porque era “otro”, porque era diferente.

El escritor Karl Kraus³, autor de una de las más demoledoras frases escritas sobre el nazismo en el pasado siglo XX, afirmó: «Sobre Hitler no se me ocurre nada». Parece una frase liviana, pero esconde una carga de profundidad de enormes dimensiones: sobre Hitler no tengo nada que decir porque no comparto nada, porque nada me identifica con él. No puedo llegar a comprenderle. No quiero, ni siquiera, comprenderle.

Modestamente, me atrevo a abundar: a quienes comprenden a Hitler no tengo nada que decirles. Me ocupa y me preocupa todo aquello que me es cercano, como la liquidación de los restos de una cultura que asegura mi confortable diferencia, mi identidad, con referentes mágicos, con tintes románticos. Y me gustaría levantarme cada día con la misma idea que debieron tener los Wyrzykowskis: sólo participaré en tareas colectivas que pueda asumir personalmente; y asumiré personalmente mi responsabilidad al distanciarme de muchas hermosas y heroicas empresas colectivas, que suelen acabar demasiadas veces, con el crimen.

La ética no existe como actitud colectiva. Para eso están las leyes. Pero una ética no se construye con la indolencia de lo casual. Hay un proceso cultural y hay un proceso de elección individual. En España (se puede cambiar el término a quien no guste de él) se puede reconstruir un referente nacional con la Ilustración o con el Romanticismo. Se pueden cambiar los ejemplos nacionales y las corrientes estéticas o de pensamiento que representan las distintas formas de abordar los procesos de construcción de la nacionalidad, pero todos sabemos a qué nos referimos. Allí cada uno. Si no cuidamos la forma en que la cultura se transmite, la forma en que se construyen las identidades colectivas y dejamos que esos procesos se produzcan ajenos a las más profundas convicciones democráticas, cada construcción identitaria llevará implícita además el germen de un asesinato.

El asunto es que en las escuelas debería ser obligatorio aprender a pronunciar esas dos palabras polacas: Jedwabne y Wyrzykowski.

Ahora vuelvo al principio. Vuelvo a España. Vuelvo aquí y voy a volver a los conceptos que nos han reunido aquí.

Cuando hablamos de convivencia y tolerancia realmente estamos hablando de sus contrarios, es decir, de la separación y de la intolerancia, de los aspectos negativos que sirven para resaltar su necesidad, la necesidad de los primeros. Necesitamos tolerancia, necesitamos normas de convivencia y una convivencia realmente cercana porque tememos eso que se produce tan a menudo, que es la intolerancia y la separación.

Y lo que nos mueve a hablar de ello, a reunirnos aquí, es la constatación de que ambas están en peligro, siempre en peligro, esto jamás estará salvado. Es como la lucha por la libertad: la lucha por la libertad es una cuestión diaria. La lucha contra la intolerancia, la lucha contra la separación, es una lucha diaria. La convivencia entre personas y la tolerancia que debe presidir sus relaciones.

Llegar a eso no nos sirve de mucho, pueden ser mensajes en el vacío, una especie de actitud buenista, que nos haga mirar a los demás con una cierta comprensión motivada por algo. ¿Qué es ese algo? O dicho de otra manera: ¿por qué tenemos que ser tolerantes y por qué tenemos que convivir?

Ahondemos un poco en esta cuestión. Yo no soy religioso. No hay nada en mí que me impulse desde un punto de vista de una moral superior a querer especialmente a los demás. Nada me acerca por ningún deber de origen celeste a la idea de que sea mejor sostener relaciones con otros basadas en el respeto, la consideración de que sean al menos tan dignos de consideración como me considero a mí. Los mejores filósofos que se han dedicado a elucubrar sobre la ética encuentran una razón que es más social que antropológica en la tendencia a respetar a los otros. Es decir, para ser capaces de valorar a los demás, hay que saber valorar nuestra propia condición de seres sociales. Savater⁴ llega a decir algo que a mí me conmueve de forma especial, sobre todo porque lo hace en un libro dedicado a adolescentes, en *Ética para Amador*, cuando cifra ese interés en una motivación tan sencilla y comprensible como la de ser feliz. Los hombres, sólo pueden ser felices si tienen un código ético que guíe su comportamiento. Y la ética sólo tiene una base firme si se desarrolla en un contexto social. No vale para los Robinsones, así es vacía. Robar o matar es posible nada más si hay otro a quien convertir en víctima.

Sabemos bien que hay Robinsones disfrazados de colectivos humanos que deciden que su vida puede ser más feliz si sólo la comparten con los que tienen una identidad común. El caso de Yugoslavia nos es muy cercano porque compartimos con sus ciudadanos muchas características culturales que nos permiten acercarnos a su realidad. Cuando vemos por la televisión a cristianos blancos matando a cristianos blancos porque no quieren compartir nada, nos cuesta saber qué hay detrás. Para distinguirse unos de otros tienen que hablar, tienen que identificarse, son de la misma raza, hablan lenguas similares, todos se entienden en serbio. Sólo pueden distinguirse porque adoptan símbolos que definen su identidad. O sea, la distinción, la diferencia de la identidad de los otros. Y se matan. Han decidido no convivir. Desarrollar su actividad en la intolerancia, en el rechazo del otro. Eso nos parece especialmente escandaloso porque nos es cercano, porque son como nosotros. Porque nos podemos realmente identificar con ellos.

Pero tenemos otros casos muy cerca, aquí mismo, de colectivos que envían señales semejantes. El País Vasco es el caso más grosero. Podemos encontrar manifestaciones que ocurren en otros lugares de nuestro país. En ellos podemos identificar perfectamente tentaciones colectivas que se arman en torno a identidades culturales o políticas que excluyen a otros. En su faceta más agresiva, las actitudes excluyentes se manifiestan bajo las siglas de ETA, pero las hay, y abundantes, en terrenos de aparente normalidad. Y casos aún más cercanos, como en nuestra comunidad madrileña. Si vamos al fútbol, podemos seguir expresiones colectivas que manifiestan desprecio, que insultan a los vascos o a los catalanes. Se refieren como si fueran naturales, como si estuviesen fijadas por un código interno que nos diferenciara de manera irreconciliable de otros colectivos.

Esos fenómenos pueden aparecer ligados al concepto de nacionalismo. En nuestro país, hasta hace poco años, también se ligaban al hecho religioso. El franquismo no fue sino la manifestación más cruda del Nacionalcatolicismo asentada en nuestros lares. En los momentos más duros de ese régimen, se emitía sin rubor desde los púlpitos un mensaje que había sido fabricado en los despachos de los obispos: “España será católica o no será”, se decía, se escribía. Con aquel lema por encima se podía matar a quien no coincidía con los emisores, con la seguridad de que se estaba atendiendo, además, a una tarea encargada por el propio Dios.

Podemos buscar muchos ejemplos más en nuestra Europa, que vive autosatisfecha, como si hubiera sido siempre un territorio de pluralidad y tolerancia, olvidando la inquisición, el calvinismo, el nazismo o el comunismo soviético. Bajo todos estos nombres se ha exterminado a millones de personas, hasta hace menos de 60 años, por cuestiones que eran de grave trascendencia, unas veces religiosa, otras veces nacionalistas, otras ideológicas, siempre de gran calado, siempre trascendentes. Se ha asesinado en Europa de forma masiva a todos esos millones de personas por razones de ese gran calado y siempre son razones de carácter espiritual.

Los nazis no mataban a los judíos para robarles, aunque luego además les robaran; les mataban por judíos. Stalin no exterminaba a sus compañeros de partido, o a los que no lo eran, para quedarse con sus casas; sino porque no comprendían bien la causa del proletariado. La Iglesia torturaba y mataba a los que no se entendían bien con Dios. Franco asesinaba porque así se mantenía la sagrada unidad de España, de la España católica y eterna, que era eterna aunque el catolicismo tuviera fecha de inicio (una curiosa contradicción). Y los anarquistas de la FAI mataban pura y simplemente porque otra misión eterna, que era la revolución, así lo exigía. Este es nuestro cercano, cercanísimo pasado.

Les puedo contar esas historias, pero ustedes me cuentan a mí cada día otra, que todavía nos provoca a todos un dolor lacerante, las de los siete hombres que urdieron y practicaron la matanza en Madrid hace muy pocos años. En aquellos días en Madrid se vivió la tragedia y en aquellos días los habitantes de la Comunidad de Madrid,

cada uno de ellos y todos juntos, dieron una soberbia lección al mundo. No se produjo un solo acto de venganza, de persecución, contra un colectivo de personas que era perfectamente identificable, de la minoría musulmana que se asienta en Madrid. Ni siquiera eran como nosotros, ni siquiera lo son ahora. Son distintos por el uso de sus ropas, por sus usos sociales, porque adoptan comportamientos que no se parecen a los nuestros. Y no han sido perseguidos, a pesar de que profesan la misma religión que impulsó a los asesinos a matar o herir a cientos de personas, a pesar de que son perfectamente identificables para nosotros.

Pero no nos sentimos plenamente satisfechos por ello. Aquel fue un momento realmente de reconciliación con nuestros convecinos. La existencia de una institución como la Fundación Rodolfo Benito Samaniego, que hoy nos acoge, es la muestra de que hay algo por lo que preocuparse, porque no estamos seguros de nada. Porque quienes la montaron y dirigen saben que el riesgo existe.

Son conscientes de que en cualquier momento puede prender una chispa que nos conduzca a comportarnos como otras colectividades o como nuestra colectividad en otros tiempos y circunstancias.

Cuando nos preocupamos de la convivencia y de la tolerancia, ¿de qué nos estamos preocupando? ¿De nuestra actitud o de la de otro? Pienso que afortunadamente nos estamos preocupando fundamentalmente de la nuestra. Creo que el ejemplo del que ha hablado antes, que subraya la superioridad moral de un pueblo como el norteamericano, en muchas ocasiones, es importante.

Los ciudadanos que han elegido a Obama, que han votado a un negro porque ya le consideran como alguien de los suyos, lo han hecho porque consideran más importante su libertad, su profunda convicción de que la emancipación de los pueblos no existe si no hay una emancipación de los ciudadanos, lo que va en contra de la creación de la identidad basada en la diferencia.

Un ciudadano que practique la tolerancia es un ciudadano que considera que su libertad y su emancipación está ligada a la cualidad más íntima del ser humano, que es la de ser social, la de ser capaz de relacionarse con otros para ser mejor, la de ser más feliz, incluso, de forma consecuente. Porque la identidad, que es la base de la diferencia con los demás, aboca al final al crimen, al homicidio colectivo, porque exige que haya un enemigo al que hay que exterminar, menos a unos pocos, porque como cuenta Plutarco⁵ en su obra *Cómo sacar provecho a los enemigos*, un personaje llamado Demo aconseja a unos vencedores que no maten a todos sus enemigos porque si eliminaran a todos habría que empezar a buscar nuevos, entre las propias filas. La ley es la base de la seguridad, y por tanto de la libertad. Pero sabemos que muchos pueblos se han dado leyes injustas, destinadas a someter a otros pueblos, a otros colectivos. La ley no nos basta. Es preciso hacer una permanente reflexión para hacer de nosotros mismos, de cada uno de nosotros, un ciudadano que aprecie su emancipación, su capacidad de ser libre y eso es esta fundación, cuyos fines admiro y respeto.

Quedan los otros, los que siempre serán fáciles de identificar porque no comparten necesariamente como colectivo esos valores, los que no desean integrarse en una cultura que ven como la del vencedor. Porque estos que antes identificaba nos ven así, como el colonialista que una vez aplastó a sus antepasados y que ahora les quiere imponer comportamientos que no desean, por mucho que añadan a su capacidad de ser libres elementos importantes.

Cuando vemos un velo que tapa el rostro de una mujer, sabemos que significa además que esa mujer está siendo sometida, humillada, aunque ella no lo quiera ver así. La emancipación de esas personas no se puede conseguir de un golpe por una ley, por una exigencia fijada en un reglamento. Nos queda saber cómo dirigirnos a ellos, a cada uno de ellos para ofrecerles esa posibilidad de libertad, de emancipación. Las leyes les van a proteger igual que a nosotros, les van a obligar, igual que a nosotros, pero no bastan. Y nos queda ese gran reto. No son peores ni mejores que nosotros, son distintos de forma colectiva, tienen identidad, posiblemente demasiada identidad.

Para que podamos convivir con ellos hemos de disolver nuestras identidades en lugar de reforzarlas. Yo no soy partidario de hacer alianzas de civilizaciones, aunque parezca una hermosa tarea. Creo que hay que hacer un gran esfuerzo de disolución de identidades, un esfuerzo de emancipación de personas, un gran esfuerzo de libertad.



1 Martin Heidegger (1889-1976) Uno de los más importantes filósofos alemanes del siglo XX, muy criticado por su asociación con el régimen nazi.

2 Hannah Arendt, nacida Johanna Arendt (1906-1975). Filósofa política alemana de origen judío, nacionalizada estadounidense en 1951, considerada una de las más influyentes del siglo XX.

3 Karl Kraus (1874-1936). Eminente escritor y periodista austriaco, conocido como satírico, ensayista, aforista, dramaturgo y poeta y especialmente recordado por su sagaz crítica de la prensa, la cultura y la política tanto alemana como austriaca.

4 Fernando Fernández-Savater Martín (San Sebastián, 1947). Filósofo e intelectual español, novelista, dramaturgo, ensayista y articulista de reconocido prestigio.

5 Mestrio Plutarco (46 o 50-120). Historiador, biógrafo y ensayista griego. Se conservan hasta nuestros días sus obras *Vidas Paralelas* y *Obras Morales y de Costumbres (Moralia)*, dentro de esta última se incluye el texto citado en esta conferencia.

V CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

EN DEFENSA DE UN DERECHO PENAL HUMANITARIO Y GARANTISTA

Ponente: **José Manuel Maza Martín**.

Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia.

Fecha y lugar de impartición: 18 de noviembre de 2009, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

José Manuel Maza Martín

Licenciado en Derecho y en Historia (1973) y Diplomado en Criminología por la Universidad Complutense de Madrid.

Letrado de la RENFE (por posición con el nº 1 de la promoción, 1978-1984), miembro de la Carrera Fiscal (en excedencia) (nº 1 de la promoción, 1978).

De 1987 a 1989 fue el Juez Decano de los Juzgados de Distrito de Madrid y de 1989 a 1991 miembro electo de la Sala de Gobierno del Tribunal Superior de Justicia de Madrid. Actualmente es Magistrado de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, desde febrero de 2002.

José Manuel Maza ha dedicado la mayor parte de su vida a la judicatura, hasta llegar a lo más elevado en la carrera judicial. Participó en calidad de miembro de la Sala 61 en aquel entonces, en el proceso de ilegalización de Batasuna. Su trayectoria comenzó como juez de 1ª Instancia en muy diversos destinos de todo el país, posteriormente en la Sala del Tribunal Superior de Justicia de Madrid y actualmente en el Tribunal Supremo de Justicia.

José Manuel Maza es autor del “Manual de Psiquiatría Legal y Forense”, así como de más de cuarenta publicaciones relacionadas fundamentalmente con el Derecho Penal, tanto sustantivo como procesal, y las relaciones entre Derecho y Medicina.

Miembro del Comité Científico Asesor de la Revista Española de Psiquiatría Forense, Psicología Forense y Criminología, también lo es del Consejo de redacción de la Revista Actualidad Jurídica de Madrid y de los Consejos Editoriales de las Revistas Psicopatología clínica, legal y forense y RC: Revista de responsabilidad civil, circulación y seguro.

José Manuel Maza es Patrono Fundador de la Fundación Internacional de Estudios Aeronáuticos, Portuarios y Aeroportuarios, así como Fundador y Presidente de la Asociación Justicia y Opinión, desde 1992. Posee las Medallas de San Raimundo de Peñafort y la Medalla al Mérito Policial.

EN DEFENSA DE UN DERECHO PENAL HUMANITARIO Y GARANTISTA

Para mí es una satisfacción y un honor estar hoy ante todos ustedes y tengo que agradecer a la Fundación Rodolfo Benito Samaniego que haya querido contar conmigo para este acto. Es un honor estar aquí.

Cuando me invitaron a hablar aquí y me explicaron a qué se debía esta fundación, sus motivos, en primer lugar dije: “me parece que no voy a encajar en lo absoluto”. Por una razón: porque yo llevo muchos meses, yo diría ya tiempo con una gran preocupación y siempre aprovecho la oportunidad cuando se me pone un micrófono a la vista para soltar una idea que me preocupa extraordinariamente, y que en principio parecía que no encajaba mucho con una fundación dedicada a la memoria de una víctima de un atentado porque como van a ustedes a escuchar en breve lo que voy a decir a lo mejor no es muy políticamente correcto porque presenta una serie de dudas de la presencia y la actuación de las asociaciones de víctimas en el mundo actual y de cara al Derecho Penal.

Pero cuando expliqué esto, me dijeron: “todo lo contrario, si lo que quieren precisamente es hablar de convivencia, de tolerancia, no es de venganza, no es de unas posiciones retributivas de castigar por castigar a los victimarios”. Y entonces dije: “pues estupendo”. Y tengo la convicción de que este es el foro donde más pueden encajar mis palabras, o donde quizá más debo decir las cosas que les voy a contar a ustedes, sin perjuicio de que lógicamente, como siempre ocurre, algunos de ustedes estarán de acuerdo, otros estarán en desacuerdo con lo que yo les diga, y otros hasta puede que se sientan muy molestos con mis opiniones. Les aseguro que lo que yo les diré es siempre siendo sensible a la situación de la víctima de un delito y pensando también que es mi responsabilidad y que en parte por eso todos los ciudadanos pagan mi sueldo, porque en este momento histórico que vivimos tengo la responsabilidad de dar la voz de alarma de lo que puede suponer una relajación en el respeto a las garantías de quien pueda verse en un Tribunal de Justicia acusado, entre otras cosas, por ese factor de temor que nos infunde el fenómeno delictivo, de tanta gravedad en la actualidad.

Dicho esto, voy a empezar con una frase del filósofo Thomas Hobbes¹, según la cual: “quien no acepta las normas que surgen del contrato social, puede ser eliminado sin injusticia”. Es decir, a quien no respeta la ley, la sociedad está autorizada a eliminarle y eso no supone un acto de injusticia. Claro, esto está dicho hace bastante más de 200 años y de 200 años para acá toda la búsqueda de la sociedad moderna, toda la búsqueda del Derecho Penal moderno y humanizado ha ido precisamente en el camino contrario de estas palabras; ha ido en el camino de garantizarnos a todos, porque esto es una cosa de todos, que si se nos sientan en un banquillo, acusados de un

delito, tengamos la posibilidad de defendernos, tengamos derecho a un juicio justo, con las garantías necesarias y suficientes. Y eso, como les digo, ha sido una tarea de 200 años de evolución de nuestra sociedad y de nuestra cultura y es algo de lo que creo que todos, y fundamentalmente quienes nos dedicamos al Derecho Penal, debemos de sentirnos orgullosos, porque es una garantía para todos.

Pero, claro, ¿qué ocurre? Que de un tiempo a esta parte este camino de evolución hacia este Derecho Penal humanitario y garantista se ha visto acechado y puesto en peligro por una serie de fenómenos realmente importantes: cuestiones tales como el terrorismo, el delito organizado, los delincuentes en serie, los delincuentes sexuales, la presencia de ciertos supuestos ajenos a nuestra sociedad que a veces parece que nos invaden, procedentes de otras culturas, de otros grupos, que ponen en cuestión nuestra convivencia y nuestra propia sociedad; todo esto hace que la sociedad se conmueva. Y algún fenómeno como la propia intervención de los medios de comunicación, que cumplen su deber social de dar cuenta de lo que ocurre y de informarnos pero que también indirectamente y a lo mejor sin buscarlo se convierten en un altavoz de todos estos fenómenos y van infundiendo un temor en la ciudadanía y en la sociedad, en las personas inocentes y ciudadanos normales. Y ese temor hace que se busque aquello que ya también un célebre sociólogo decía: “para el ser humano, el primer valor es el de la seguridad”.

Y cuando uno se ve amenazado, aterrorizado, pues es capaz de entregar todo, su propia libertad, su propia dignidad, con tal de que le protejan. Un ejemplo muy sencillo, que vemos todos los días: vengo de Pamplona. He estado esta mañana allí y he pasado una vez más por los controles del aeropuerto. Si lo pensamos fríamente, someternos a ese grado de denigración, de que sospechen que somos terroristas y nos registren y nos hagan quitar el cinturón y a la señora que iba delante los zapatos... Eso en situación normal es algo terrible, que no debíamos de consentir ningún ciudadano de un país libre y un Estado de Derecho. ¿Qué ocurre? Que se nos dice: “es que si no hacemos esto, lo mismo se encuentran ustedes con una bomba dentro del avión”. Y ante ese temor, pues somos capaces de entregar, como digo, hasta lo más profundo de nuestra dignidad. Y esto, evidentemente, constituye un problema y un peligro.

En estas circunstancias, ¿qué posición ocupan las víctimas en el tema del delito? La víctima ha sido la gran olvidada por parte del Derecho Penal durante toda la historia. No hay que olvidar que la víctima es la primera protagonista del Derecho Penal. El Derecho Penal surge cuando la sociedad quiere avanzar, quiere tener mecanismos de pacificación y se decide que en vez de asumir la víctima la defensa de sus derechos, vengándose de sus victimarios, el Estado arrebató a la víctima ese derecho natural de vengarse de sus victimarios. Por un lado porque eso genera cada vez más conflicto y más guerra y más venganza y contravenganza y por otro lado porque las víctimas débiles nunca podrían vengarse y estarían sometidas. Por tanto, el Estado dice: “un momento, el monopolio lo tengo yo y yo actúo con fines de pacificación, castigando y dando a cada cual lo suyo, pero sin que tengas tú, víctima, que vengarte de tu victimario”. Ése es el origen del Derecho Penal.

Esa víctima, protagonista inicial de lo que supone la afrenta del delito, ha sido la gran olvidada, sin duda, hasta en torno a 1950, en que se empieza a elaborar la victimología, es decir, el estudio del delito. Y algún jurista español, como Jiménez de Asúa², tuvo por cierto una importantísima presencia en este terreno. La víctima pasa de ese olvido a adquirir un protagonismo enorme en la actualidad, tan enorme, que llega casi a dictar muchos de los criterios de política criminal que corresponden al Estado. Se ha pasado casi en una situación pendular a la situación contraria a la que dio origen al Derecho Penal.

La víctima del delito en multitud de ocasiones dice “yo lo que pido y clamo es justicia”. Pero esto no siempre es cierto. La víctima lo que reclama es venganza (y yo como víctima haría lo mismo) porque lo que le pide su mente es que se castigue a quien ha cometido ese delito contra él. Pues esa víctima, con esos planteamientos -absolutamente justos, comprensibles y lógicos-, si se quiere atender al Derecho Penal, esa víctima no debería ser la que dictase la política criminal de un determinado gobierno o de un Estado, cuyo fin es la interposición entre esos justos deseos de venganza de la víctima y los fines propios del Derecho Penal (intentar acabar con la injusticia pero también con la guerra de venganzas).

De ahí la importancia de que las víctimas, haciendo un sacrificio prácticamente heroico, que la sociedad les va a agradecer, hagan este sacrificio último de prestarse a la tolerancia, a la convivencia y comprender que incluso para nosotros mismos -pues no estamos nunca libres de que nos pueda ocurrir-, lo importante es que siga existiendo un Derecho Procesal Penal que respete las garantías de todos, que respete la presunción de inocencia, que no se someta a la gente de entrada y sin que se les juzgue, a la crítica pública y a los juicios paralelos para que muchas personas no se vean privados de un derecho tan esencial como el de un juicio justo.

Este es el núcleo fundamental de lo que yo les venía a decir aquí. Como persona que me dedico al Derecho Penal y con una responsabilidad y un cargo pagado por todos los ciudadanos, creo que en este momento histórico -en el que probablemente esto no es muy grato de oír y sé que políticamente no es muy correcto-, me siento al menos con esta obligación de salir a la sociedad y decirle que el miedo, que el temor, que nuestro sentido reivindicativo de la idea de justicia no nos lleve a algo terrible para todos, como sería la pérdida de un Estado realmente de garantías y de un Derecho Penal de garantías.

De todas maneras, las víctimas, -obviamente y con toda justicia- en estos años han obtenido muchos beneficios que les correspondían, sin lugar a dudas: desde beneficios procesales, protección a testigos víctimas, evitar confrontaciones con el victimario, hasta incluso las propias subvenciones con cargo al erario público de reparación de los perjuicios que han sufrido, etc. Hay una preocupación victimológica no sólo interesante y positiva, sino absolutamente justa.

En el caso concreto de las víctimas de los delitos de terrorismo, además con una peculiaridad especial. Yo he estado en más de una ocasión con asociaciones de víctimas de delitos de terrorismo y también con asociaciones

de víctimas de delitos sexuales, por ejemplo. Y se da siempre una polémica porque las víctimas de los delitos ordinarios o comunes preguntan: “el Estado se preocupa y subvenciona a las víctimas del terrorismo y ¿por qué no a nosotros?”. Tienen mucha parte de razón estas víctimas de los delitos que no son de terrorismo, pero también es cierto que el terrorismo se toma como una especie de símbolo político de lo que es la pacífica convivencia de todos y desde ese punto de vista comprendo que por un interés y referencia política completamente justificada se trate de resaltar la postura de la sociedad, respaldando a quienes han sido víctimas de un acto terrorista. Porque de cierta manera el terrorismo es un acto cometido contra todos y por lo tanto la sociedad tiene que dar este ejemplo y este paso adelante. Lo ideal, sin duda, sería que todas las víctimas de todos los delitos tuvieran la posibilidad, por ejemplo, de ser reparadas por el Estado en sus perjuicios cuando su victimario es insolvente y no les puede pagar.

Este retroceso en las garantías procesales se refleja en una doctrina del Derecho Penal actual, pues todo esto se construye también desde un punto de vista de categorías dogmáticas, de categorías científicas, en las cuales anida un peligro importante. Se trata de la famosa teoría del “Derecho Penal del Enemigo”. Es una doctrina que nace en Alemania de una serie de autores y fundamentalmente de un prestigioso y muy solvente autor, el profesor Günther Jakobs³, y que acaba prácticamente en el fenómeno de Guantánamo: la situación de considerar que los autores de ciertos delitos no son ciudadanos, ni tienen derecho a un juicio como ciudadanos; son enemigos y como tal hay que tratarlos, con una respuesta de la sociedad similar a la que se le da al enemigo en una guerra. Es decir, esto es volver a la frase de Hobbes de que a quien se opone a la sociedad se le puede exterminar sin sensación de injusticia porque se ha hecho lo que se debe.

El primer trabajo de este profesor alemán que da inicio a esta doctrina tiene un título muy significativo: “La criminalización en el estadio previo a la lesión del bien jurídico”. ¿Qué significa esto? Que él habla de que en muchos supuestos, antes de que se lesione el bien, antes de que se produzca ningún tipo de mal, ya hay que criminalizarlo y castigarlo. Esto implica en parte reverdecir algunas doctrinas de la época de la Alemania nazi y de la época fascista italiana del llamado Derecho Penal de Autor: “yo no le castigo a usted porque haya cometido un hecho, yo le castigo a usted porque usted es malo y como es una mala persona, yo le castigo y aunque no haya cometido usted el hecho, como usted me está demostrando con su conducta que no está muy de acuerdo con las normas de convivencia de este Estado, yo le castigo a usted antes de que cometa su delito”. Esto, por supuesto, llevado a la exageración. La doctrina de Jakobs es mucho más profunda, más meditada y no tan exagerada, pero llevada a la exageración es más o menos la esencia de esta forma de pensar. Jakobs tiene unas obras posteriores en las que va construyendo esta doctrina.

¿Cuál es el fundamento de esta doctrina? Pues en primer lugar, según ella, el Derecho Penal tiene que tener una función simbólica, tiene que ser el palo que amenaza con el castigo, no tiene que tener ninguna otra función. Debe ejercer la función de símbolo, para advertirnos de que tenemos que ser todos buenos, porque si no,

podemos ser castigados. Con ello resurge el punitivismo, es decir, el castigo por el castigo, olvidado de cualquier otro tipo de reflexión, ya sea de pensar en la posible rehabilitación del delincuente o cualquier otra.

El punitivismo, lo que es el “ojo por ojo, diente por diente” de la Biblia. Piensan que se ha producido un fracaso de la función productiva del Derecho Penal, que es la amenaza legal para que inhibamos nuestras conductas delictivas y nos acomodemos todos a la norma y por tanto hay que ir al castigo y cuanto más severo mejor, sobre todo respecto de aquellas personas que niegan las bases del sistema, no se trata de un ladrón, sino de un terrorista. El ladrón podrá tener derecho a sus garantías de un juicio justo porque es un ciudadano que incurre en un delito, pero el terrorista queda excluido y no tiene derecho a nada y así llegamos a la situación de Guantánamo.

Pero, claro, estas ideas son peligrosas porque una cosa conduce a otra: ¿por qué el terrorista sí y el maltratador de género no? ¿Y por qué el terrorista y el maltratador de género sí y el conductor imprudente no? ¿Y por qué estos tres sí y el pederasta o el pedófilo, no? Y se va extendiendo y vemos en nuestro Derecho Penal actual que reforma tras reforma se están siguiendo estas líneas. Por poner un ejemplo sencillo: recuerdo que cuando yo

estudiaba Derecho Penal, hace ya muchos años, en tiempos de Franco todavía, había un artículo -el 340 Bis D del Código Penal del año 1973- que castigaba al que condujera sin carné de conducir. Viene la Constitución de 1978, luego viene en el año 1983 una reforma del Código Penal y todos aplaudimos porque dijimos: “menos mal, ya se han acabado los delitos formales”. ¿Qué es eso de que sea delito ir conduciendo sin carné de conducir? Eso será una falta administrativa. Pero para que sea delito se requeriría por lo menos poner en peligro algo, porque a lo mejor se trata de una persona que conduce perfectamente pero no tiene la licencia administrativa. Y se aplaudió que se quitara ese delito. Pasan estos años, van pasando estos fenómenos, sentimos la alarma del tráfico, de la cantidad de muertes por accidentes de tráfico, se dimensiona esto en los medios de comunicación, nos atemorizamos todos, los políticos y legisladores reciben esta información de que el pueblo está atemorizado y le gustaría mucho que esto se castigase severamente y tenemos hoy en nuestro Código Penal nuevamente castigado a un señor que lo único que hace es conducir sin carné, aunque, insisto, conduzca maravillosamente y sepa conducir mejor que yo,



José Manuel Maza Martín.

aunque yo tenga el carné y él no lo tenga. Por no tener el carné, no es que se le ponga una multa, que estaría muy bien, sino que puede ir hasta la cárcel.

Estos fenómenos también los vemos en otros campos, como la violencia de género. El otro día nos desayunábamos con la noticia de que el hecho de que un hombre esté ebrio o que hubiera consumido drogas al agredir a una pareja, se iba a convertir en agravante. Yo estaba en Barcelona esa noche y escuché al comentarista del telediario de Antena 3 decir: “pero, bueno, ¿es que no era agravante hasta ahora?”. Pues, mire, no, quien se emborracha para cometer un delito, claro que está en pleno uso de sus facultades, pero quien se emborracha sin pretensión ni intención de cometer un delito y luego lo comete, según nuestro Derecho, construido después de 200 años, y por una cosa llamada el principio de culpabilidad, tiene mermada su culpabilidad. Porque si no, el siguiente paso es castigar con agravante al loco porque el loco es más peligroso que la persona cuerda. Y acabamos metiendo en la cárcel a los locos o creando manicomios como aquel de Carabanchel, que ya se cerró y que me contó en sus días un psicólogo en qué condiciones estarían hace unos 20 años que había casos de catatónicos en condiciones terribles.

Pues corremos el riesgo de empezar a decir: “yo a usted no le impongo el castigo por la gravedad del hecho que ha cometido, sino porque usted es peligroso y es malo, o está loco. Y entonces le castigo y encierro más todavía y me olvido de intención alguna de controlarle, de curarle, sino que ahí se queda”.

Estos son los problemas a los cuales nos podemos enfrentar. El adelanto de la protección de las barreras del Derecho Penal, que se empiece cada vez más a castigar no delitos, sino proyectos de delitos y en ocasiones incluso hasta meras intenciones, es algo a mi juicio tremendamente preocupante.

Todo esto redundará en una merma y supresión de garantías, no sólo desde el punto de vista de las descripciones de los delitos en el Código Penal, sino desde el punto de vista de las propias garantías procesales, del derecho a la presunción de inocencia. Porque una cosa es llenarnos la boca todos, desde los responsables políticos hasta el último de nosotros con la presunción de inocencia, y luego otra practicar todos los días lo contrario, condenando a personas que no han sido juzgados, incluso en nuestro propio lenguaje.

Recuerdo en Costa Rica una reunión, en la que me dieron una lección de diálogo y de sentido democrático y respetuoso porque estaban hablando de violencia de género y empezaron las representantes de una serie de asociaciones a hablar de víctimas y victimarios, muy respetuosamente pero muy enérgicamente, defendiendo su postura. Y estaba el Jefe de la Defensoría Pública, que igual que aquí en España hay abogados de oficio, allí hay defensores de oficio que constituyen un cuerpo (como aquí el fiscal, que acusa; allí hay un cuerpo funcional que defiende) y el Jefe de la Defensoría Pública de San José, Costa Rica, dijo: “un momento, aquí no hacen ustedes más que hablar de víctima y victimario, será víctima y será victimario cuando haya una sentencia del juez condenando a alguien, ¿qué es eso de hablar en esos términos antes de que uno sea juzgado?”

Y ése es un lapsus que comete, por ejemplo, nuestra Ley de Violencia de Género, cuando en un momento dado está hablando de las decisiones que adopta el juez cuando tiene por primera vez ante su vista al denunciado, y el juez tiene al denunciado ante su vista y dice el propio legislador español que el juez podrá adoptar tal y tal respecto del “agresor”... ¡Pero, oiga usted, si es que todavía no está probado que esa persona sea un agresor!, ¡estamos en un momento de la ley en que no es más que un denunciado! Luego de que se le condene, muy bien, pero antes será “lo que puede adoptar el juez respecto del denunciado”, pero no del agresor. El propio legislador califica como agresor a una persona que no ha sido juzgada.

Por eso les decía desde un primer momento que si precisamente había un lugar, un sitio, un grupo de personas a las cuales yo debía decirles esto, ésas eran las víctimas. Tenemos que ser tolerantes. Que nuestra situación de víctimas y de haber sufrido una desgracia horrible por culpa de personas ajenas desalmadas, no nos lleve a cargarnos un sistema humano de Derecho Penal, con una serie de principios, con un respeto incluso para la peor de las personas y que demostremos con nuestra tolerancia y comprensión nuestra altura moral. Creo que eso redundará en el bien y en la posición de las propias víctimas.



1 Thomas Hobbes (1588-1679). Filósofo inglés. Su obra *Leviatán* (1651) influyó marcadamente en el desarrollo de la filosofía política occidental. Se le considera el teórico por excelencia del absolutismo político.

2 Luis Jiménez de Asúa (1889-1970). Jurista y político español que se desempeñó como vicepresidente del Congreso de los Diputados, tras las elecciones de 1936 en las que ganó el Frente Popular, y representante de España ante la Sociedad de Naciones durante la Guerra Civil. Durante la dictadura franquista se exilió en Argentina.

3 Günther Jakobs (1937). Jurista alemán, especializado en derecho penal, derecho procesal penal y filosofía del derecho, uno de los creadores del llamado “Derecho Penal del Enemigo”.

VI CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

VALORES RENOVADOS PARA RETOS DIFERENTES

Ponente: **Rafaela Romero Pozo**.

Abogada y presidenta de las Juntas Generales de Guipúzcoa (2007-2011).

Fecha y lugar de impartición: 15 de noviembre de 2010, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

Rafaela Romero.

Rafaela Romero (Quintana de la Serena, Badajoz, 1972) es abogada de profesión y reside en Donostia, San Sebastián. Esta arrasatearra ha declarado siempre su pasión por el mundo del derecho, la justicia y el ejercicio de la abogacía. De hecho, hasta su elección como Presidenta de las Juntas Generales de Guipúzcoa, compatibilizó la actividad política con sus estudios y su trabajo como abogada en los campos de derecho administrativo, civil y de empresa, y llegó a dirigir la subdirección de litigios en una empresa de ámbito nacional.

Ha sido concejal en los Ayuntamientos de Arrasate y Pasaia (en Guipúzcoa). Juntera desde hace 15 años, ha sido Portavoz Suplente del grupo socialista en este Parlamento provincial, y desarrollado su trabajo parlamentario fundamentalmente en las áreas de economía, hacienda, infraestructuras y ordenación del territorio.

Romero desde su elección manifestó siempre desempeñar la presidencia con voluntad de consenso y diálogo, con consciencia de su papel institucional y de la necesidad de su neutralidad al servicio de todos y todas las junteras y de la mejora de sus condiciones en el trabajo parlamentario. Fue presidenta de las Juntas Generales de Guipúzcoa desde el año 2007 hasta el 2011.

Asimismo, en los dos últimos años anteriores a esta conferencia centró su trabajo político como Presidenta de la Cámara en dar a conocer la institución, acercar el Parlamento a la ciudadanía, contactar con asociaciones y organizaciones ciudadanas de los distintos sectores de la sociedad guipuzcoana, contribuir a construir el edificio de la memoria pública democrática de las víctimas del terrorismo, la defensa de los derechos humanos (el derecho a la vida, a la libertad, a la igualdad entre hombres y mujeres, a la protección de la infancia) y, finalmente al trabajo para la promoción y mejora de su territorio, Guipúzcoa.

VALORES RENOVADOS PARA RETOS DIFERENTES

En primer lugar, muchas gracias a la Fundación Rodolfo Benito Samaniego por su invitación a compartir esta charla en un marco tan excelente como esta Universidad de Alcalá, frente a estas personas tan comprometidas, porque comprometido siempre es todo aquel que se dedica a defender la memoria de las víctimas. Si se hace desde la política es un compromiso obligado, cuando ese compromiso lo hacen ciudadanos como ustedes, me parece mucho más reseñable.

Me apetece señalar lo que para mí supone compartir escenario con esta Fundación. Tuve la oportunidad de conocerla cuando empecé a trabajar en mis tareas y desde el principio me di cuenta de que más allá de la función de la recopilación de la memoria de las víctimas, más allá de la exigencia de la reparación y la consideración de todas las víctimas del terrorismo, al final hay una labor muy destacable, el trabajo por la regeneración democrática. Si no aprovechamos la violencia sufrida y el horror causado para utilizar eso en beneficio de los valores democráticos no hemos aprendido nada. Considero que precisamente eso es lo que pretende la Fundación Rodolfo Benito Samaniego.

Al margen de explicar qué ha sido para mí intentar construir la memoria pública democrática o el trabajo desde una institución parlamentaria para construir la memoria de todo un país en torno a las víctimas del terrorismo, quisiera encuadrarlo en cuál es la nueva sociedad para la que tenemos que trabajar, cuál es la nueva sociedad que me gustaría tener en Euskadi, que me gustaría tener también en España, aprovechando esas enseñanzas democráticas de algunas de las asociaciones de víctimas del terrorismo.

Yo llegué a la primera línea de la política en Euskadi cuando aún no había llegado la crisis económica que ahora a todos nos afecta y siempre afronté mi trabajo con una voluntad política de acercar el parlamento a la ciudadanía y hacerlo de diferente forma. Entendía que el mundo estaba cambiando, que se anunciaban nuevos tiempos que nos dirigían a nuevas formas de hacer y pensar por parte de las organizaciones políticas institucionales y sociales y que ya la democracia española había crecido y estábamos maduros para hacer cuentas con nuestro pasado. Pero de repente en esa primera línea en la que intenté hacer política de manera diferente, resulta que el mundo se vuelve del revés. Aprendimos con la crisis ya hace dos o tres años que ya nada es perdurable, que las mejoras sociales y la vida normal a las que todos estábamos acostumbrados, nuestras conquistas sociales, si no se tambaleaban peligrosamente están cerca de hacerlo. No creo que deba explicar cuál es la situación que tenemos a nivel económico y social e incluso político.

Pasamos de la seguridad al miedo, que nunca nos hace libres, sino que nos vuelve mucho más cancerberos de los nuestros y nos hace parapetarnos más. Pasamos de esa situación de la seguridad al miedo, esa sensación de desconfianza en las organizaciones políticas, sindicales, en los esquemas de la gente que nos gobernaba y de un momento a otro nos dimos cuenta de que habíamos vivido en dos mundos paralelos en España. Uno en el que, por decirlo de alguna manera, llegaba el dinero fácil, donde dominaban el individualismo, los bancos y las bolsas y otro, el de la vida real de un montón de personas.

Creo que eso tenía sus causas. Quienes nos dedicábamos a la política olvidamos hacer los deberes en un momento determinado, en un momento en que había grandes bonanzas. Y con las grandes bonanzas, pues había también condiciones para sentar otras formas y otros valores en la sociedad actual, pero nos volvimos a ocupar de una política cortoplacista y andar con las luces cortas.

Quizás lo importante no era la educación, ni la innovación, ni la cooperación, ni la precariedad en el empleo ni lo débil de nuestro sistema de trabajo y la estabilidad empresarial y la garantía de la protección social, o quizás todavía muchos piensan que el arte de gobernar se limitaba sólo a buscar el límite del abuso de los más débiles. Y algunos seguimos sin aprender.

En ese momento en que ya se habían perdido muchos valores llegó esta crisis económica, que para mí no es sólo una crisis económica importante sino también del sistema, de la forma y de la manera en la que vivimos. No se ha producido sin embargo frente a eso una revolución social, estamos bastante tranquilas y tranquilos. Quizás todavía no sea necesaria o quizás la podemos hacer de otra manera. De todas maneras, sí hay un incremento de la participación política a través de organizaciones no políticas, como movimientos sociales, organizaciones que funcionan dentro y fuera de la red, de aquellas que piden más mando para la sociedad civil.

Creo que la política, ante todos esos cambios y ante todas esas crisis, en su sentido amplio -como una de las nobles artes antiguas para mejorar la vida de la ciudadanía- no puede callarse, no puede mantener el silencio que teníamos hasta ahora. Frente a todo esto se puede tener una actitud de silencio, de ver cómo crece la desconfianza y la incertidumbre con la política, con los que nos gobiernan e incluso con toda la estructura social a la que estamos acostumbrados, el Estado democrático de derechos, con los sindicatos, con las relaciones laborales, con las propias relaciones de los sindicatos y el gobierno. Desconfiamos de todo, nos sentimos miedosos, cautelosos, frente a todo eso creo que la actitud no debe ser la de quedarnos parados, ni que se imponga una ideología conservadora que nos enfrente unos con otros, aunque no dudo que lo van a pretender.

Debemos aprovechar los problemas de hoy como un punto de inflexión en nuestro país, debemos de pensar, idear el futuro y hacerlo ahora sí con tiempo y con estrategia. Porque todas estas personas que estamos en la sociedad, en la política, pero también todos y todas ustedes somos necesarias, porque todas somos imprescindibles.

Hay que actuar con voluntad de superación, con confianza en el futuro, un futuro en el que dejemos de hablar del yo y del tú y podamos utilizar de una vez por todas el nosotros, un futuro que no sea sólo blanco y negro, como estamos acostumbrados en España (“o ganas tú o gano yo”), sino que abarque una gran paleta de colores.

Los cambios deben de estar asentados en una concepción amplia de lo que es ahora la ciudadanía española, desde el liderazgo de la política y de las instituciones públicas democráticas, contando con personas comprometidas, que actúen de manera comprometida, que trabajen sin acomplejarse pero también sin plegarse a aquellos que tienen una visión excluyente y totalmente dominante.

Es necesaria una democracia mucho más auténtica, con una representación política más consciente de las demandas y los intereses de la ciudadanía. Y que quienes nos movemos en política, en vez de seguir estando en función exclusiva de nuestros principios partidistas, escuchemos más a la sociedad. Porque parece que no aprendemos, pero la sociedad es algo mucho más que las organizaciones de los partidos, aunque nos cueste entenderlo.



Rafaela Romero

A pesar de pertenecer a un partido político, mi confianza está en que aprendamos de los valores y los procesos compartidos por ideologías diferentes y agentes sociales distintos. Creo que hay que hablar entre los que están en un lado y los que se sitúan en el otro, entre la política y la ciudadanía, entre la ciudadanía y los estamentos de desarrollo social. Creo que hay que hacerlo además sin manipulación. Sobre todo aquellos que nos mantenemos en la élite política, necesitamos una relación mucho más sincera porque creo que es hora de buscar consenso, sosiego, diálogo y acuerdo. No es que esté renegando de la política, pero quizás es tiempo de hacer una política mejor.

No la política que oscurece, que repele, que aburre, que enfada, que está todo el rato enfrentándonos. Creo que hay una política de la buena, una política con mayúsculas, aquella que actúa e interactúa con la sociedad, la que se preocupa, la que sirve, la que no entorpece, la que dialoga, la que comparte, la que emociona. Creo que eso tiene mucho que ver con la regeneración democrática. Tenemos que huir de todos los grupos de presión, tanto de los grupos de presión que vengan de la política pero también de los mediáticos, o de los sociales que quieren mantenerse en el convencionalismo. Hablo de aquellos que sólo quieren el resentimiento, la agresividad, la polémica, el cortoplacismo, el simplismo en el análisis

y las soluciones, el victimismo, la obsesión con la violencia. Todo aquello que está alimentando la desconfianza perpetua entre la sociedad y la política, entre las ideas diferentes.

Nunca deberíamos ser las personas que defiendan la división de la sociedad en dos partes: los auténticos y los falsos; de aquellos que dividen para vencer, de los que están todo el día cavando trincheras entre “los míos” y los demás.

Debemos prevenir a la ciudadanía frente a los que tienen miedo a las identidades plurales, a la diversidad, frente a aquellos que se definen como puros, únicos y especiales, frente al resto que es -según ellos- muy descafeinado y frívolo. Debemos ayudar a la ciudadanía a identificar a los miserables que no respetan lo contrario ni la oposición, porque para eso vivimos en una democracia bastante asentada.

La mejor forma de convivir y regenerar democráticamente nuestra sociedad, a mi modo de ver, es la aceptación. No basta ni siquiera con la tolerancia, hay que aceptar al diferente. Aceptar para mí significa aprobar y recibirlo positivamente. Con la aceptación puedo incluso entender que el que no piensa como yo me enriquece porque puede que acabe descubriendo que lo que piensa y hace, complementa lo que yo pienso y hago.

Si el diferente ha aportado a la sociedad, debemos aplaudirlo porque supone una riqueza y un paso adelante hacia la comprensión y la apreciación de lo que definitivamente tenemos o somos.

Además de con esa nueva política, esa nueva sociedad, nunca se va a lograr sin unos liderazgos públicos fuertes. Se habla mucho ahora de liderazgos, de líderes que suben y que bajan, líderes que no despegan, líderes que se queman y otros que no llegan nunca a ser líderes. Se habla de que los políticos no generamos confianza por la falta de credibilidad de nuestros líderes. Pero, según mi modesta opinión y aunque quizás me sitúe en un plano utópico, considero que los líderes públicos debemos empezar a cambiar esas conciencias y formas de comportamiento actuales.

Hay que hablar de liderazgos públicos que no conciben la gestión con el ciudadano como un sinónimo de desmemoria, de zancadillas, chulerías y talento en el arte de mentir, sino de principios, ideologías, retos, y valentía; que también sabemos hacerlo. Creo que los liderazgos públicos tienen que crear esperanza, que los líderes tienen que tener credibilidad, que debemos ofrecer márgenes de confianza sólidos a las ciudadanas y ciudadanos, al mundo social pero también al económico y empresarial.

Tenemos que huir de sectarismos, intransigencias y posiciones inamovibles. Se requieren unos líderes públicos con una ética de la responsabilidad, que reconozcan errores y sepan pedir disculpas. Los liderazgos públicos tienen que impulsar y gestionar instituciones transparentes, porque la transparencia -el hecho de que los ciudadanos y ciudadanas puedan vigilar al poder y a quienes les gobiernan- hará que esas instituciones sea

mejores y que vigilando el poder se evite ser tan autista, tan cerrado de mente en cuanto a escuchar las demandas de la ciudadanía.

Cuando pedimos líderes fuertes esto no significa líderes autoritarios ni mandones; éstos también son una auténtica desgracia. Me refiero a que los líderes autoritarios, los que convierten su gobierno en una manifestación permanente de su ego, aquellos que desempeñan un papel, que necesitan personas que todo el día les estén apoyando y un permanente baño de multitudes, no son líderes con autoridad. No son los que yo creo que ejercen los liderazgos fuertes que ayudan a las sociedades a ser mejores.

Aquella política que va a ayudar a la ciudadanía a una regeneración democrática deberá dirigirse por quienes tengan más valor para crear seguridad, asumir riesgos, capaces de consolidar el bienestar y el progreso. No se trata de entregarle el liderazgo a quien se limite a realizarle las gestiones, a organizar y seguir las orientaciones del jefe, sino a quien dirija aspiraciones y deseos colectivos o al menos intente plasmarlos.

Intenté hacer algo de eso cuando me propuse acercar el parlamento de Guipúzcoa a la ciudadanía y establecí unos objetivos muy cortos comparados con todo esto que les acabo de decir. Creía que las instituciones parlamentarias servían para algo más que para tener a personas que parecían dinosaurios y que dirigían un pleno cada mes. Creo que el parlamento se sitúa muchas veces por encima de las líneas partidistas y tiene que ayudar a hacer una política por encima de ese enfrentamiento diario, preocupada de verdad por el aprendizaje de los derechos humanos, la defensa de los derechos de las mujeres, todos los derechos. Ese pequeño ejercicio de trabajo lo tendríamos que hacer todos y todas si queremos que la ciudadanía vuelva a conectar con nosotros.

Un buen político es aquel que jamás inventa un problema. Estamos muy acostumbrados a inventar los problemas desde la política, trasladarlos a la ciudadanía y además, a no resolverlos. Y lo primero es optar por normas de convivencia entre unos ciudadanos y otros.

La función de las instituciones democráticas y parlamentarias es también dedicarse a la creación de una memoria pública y democrática, porque no hay tarea más emocionante. Ninguna sociedad puede iniciar una nueva etapa sobre las bases de olvidar lo que se ha sufrido. Nuestras instituciones tienen una deuda pendiente con su pasado inmediato y con nuestras víctimas: las víctimas del franquismo, del postfranquismo, del GAL, del Batallón Vasco Español, de ETA y del terrorismo islamista. Miles de personas que han sido víctimas de una tecnología del infierno provocada por distintos agentes de violencia. Porque la violencia tiene un alma sucia, una sola alma, aunque tenga tantas caras como el diablo.

Tantos años de violencia, tantas ausencias obligan a una labor especial, diferente, esmerada, de la política y de las instituciones. Deben ayudar a la sociedad, a una sociedad que hasta hace muy poco vivió enferma

de miedo y que ahora ha despertado de la amnesia. Una sociedad que debe aprender a mirar de frente su pasado y a enfrentarlo. La suma de olvido y miedo que enfrentó a la sociedad española, el terrorismo, durante la violencia de la dictadura tenía una razón justificada por la ciudadanía, acobardada por muchos años de opresión. Y eso ha sucedido también en otras sociedades afectadas por la violencia. La ciudadanía observaba en silencio los diferentes episodios de terrorismo sobre sus conciudadanos, rogando para que eso no afectara una normalidad democrática naciente. Y eso lo podíamos comprender en el postfranquismo, pero no podemos comprenderlo ahora.

Cerrar los ojos frente a la violencia provoca unas fracturas sociales tremendas. Y superar ese escenario es tremendamente difícil, lo más importante está por hacer. Por eso, los parlamentos y el resto de instituciones debemos afrontar esa desmemoria personal y social para contribuir a la calidad de nuestra democracia, al Derecho y a la decencia colectiva. Tenemos que hacer ajustes de cuentas sin riesgo para la convivencia, con la estabilidad de nuestro Estado democrático y de Derecho. Porque las víctimas de la violencia en España son escalofriantes. Muchísimas mal de mil, asesinados, heridos, secuestradas, a las que añado, con el permiso de ustedes, a las perseguidas y amenazadas.

Somos aún más de 42 mil personas, vuestros conciudadanos, que todavía a día de hoy somos perseguidas, para matarnos. Junto a nosotros nuestros vecinos, compañeros, nuestros padres y nuestros hijos. No nos olvidéis porque seguimos sufriendo de modo permanente la violencia. Únicamente se han guardado las armas por si las necesitan. Han cesado las acciones ofensivas pero no las defensivas. Que nadie quiera ocultar la realidad de la violencia que todavía se vive en un pequeño lugar de España y de Europa, que es el País Vasco.

Porque todas esas personas que vivimos allí, con nuestros hijos, con nuestros compañeros de trabajo, tenemos también derechos de ciudadanía. Y a pesar de vivir así, apostamos por una democracia radical: no más ultras, no más totalitarismos, no más extremismo y no más xenofobia. No aprovechemos el miedo a la diferencia para la consolidación de unos sobre otros.

Las claves de esa nueva ciudadanía española y vasca necesita de unos valores renovados con unos retos diferentes. Debemos compartir determinadas cosas, al margen de la ideología política que cada uno tenga. Una confluencia de valores: la deslegitimación de la violencia; una sociedad con un proyecto compartido (que no significa sólo una bandera sino que va más allá: igualdad de derechos, nuevas formas de gobernar y nuevas maneras de alcanzar acuerdos políticos estables); una economía que transforme el modelo empresarial, que se aproveche de la inteligencia colectiva de la sociedad española; más cohesión social. Hay que garantizar el sistema de protección social como uno de los pilares de la sociedad del bienestar y eso, insisto, no es un asunto político, no debe jugarse con la sociedad del bienestar, sino ayudar a consolidarla porque es uno de los valores compartidos de la democracia española.

Debemos apostar por una sociedad creativa y por unos entornos para las personas en mejores condiciones de habitabilidad. Soy una ecologista convencida pero no voy a explayarme en el asunto. Sinceramente creo que una de las mejores herencias que le voy a dejar a mi hija es el capital humano de la sociedad española, si la conseguimos regenerar democráticamente, y también el planeta Tierra. Son los dos grandes legados que le quiero dejar a mi hija y seguramente ustedes a sus hijos y nos aseguraremos de dejarles algo bueno.

Además de esos valores, una sociedad que no crea en la igualdad de mujeres y hombres es una sociedad deficiente porque pierde la mitad de sus recursos humanos y nunca será mejor.

Creo también en una sociedad que esté en la red. Aunque estamos construyendo todavía esa relación con las nuevas tecnologías, eso hay que potenciarlo más porque en un tiempo muy cercano quien no esté en la red, no está y hay que estar en ella, conocerla y hacerla mejor.

Es necesario un país con más tolerancia, en paz y sin violencia. El otro día hablaba en términos parecidos de la nueva Euskadi, pero también lo propongo para la nueva España.

La nueva Euskadi deberá ser una en paz y en libertad. Pero eso no significa aquí paz y ya ha acabado todo. Deberá tener memoria de lo sucedido y por tanto será un país que habrá hecho suyas a las víctimas. Los asesinados, los agredidos, los perseguidos, amenazados y sus familias, por cualquier grupo terrorista, incluso de la violencia durante el franquismo, merecen nuestro mayor respeto como pueblo. Las víctimas hoy, pero también las de hace 70 años, que aún siguen reposando en las cunetas de cualquier carretera. Porque para mí lo primero para honrar la historia es no mentir y lo segundo, no tener miedo a decir la verdad.

La memoria pende de un hilo que en cualquier momento amenaza con deshacerse o columpiarse en el más absoluto de los abismos. Por tanto, cotiza al alza la memoria. La memoria es, en otras palabras, una narración pura acerca de lo que tiene sentido, tanto para quien cuenta los hechos como para quien los escucha. Y es cualidad de la memoria dar cuenta de lo que vale la pena mantener y guardar para luego comunicar.

La memoria es la crónica de una violencia que se ha ejercido ilegítimamente contra los representantes legales de la ciudadanía, sean estos las personas que murieron en los atentados del 11 M, que eran ciudadanos y ciudadanas, como aquellos que fueron privados de sus derechos en la represión franquista, como aquellos que nos hemos visto privados de nuestros derechos en la dictadura etarra en el País Vasco. Todos debemos de contar esa historia.

¿Y cuál es la responsabilidad de la política ante las víctimas? ¿Cuál es el trabajo de las instituciones democráticas? Creo que la política debe trabajar frente a los violentos siempre privándoles del discurso de legitimación que pretenden. Las instituciones democráticas debemos de convertirnos en instituciones obligadas de derechos

humanos, como hemos intentado hacer en el parlamento guipuzcoano a través de los documentos de memoria que hemos elaborado, para investigar la verdad, conocerla y darla a conocer, ayudando a toda esa ciudadanía a hacerse mejor y más democrática porque ve lo que se sufre cuando no se vive en democracia.

Y ahora me dirán ¿habrá paz y reconciliación en España y en Euskadi? Porque no sólo necesitamos buscarla en Euskadi. Desde luego la reconciliación entre los vascos es una tarea pendiente, pero no sólo de la democracia vasca sino también de la española. Estoy convencida de que un proceso de reconciliación también es necesario en la sociedad española. Creo que cerramos demasiadas heridas a la vez tras muchos años de dictadura y no se cerraron bien y hay una reconciliación pendiente entre dos partes de la ciudadanía española.

Entonces, ¿puede haber reconciliación entre los sectores enfrentados, entre aquellos que han sido asesinados y sus familias y aquellos que les han matado en el País Vasco? ¿Puede haberla entre la sociedad española que sufrió la dictadura franquista y aquellos que estuvieron con los franquistas? Yo creo que es posible.

Sabemos que las víctimas, por ejemplo, en el País Vasco, no serán quienes suplanten a los responsables políticos, pero las víctimas, tanto de ETA como las del 11M, tienen una significación en política y habrán de ser tenidas en cuenta.

Las víctimas estarán en los procesos de reconciliación de la sociedad si se tiene memoria, si se deslegitima la violencia y si se las tiene en cuenta para informarles de los asuntos que les afecten directamente y las decisiones que se tomen por los gobernantes (por ejemplo, sobre los procesos respecto a los procesos de las organizaciones terroristas).

Hasta para la reconciliación y para la paz y la libertad es necesaria la política. Voy a usar una frase de una víctima de ETA que sería aplicable a cualquier víctima del terrorismo. Decía Josu Elespe, hijo de Froilán Elespe, un concejal socialista asesinado por ETA: “El final de ETA debiera ser la prioridad de cualquier dirigente político y unir a los partidos más allá de la mera exigencia de su desaparición, porque la paz se trabaja, la paz se combate y la paz se dialoga”.

No basta con decir “estamos unidos”, además de decirlo y parecerlo, tenemos que estarlo.

En la sociedad vasca vivimos una época de esperanza de nuevo. Tenemos etapas cíclicas que ETA se encarga de romper, como lo hizo en la última tregua volando por los aires la terminal T4 y matando a dos personas. Estamos de nuevo esperanzados, pero sinceramente, lo hacemos bajo la amenaza de quien se guarda las armas por si acaso las necesita. A nosotros ya no nos vale lo del cese de las actividades ofensivas ni las treguas permanentes ni los altos al fuego más o menos definitivos. Queremos que haya un abandono irreversible de las armas porque no

podemos compartir cualquier proceso de normalización y reconciliación en el País Vasco si sigue habiendo cartas de extorsión, si sigue habiendo amenazas, si sigue habiendo pintadas, porque eso no es abandonar la violencia.

No queremos más violencia, estamos hartos de vivir con esa situación de violencia. Debemos, sin embargo, para conseguir esa situación de no violencia, ser generosos. Yo nunca perderé la capacidad de generosidad, por lo menos para dejarle a mi hija un mejor planeta y una mejor sociedad. Y para eso trabajamos, para superar el dolor y horror que el terrorismo nos ha causado, no olvidar a los que perdimos jamás, a la vez que compartimos el dolor del diferente aunque sea distinto a nosotros.

Siempre confío en que el porvenir, el futuro, está por hacer. Debe intentarse, pero debemos hacerlo venciendo esa tendencia que tenemos a no resolver los problemas y enquistarnos, a tratar de arreglar siempre los problemas con las recetas de ayer, que sabemos que no valen, las de enfrentarnos, las de dividirnos. Eso no vale, y lo hemos visto. Hay muchas cosas que hemos hecho hasta ahora en la democracia española que deben conservarse, pero otras ya deben abandonarse y hay que atreverse. No hay que tener miedo.



VII CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

POESÍA Y CONVIVENCIA: POR LA VENTANA DE OTROS OJOS

Ponente: **Luis García Montero**.

Escritor y catedrático de Literatura.

Fecha y lugar de impartición: 23 de noviembre de 2011, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

Luis García Montero

Nacido en Granada en 1958, Luis García Montero es Catedrático de Literatura Española. Entre sus libros de poemas pueden destacarse *Y ahora ya eres dueño del Puente de Brooklyn* (1980), *Tristia* (en colaboración con Álvaro Salvador, 1982, Hiperión, 1989), *El jardín extranjero* (1983, Hiperión, 1989), *Diario cómplice* (Hiperión, 1987), *Las flores del frío* (Hiperión, 1991), *Habitaciones separadas* (Visor, 1994), *Completamente viernes* (Tusquets, 1998), *La intimidad de la serpiente* (Tusquets, 2003), *Vista cansada* (Visor, 2008) y *Un invierno propio* (Visor, 2011). Su poesía juvenil fue reunida en el volumen *Además* (Hiperión, 1994). Ha reunido también una selección de su obra en *Casi cien poemas*

(Hiperión, 1997), *Antología personal* (Visor, 2001), *Poesía urbana* (2002), *Poemas* (Visor, 2004) *Poesía. 1980-2005* (Tusquets, 2006), *Cincuentena* (2009) y *Ropa de calle* (Cátedra, 2011). Se le han concedido los Premios **Federico García Lorca** de la Universidad de Granada (1980), **Adonais** (1982), **Loewe de Poesía** (1993), **Premio Nacional de Poesía** (1994), **Premio Nacional de la Crítica** (2003), **Premio de la Crítica de Andalucía** (2008) y **Premio Poetas del Mundo Latino** (2010). Se le ha concedido también la Medalla de Oro de Andalucía y el título de Profesor Honorario y Académico Ilustre de la Universidad de Mar del Plata.

Como ensayista ha publicado *El teatro medieval. Polémica de una inexistencia* (1984), *Poesía, cuartel de invierno* (1987, 1988, Seix Barral, 2002), *¿Por qué no es útil la literatura?* (en colaboración con Antonio Muñoz Molina, Hiperión, 1993), *Confesiones poéticas* (Diputación de Granada, 1993), *El realismo singular* (Libros de Hermes, 1993), *Agua territorial* (Pre-Textos, 1996), *Lecciones de poesía para niños inquietos* (Comares, 1999), *El sexto día. Historia íntima de la poesía española* (Debate, Madrid, 2000), *Gigante y extraño. Las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer* (Tusquets, 2001), *Los dueños del vacío* (Tusquets, 2006), *Inquietudes bárbaras* (Anagrama, 2008) y ediciones críticas de Federico García Lorca (*Poema del cante jondo*, Espasa Calpe, 1992), Rafael Alberti (*Obras completas*, Aguilar, 1988), Luis Rosales (*El naufrago metódico*, Visor, 2005) y Carlos Barral (*Cuaderno de Metropolitano*, Cátedra, 1997).

Es también autor del libro de prosa narrativa *Luna del sur* (Renacimiento, 1992), de la novela *Impares, fila 13* (Planeta, 1996), escrita junto a Felipe Benítez Reyes, y de *Mañana no será lo que Dios quiera* (Alfaguara, 2009), una biografía novelada de Ángel González a la que se le concedió el Premio del Gremio de Libreros al mejor libro del año 2009.

POESÍA Y CONVIVENCIA: POR LA VENTANA DE OTROS OJOS

“Quisiera estar en otra parte,
mejor en otra piel,
y averiguar si desde allí la vida,
por la ventana de otros ojos,
se ve así de grotesca algunas tardes”.

Ángel González.

Muchas gracias a la Fundación Rodolfo Benito Samaniego por su invitación. Una invitación que creo que no está de más. No por los méritos del conferenciante, sino por el significado de la poesía. En un ciclo sobre convivencia y tolerancia, donde especialistas en distintas disciplinas jurídicas, políticas, sociológicas, pueden ayudar al conocimiento de la sociedad, creo que no está de más acordarse de la poesía.

Vengo con una doble intención: por una parte, reivindicar la literatura como un ejercicio que nos ayuda a ponernos en el lugar del otro. No otra cosa hacemos los lectores con un libro en las manos cuando vivimos historias de amor, de odio, de aventuras políticas, conspiraciones, sino ponernos en el lugar de unos protagonistas que nos ayudan a conocer el mundo por dentro. Ponerse en el lugar del otro siempre es una buena forma de conocernos a nosotros mismos. Y ésa es una de las lecciones primeras que para mí tiene la Literatura.

Y por otra parte, quiero también defender la idea de que ninguna receta tecnológica, ningún progreso científico, ninguna interpretación económica, ninguna solución racionalista, podrá sacarnos nunca de la crisis que vivimos y de las contradicciones sociales, si no nos acompañamos también de unos valores, de unos sentimientos, de una compasión que nos permita reivindicar ilusiones colectivas. Porque ponerse en el lugar del otro es también comprender que vamos en un mismo barco y que las ilusiones deben ser colectivas. Y creo que en esa meditación la poesía tiene algo importante que decir, como forma de acercamiento a la comunidad, como reivindicación -diré más adelante- de la misma idea de comunidad, de vida en común.

Yo me dedico a la Literatura porque mi padre tenía la costumbre de leer sus poemas preferidos en alto. Esto lo repito siempre, pero es así. En casa había un libro, muy común durante un tiempo en los hogares españoles, titulado *Las mil mejores poesías de la lengua castellana* y mi padre leía en alto sus poemas preferidos: un

romance histórico del Duque de Rivas, una leyenda de Zorrilla, algún poema de Campoamor (“El tren expreso”, sobre todo, le gustaba a mi padre) y alguna canción de Espronceda (“La Canción del Pirata” era la que me gustaba a mí). Mi padre leía en alto, con una voz un poco teatral, ronca, intentaba crear efectos y a mí me conmovía hasta el punto de que empecé a entrar en el relato, en los argumentos, en la conciencia de saber que las cosas tienen un planteamiento, se enredan en un nudo y acaban en un desenlace. Y captó mi atención.

Mucho después yo me di cuenta de que mi padre, al teatralizar, estaba creando efectos para que yo me pusiera en el lugar, por ejemplo, del pirata de Espronceda. “Y la vida por perdida ya la di, cuando el yugo del esclavo como un bravo sacudí”... Y yo, al ponerme en el lugar del pirata, aprendía mi propia necesidad de rebeldía. Yo fui un niño travieso, como todos los niños. Vivía en una ciudad provinciana, en los años 60 en Granada. Estaba muy cerca del campo, de las alamedas del río Genil. Yo malamente hacía los deberes, llegaba tarde a casa, pero la propia poesía que me estaba enseñando mi padre me ayudaba para justificarme a mí mismo. Cuando llegaba tarde a casa, yo me iba repitiendo, en la conciencia de la regañina que me iba a llevar, “y la vida por perdida ya la di, cuando el yugo del esclavo como un bravo sacudí”.

Siempre cuento también que en el colegio de los Padres Escolapios, donde yo estudiaba, un día me sacaron a la pizarra para responder unas preguntas sobre Campoamor. Yo no había estudiado la lección, pero uno de los poemas preferidos de mi padre era “El tren expreso” y yo me sabía de memoria algunos versos de ese poema. Por ejemplo, la carta donde la protagonista femenina le cuenta a su amor, un caballero español que se había enamorado de ella en un tren, que ella se está muriendo de tuberculosis y que no va a poder acudir a la cita: “Mi carta, que es feliz, pues va a buscaros, cuenta os dará de la memoria mía (...)¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso; hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!”. Yo no había estudiado la lección pero había oído muchas veces a mi padre, con su voz dramática, llena de efectos, leer la carta del poema de Campoamor “El tren expreso”. Y como desde niño he tenido cierta labia, pues dije: «ésta es la mía, no me he aprendido la lección, no sé nada, pero voy a intentar explicar lo que yo sé de Campoamor».

Y comencé: “Campoamor, un poeta importante de los años 70 del siglo XIX, un poeta fundamental en el realismo español, dentro de la obra de Campoamor su cumbre es el poema “El tren expreso”, dentro del “Tren expreso”, su cumbre es la carta de amor donde ella cuenta...” y me puse a recitar el poema de memoria. Y el profesor pegó un puñetazo en la mesa y dijo: “niño, déjate de tonterías y de versos y a lo importante, fecha y lugar de nacimiento de Campoamor”.

Si yo me he dedicado a la Literatura, si he hecho una tesis doctoral, dos oposiciones, y estoy aquí hablando con ustedes, es porque enseguida me di cuenta de que lo importante en la Literatura no es la fecha y el lugar de nacimiento, sino una extraña dialéctica que a mí me parece esencial: la posibilidad de conocernos a nosotros mismos poniéndonos en el lugar del otro.

Cuando pensamos en el fenómeno literario, nos damos cuenta de que no es un ejercicio solitario. Lo importante de la Literatura es un pacto, el pacto que se produce en el hecho de lectura entre un autor y un lector. En ese sentido, siempre he visto que la Literatura, y de hecho históricamente se puede justificar, es uno de los grandes símbolos, una de las grandes metáforas del contrato social. Si el contrato social es el intento de equilibrar un espacio común en un pacto de intereses privados para conseguir una sociedad feliz, el hecho literario es también el intento de pactar en un espacio común -el espacio del poema, de la novela- los intereses de lo privado del autor, y de lo privado del lector, que pueden entrar en diálogo y en equilibrio.

Y de hecho, la lectura como ejercicio libre está en el origen de los símbolos de la modernidad. En la capacidad, por ejemplo, de leer el libro sagrado, la Biblia, directamente, sin intermediarios. Ése fue uno de los grandes símbolos del movimiento humanista que se vivió fuera y dentro de la religión y que desembocó en la sociedad moderna y después en la ilustración. La capacidad de leer, el derecho a leer directamente el libro.

Por eso la lectura es un ejercicio de libertad y por eso la lectura es un símbolo también del pacto social. Porque esa libertad no sucede como ejercicio solitario, sino como la consecuencia de un diálogo entre dos personas que se ponen de acuerdo para ponerse en el lugar del otro, llegando a conocerse mejor a sí mismos.

Ése es el pacto de la lectura y me parece importante tenerlo en cuenta en una época marcada por el deterioro de la idea de comunidad. Para ser capaces de ponernos en el lugar del otro, es fundamental que se mantenga vigente la idea de comunidad en la sociedad y en la lectura. Abandonamos el libro que nos aburre porque dejamos de pertenecer a él y el libro no nos pertenece. Me parece que nos estamos aburriendo también excesivamente de la sociedad, que vivimos un tiempo de descrédito porque se está deteriorando la idea de comunidad. Y cuando se borra la idea de comunidad, lo que queda es la ley de sálvese el que pueda, el codazo, la competencia, el considerarnos a nosotros mismos como enemigos.

Cuando entra en juego mal interpretado el famoso poema de León Felipe “No me contéis más cuentos, yo ya me conozco todos los cuentos”, empezamos a aburrirnos de la sociedad, empezamos a aburrirnos de nosotros mismos, entran en quiebra las ilusiones colectivas, y resulta difícil sentirnos embarcados en un proyecto común, en un pacto de lectura o de vida. Decía Baudelaire en sus *Flores del Mal*, el primer gran libro que analiza la sociedad contemporánea desde la poesía, que una multitud era un conjunto de soledades. Baudelaire era heredero de Edgar Allan Poe, había sido traductor al francés de algunos cuentos de Poe, por ejemplo, de “El hombre de la multitud”. En ese relato, la sociedad moderna era representada por una multitud que caminaba, caminaba y caminaba, pero no se dirigía a ninguna parte. Después que el personaje del cuento siga durante toda una jornada a un ser extraño, llegamos a dos conclusiones: la gente camina y no va a ningún sitio (el ser extraño caminaba y caminaba y no iba nunca a ningún sitio), y además, llegamos a la conclusión de lo que después afirmara Baudelaire en *Las Flores del Mal*: “la multitud es un conjunto de soledades”. Porque no hay

articulación ninguna, sino acumulación anónima de gente. Puede estar alguien una jornada caminando detrás de otra persona y esa otra persona no fijarse en él, no reconocerlo, no sentir su compañía o la extrañeza de su compañía.

En un momento determinado, la toma de conciencia de la poesía sobre la sociedad se produce cuando se intenta articular a la multitud, a los habitantes de la ciudad, como algo más que una acumulación de soledades.

Otro gran poeta contemporáneo, Pier Paolo Pasolini, también denunció que nunca había sentido mayor sentimiento de soledad que en una plaza del siglo XX llena de hombres y mujeres, porque las plazas sirven de poco si se acumula la gente sin establecer un diálogo. Allí nos sentimos perdidos entre la multitud. Para destruir los espacios públicos no hace falta borrar las plazas, con borrar las conciencias individuales hacemos imposible el diálogo que se establece de conciencia a conciencia y aunque haya plaza, no existe espacio público; existe amontonamiento, existe anonimato.

Pues bien, en un momento de la poesía del siglo XX algunos autores intentaron articular esas soledades para crear una ilusión colectiva. Y me vienen a la cabeza dos ejemplos fácilmente reconocibles. Federico García Lorca en *Poeta en Nueva York*, en ese poema titulado “Grito hacia Roma”, cuando se sube al Chrysler, el edificio más alto de Nueva York cuando él lo visitó en 1929, y grita hacia Roma, hacia la cúpula del Vaticano. Y la entraña del poema es utilizar la idea de la muchedumbre, que había sido agresiva, para defender el “amor, amor, amor”. Sólo cuando la multitud sea articulada por el amor, será posible que vuelva una ilusión colectiva, y él acaba diciendo: “porque queremos que se cumpla la voluntad de la tierra, que da sus frutos para todos”. El otro poema que recuerdo es “Reunión bajo las nuevas banderas”, un poema de Pablo Neruda, escrito después de la Guerra Civil Española y publicado en *La Tercera Residencia*. Pablo Neruda en la *Residencia en la Tierra* se había presentado como un lobo estepario, solitario, y en la “Reunión bajo las nuevas banderas” formula un deseo: “intento unir los pasos del lobo que soy con los pasos del hombre”. Articula una bandera que crea un proyecto común.

Estos dos poemas, el de Federico García Lorca y el de Pablo Neruda, intentan convertir la reunión en las ciudades en comunidad, en convivencia, bajo una ilusión colectiva. Y me parece que ésa ha sido una de las grandes voluntades de la literatura contemporánea y de la poesía contemporánea.

No sé si han leído una novela que se hizo famosa en los últimos años, escrita por un juez alemán, -ahora que de Alemania nos está llegando todo lo peor, vamos a ver si nos llega también algo bueno-, un juez, Bernhard Schlink, escribió una novela titulada *El Lector*. La traigo por el título, porque me parece que es una gran metáfora de la Literatura. Es una novela bastante autobiográfica, recuerda la educación sentimental del autor. De joven conoció a una mujer mayor y tuvo una historia amorosa con ella, su educación erótica la tuvo con esta mujer mayor con la que vivió intensamente. Era una mujer rara, cuando acudía a su casa, antes de hacer el amor lo primero que hacía

era pedirle que le leyera en alto algún poema, algún capítulo de una novela, un acto de un drama, después lo lavaba minuciosa y lentamente, y después hacían el amor. Un día desaparece la mujer, él indaga pero no la encuentra y al cabo de los años, cuando ya ha estudiado para ser juez y está haciendo prácticas, va como parte de un ejercicio a un caso donde se juzga a gente que había colaborado con el nazismo, y se le consideraba culpable de una matanza de judíos al final de la Segunda Guerra Mundial. Y de pronto se encuentra que una de las encausadas es la mujer con la que él había mantenido la relación amorosa. Y no tanto por la relación amorosa, sino porque había sido su lector (ése es en el fondo el hilo de la novela) a este juez, que por supuesto está horrorizado con el nazismo y no comparte para nada la ideología hitleriana y se horroriza de los campos de concentración, no le basta con decretarla culpable, se ve en la obligación de ponerse en el lugar de ella, de intentar comprender por qué llegó a hacer eso.

Y al final descubre que en realidad no fue la máxima responsable, que ella está asumiendo muchos de los cargos que otros le echan encima porque le da vergüenza confesar que no sabía leer y firmaba los documentos que le daban sin leerlos, porque prefería asumir la responsabilidad que decir que no sabía leer.



Luis García Montero, Juan Benito y Alejandro Benito a la entrada de la conferencia.

Y de hecho, él se convierte de nuevo en su lector en la cárcel, va a verla, ella aprende a leer, le enseña a leer y al final una fortuna pequeña que tiene reunida la deja en testamento a las víctimas del genocidio nazi. Este es el argumento de la novela.

Entre otras cosas, más que decir que todos los lectores son buenos o malos, porque eso sería ingenuo, lo que quiere decirnos Schlink es que el ejercicio de la lectura a algunos seres les ayuda no a juzgar, sino a intentar comprender, porque están acostumbrados a ponerse en el lugar del otro.

Ésa me parece que es una de las vías más importantes para comprender el significado social de la lectura y para reivindicar la lectura y la educación como ejercicio ético. Y de hecho, en los últimos años han surgido algunos libros que llevan esta idea de ponerse en el lugar del otro hasta unos

extremos bastante ilustrativos. Tal es el caso, en los años ochenta, de Günter Wallraff, un periodista alemán, un ejemplo de periodismo identificado con la necesidad de conocer, de saber, que era la tarea original del periodismo en el proyecto de la modernidad, ser la conciencia que vigilara el poder. Se suele olvidar, porque ahora el periodismo está derivando en ser el brazo intelectual del poder para evitar cualquier signo de rebeldía, para imponer pensamiento único y hacernos tragar a veces con ruedas de molinos.

Pero Günter Wallraff, que reivindica el periodismo como conciencia crítica de la sociedad y el poder, escribió un libro famoso titulado *Cabeza de turco*. Él se disfrazó, se hizo pasar por turco en la Alemania de los años ochenta, cambió de nombre y se dedicó a vivir durante dos años las experiencias de los inmigrantes en Alemania, cuánto les costaba encontrar trabajo, la forma en que eran maltratados, cómo su situación ilegal se convertía en un camino a la esclavitud, recibiendo por los trabajos más duros los peores sueldos, como se les llevaba incluso a trabajos que no haría ningún alemán porque eran verdaderos atentados a la salud y cómo se creaban mafias para sacar el dinero a los trabajadores, mafias de intermediarios que daban mano de obra barata y además se quedaban con un tanto por ciento muy alto. Algunos de estos mafiosos, engañados por Alí (el personaje que había montado Wallraff), llegaron incluso a aceptar llevar a algunos turcos a intentar solucionar una crisis de energía nuclear, llevar engañados a unos trabajadores diciendo que les iba a dar un poco de dinero a un motor de energía nuclear que se había averiado sabiendo que iban a tener consecuencias dramáticas. Günter Wallraff hizo que la sociedad alemana se pusiese en el lugar del otro y supiera qué se estaba haciendo con los turcos en la Alemania de los años ochenta.

En esta crisis, ha salido otro libro bastante interesante en Francia, de la periodista y escritora Florence Aubenas, titulado *El muelle de Quistreham*, en el cual hace algo parecido a lo que hizo Wallraff. De pronto, esta periodista, que había sido corresponsal en la Guerra de Irak y fue de las periodistas secuestradas por el ejército iraquí; después la liberaron y ella quedó marcada por la necesidad de solidarizarse con el dolor ajeno. Y de pronto se hizo pasar por una trabajadora en paro, de las muchas despedidas por la crisis económica en Francia en el año 2008 y empezó a ir al Servicio de Colocación Pública en Francia.

El libro lo acaba de publicar en España la editorial Anagrama y hace un repaso de lo que puede ser la vida de una mujer que se queda sin trabajo, en este caso porque se ha separado de su marido, con más de 40 años, cómo la llevan a los servicios de limpieza, cómo la maltratan los colocadores, qué tipo de depresión y de corrosión del carácter llega a sentirse cuando alguien está en paro, cómo se siente inútil en la sociedad, y cómo acaba asumiendo los trabajos más duros e incluso sintiéndose invisible. Ella cuenta que como mujer de limpieza cuando ya tiene el trabajo, no es que no la saludaran los oficinistas, sino que incluso se hace invisible al punto de que una vez, fuera del horario de trabajo, una pareja que estaba liada, el jefe y otra, se ponen a hacer el amor en las oficina sin preocuparse de que ella está limpiando porque se había convertido en alguien invisible. Nadie sabía su nombre.

También una novela reciente, bien interesante, de Isaac Rosa, un novelista español, titulada *La mano invisible*, acaba metiéndose en el lugar de algunos trabajadores que están participando en un extraño experimento laboral y la experiencia que tiene la mujer de la limpieza es muy parecida, ni siquiera tiene nombre, se ha hecho invisible para la sociedad.

El último libro de esta línea de ponerse en el lugar del otro que quiero recordar aquí es un libro de un periodista, corresponsal en Estados Unidos del periódico El Mundo, llamado Pablo Pardo, quien ha publicado un libro titulado *El Monstruo, memorias de un interrogador*, escrito después de hablar durante mucho tiempo con Damien Corsetti, que fue uno de los juzgados por interrogar y torturar a los presos en las bases militares de Afganistán y de Irak y cuenta su historia.

Este Corsetti se apuntó en el ejército, entró en contacto con los servicios de Inteligencia y con la CIA, lo mandaron primero a Afganistán y allí, conducido por el ejército y por el servicio secreto, para interrogar a presos de Al Qaeda, empezó a asumir una serie de técnicas que venían directamente de las más altas escalas del ejército y que cada vez derivaban más en la tortura. Él dice que su vida cambió cuando le dio verdadero significado al ruido de una vértebra al romperse cuando se le estaba pegando una paliza a alguien para sacarle información sobre Al Qaeda. El embrutecimiento que se producía en gente que en principio no era mejor o peor que otra, pero que estaba sometida a unas situaciones límites en unos espacio límites. Horrorizado, pidió cambio de sitio, ahí lo mandaron a Irak y allí acabó también como interrogador, acabó sintiéndose degradado, alcoholizándose y dándose a las drogas para olvidar la bestia en la que se había convertido.

Es curioso porque aquí el mecanismo de ponerse en el lugar del otro tiene una doble vertiente, por una parte él poco a poco empieza a darse cuenta de la barbaridad, de las injusticias que se están cometiendo y se pone en el lugar de las víctimas, pero esto se lleva a la realidad, porque cuando vuelve a Estados Unidos, cuando aparecen algunas denuncias en la prensa, el ejército quiere utilizarlo como chivo expiatorio y sin llevar las responsabilidades hasta la Casa Blanca, hasta Bush y la CIA, como había que llevarlas, intentan condenarlo y hacerlo responsable de los delitos y él se ve de pronto interrogado, acosado y empieza a vivir en sus propias carnes muchas de las técnicas y de las estrategias que él había utilizado como interrogador para llevar a otros a un callejón sin salida.

Son tres ejemplos: *Cabeza de turco*, *El muelle de Ouistreham* y *El Monstruo, memorias de un interrogador*, que demuestran cómo la literatura sirve muchas veces para llevarnos al conocimiento de nosotros mismos e incluso del monstruo que hay en nosotros mismos, cuando somos capaces de ponernos en el lugar del otro. Esto ocurre en el periodismo, en la literatura de información, pero ocurre también en la literatura que parece más complicada.

Quiero reivindicar las Humanidades y reivindicar el papel de la Literatura acogiéndome a un poema surrealista, un poema difícil, que juega con técnicas irracionales, pero que también en el fondo es una invitación al diálogo, a ponernos en el lugar del otro. Creo que es una reflexión que demuestra lo que puede decir la poesía en una crisis económica dura.

Les voy a leer un poema titulado “La Aurora”, escrito por Federico García Lorca en 1929, cuando llegó a Nueva York. Este poema parece una acumulación de imágenes, de metáforas. La poesía surrealista no quiere contar una historia, como los poemas de Campoamor que yo aprendía de memoria o como los poemas de Espronceda; quiere contagiar un estado de ánimo y García Lorca lo hace utilizando una batería de metáforas, una ametralladora de metáforas que contagia un sentimiento de pérdida, un sentimiento negativo.

Veamos el poema y después intentaré explicar cuáles son los mecanismos de escritura que incluso en la dificultad lírica intentan establecer un diálogo con el lector para que éste pueda ponerse en el lugar de los demás. Es fácil explicar que con la canción del pirata mi padre creaba efectos para que yo me pusiese en el lugar del pirata, del mismo modo que Espronceda se había puesto en el lugar del pirata, para que unos y otros en un espacio común descubriéramos en una canción la necesidad de la rebeldía, pero en un poema que parece que no tiene argumento también se produce esa invitación a la ilusión colectiva.

La Aurora.

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

Ése es el poema. Voy a intentar explicarles qué hay detrás de este poema, que se conserva en la fundación Federico García Lorca, y se titulaba inicialmente “Obrero en paro”. Lorca llega en 1929 a Nueva York y se encuentra con la gran crisis económica de Wall Street. Por distintos motivos, Lorca va a Nueva York. Su familia lo quiere alejar de un problema amoroso que tenía en Madrid, le facilita un viaje a Nueva York, para que estudie en Columbia University, acompañado por el que había sido su profesor de Derecho Político en la Universidad de Granada, Fernando de los Ríos, que después en 1931 sería diputado socialista por la circunscripción de Granada y después sería ministro de Educación Pública y de Justicia durante la República. Fernando de los Ríos acababa de publicar un libro (*El Sentido humanista del Socialismo*), en el que intentaba contar el relato de la emancipación humana. La primera quiebra de emancipación humana había sido la aparición del Cristianismo, que había hecho que todas las almas fueran iguales ante los dioses, no había esclavos ni seres elegidos, todos éramos iguales ante Dios; ése fue el primer paso de emancipación. El segundo paso de emancipación fue cuando ese “todos somos iguales” no se limitó a Dios, sino que intentó llevarse a la tierra. Con el pensamiento humanista, la dignidad no es sólo la dignidad de las almas sino la dignidad terrenal, no hay que esperar al paraíso y en ese sentido el humanismo fue el segundo paso de la emancipación humana. Y el tercero, para Fernando de los Ríos, era el Socialismo, un socialismo de carácter humanista porque planteaba que no podía crearse ni la dignidad personal ni la dignidad terrenal si no había unas condiciones sociales justas, que para él eran las del Socialismo.

Les cuento todo esto porque en la cultura de Fernando de los Ríos, el horizonte religioso, espiritual, era importante. Yo creo que en este poema, lo que va a hacer Federico García Lorca es utilizar todas las metáforas que la tradición religiosa y después la tradición ilustrada emplean para hablar de la necesidad de construir el futuro y del optimismo progresista y las invierte por dentro, las ensucia por dentro, las mancha. Porque con la crisis económica a la que está asistiendo en 1929 piensa que nos estamos quedando sin futuro, que estamos perdiendo la autoridad sobre nuestro propio futuro, los mercados están sustituyendo la autoridad del ser humano sobre su futuro. Y si es mala la melancolía que se siente cuando perdemos las cosas, cuando miramos hacia el pasado, es mucho peor la melancolía que se siente cuando lo que estamos perdiendo es el futuro. Él utiliza las metáforas del futuro y las envenena por dentro y después dice quiénes son los culpables. Nueva York es una ciudad norteamericana, pero es la gran metáfora del discurso de la modernidad.

Empezamos por el propio título. Decidió, por lógica interna del poema, cambiar el título de “Obrero en paro” por “La aurora”, porque la aurora y el amanecer es una de esas palabras que en cuanto uno se descuida acaba o en la letra de un himno o en un periódico anarquista; en la tradición religiosa son los salmos de maitines también, la luz sustituye a la noche como la salvación sustituirá al pecado, es la luz que viene a alumbrar un tiempo nuevo. Pues bien, la aurora de Nueva York está sostenida por cuatro columnas de cieno; es muy fácil reconocer la imagen poética de cuatro columnas de cieno porque son los chorros del humo de las industrias de Nueva York, esas columnas de cieno, por una parte contaminan y por la otra son frágiles, poco sostiene el

humo, el sostén de los valores sociales se está quedando en humo. Y después dice: “y un huracán de negras palomas que chapotean las aguas podridas”. Nos encontramos enseguida con otro símbolo, la paloma; la paloma es la verdad revelada, es el espíritu santo, la paloma es el símbolo del amor en la poesía clásica, después acabará siendo la paloma blanca de la paz... Pues esta paloma blanca de la paz, del amor, de la verdad, de la revelación, está convertida en algo negro, agresivo, un huracán de negras palomas. Cuando no se articula en amor el discurso colectivo, lo que hay en la multitud es agresividad, “huracán de negras palomas que chapotean las aguas podridas”. Las aguas representan el bautismo, las aguas de la purificación, pero también la conciencia de la vida humana que fluye, “nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar”... y después fue una de las grandes metáforas de la política moderna. En *El Príncipe*, Maquiavelo dice que la historia condena al ser humano a sufrir avalanchas de agua, inundaciones, pero que el ser humano puede ser el dueño de su propio destino si levanta diques para encauzar las aguas y llevarlas a buen puerto, a un pantano, al mar, en vez de convertirlas en catástrofe. Bueno, pues estas aguas que fluyen, que nos limpian y bautizan o son el símbolo de la autoridad del ser humano sobre nuestro propio destino, aquí están empantanadas, convertidas en fango, donde chapotean las negras palomas. Se entiende también la metáfora como los charcos de suciedad que puede haber después de llover en una ciudad.

Y seguimos: “la aurora de Nueva York gime por las inmensas escaleras buscando entre las aristas nardos de angustia dibujada”. En la poesía moderna, la arquitectura había sido un símbolo optimista, la posibilidad del ser humano de ordenar el espacio. Piensen ustedes en la pintura cubista, donde todo se somete a formas geométricas porque se tiene fe en la razón y en la capacidad del ser humano de ordenar el espacio. Pues bien, aquí los grandes rascacielos de Nueva York están convertidos en formas agresivas, en aristas duras, son edificios que no están hechos a la altura del ser humano, ni siquiera a la altura de la naturaleza, pertenecen a una agresión contaminadora, por eso en esas inmensas escaleras tan altas por las que no puede subir el ser humano gimen los nardos de angustia dibujada, gime la naturaleza.

Prosigue el poema: “la aurora llega y nadie la recibe en su boca”. Imagínense la esfera del sol en el amanecer sobre Manhattan, nadie la recibe en su boca porque el poeta enseguida ve en esa esfera la posibilidad de una sagrada forma, la comunión, aquello que nos une con un proyecto compartido, pero aquí la hostia nadie la recibe en su boca porque “allí no hay mañana ni esperanza posible”.

Y empieza a decir cuáles son los culpables: “A veces las monedas en enjambres furiosos taladran y devoran abandonados niños”. El huracán de palomas en paralelo da pie al enjambre de monedas y las monedas furiosas lo que están taladrando es otra de las metáforas básicas del optimismo y del futuro, los niños. “Ay de aquel que corrompa a un inocente”. O: “¿Qué será Don Lázaro de Tormes? Lo que haya aprendido Lazarillo”. Es el pacto pedagógico de fondo sobre el que se basa el contrato social. No hay mayor agresión al contrato social que una agresión al pacto pedagógico porque no se puede firmar un contrato si antes no hemos formado a ciudadanos

que puedan hacerse cargo de la ilusión colectiva. Y estos niños están abandonados, nos estamos quedando sin futuro porque el corazón de la infancia, de los estudiantes, lo está taladrando un enjambre de monedas furiosas.

Después dice el poema: “Los primeros que salen comprenden con sus huesos que no habrá paraíso ni amores deshojados...”. Los primeros que salen, pueden ser los llamados al juicio final que salen de la sepultura, puede ser, en la moral moderna, los madrugadores (a quien madruga, Dios lo ayuda), porque además el trabajo se reconoce, el mérito se reconoce, pero ahora ya no; no va a haber paraísos, nadie nos va a prometer nada y no habrá amores deshojados, el sí y el no de la margarita no sirve de nada, ya sabemos que va a ser “no”. Y añade: “saben que van al cieno de números y leyes...”. Las leyes se están sometiendo a los números, a los juegos sin arte, y se está perdiendo el Arte. Maquiavelo decía que el Estado era una obra de arte, que el político debía construir el Estado como una obra de arte capaz de encauzar las necesidades de la gente. Pero en el poema vemos también esa condena a los sudores sin fruto. Nos habían expulsado del paraíso por nuestros pecados diciendo: “ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente”, la moral burguesa es la moral de que el mérito se reconoce; pues bueno, los trabajos ni el sudor van a dar ya fruto porque nos estamos quedando sin futuro.



Luis García Montero

Y todo esto desemboca en un naufragio de sangre y en una de las grandes metáforas y de las lecciones de este poema: “La luz es sepultada por cadenas y ruidos en impúdico reto de ciencia sin raíces. Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes como recién salidas de un naufragio de sangre”. La luz, la verdad revelada, la Ilustración, la razón capaz de borrar con su luz las sombras de la superstición, es sepultada por cadenas y por ruidos, no por música, no por libertad, en “impúdico reto de ciencias sin raíces”. El proyecto de la modernidad se basaba en que todo desarrollo técnico y científico debía ir acompañado de un desarrollo ético, de un desarrollo moral, capaz de poner los progresos humanos al servicio del ser humano y no al servicio de los “enjambres de monedas furiosas”.

En otro poema del libro de Poeta en Nueva York dice Federico García Lorca en otra metáfora maravillosa: “debajo de las multiplicaciones, hay una gota de sangre de marinero”. El marinero, como el pirata, por su diálogo con el mar, era uno de los símbolos de la libertad, de la vida sin fronteras. Pues esa vida en libertad y sin fronteras está siendo sometida por el fango de los números y las leyes, los enjambres de monedas

furiosas y hay una gota de sangre nuestra debajo de las multiplicaciones. La consecuencia es que hay una crisis generalizada que se interioriza y los seres humanos en crisis económicas son seres humanos en crisis personal: “Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes como recién salidas de un naufragio de sangre”. Estamos en un naufragio de sangre, no en una navegación colectiva, y los que salen de ese naufragio vacilan insomnes, en crisis, porque se degradan los valores interiores.

Éste es el poema, un poema basado en un lenguaje negativo, el “no”, el “sin”, el “des” y basado en todas las metáforas que en la tradición humana habían simbolizado el optimismo, para mancharlas por dentro porque los valores humanos están ahora en manos de los mercados y en manos de los juegos económicos que han desembocado en la crisis de 1929.

Es un poema que tiene mucha actualidad porque nosotros estamos en crisis. Porque si no articulamos nuestro discurso colectivo en el amor y en el conocimiento del otro, en la ilusión colectiva, no vamos a conseguir nunca salir de esta crisis y porque no va a haber receta -ni económica ni científica- que nos saque de esta crisis si no se hace otra vez ese pacto de raíces entre la ciencia y la conciencia humana.

Por eso yo me he atrevido a reivindicar aquí la poesía como algo importante a la hora de plantearnos los valores, a la hora de plantearnos nuestro futuro y a la hora de tomar conciencia de que no hay sólo recortes económicos, sino que hay también recortes de valores. Y como no empecemos por reivindicar esos valores, vamos a seguir sometidos a la dictadura de la economía que denunciaba Federico García Lorca.

En una conferencia sobre *Poeta en Nueva York*, García Lorca dijo: “yo no escribo para divertir, para entretener”. Hay también hoy un interés de confundir la cultura con el entretenimiento, con la zafiedad, con la telebasura. Me gusta siempre recordar a Albert Camus cuando dijo que la degradación del tiempo de trabajo iba acompañada siempre de la degradación del tiempo libre, de ocio. Creo que es verdad.

Por eso le voy a hacer caso a Federico García Lorca y por eso os invito a que leamos todos su poema *La Aurora* por segunda vez.

Con el poema los dejo. Muchas gracias.



VIII CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN
LA SOCIEDAD ACTUAL.

LA LITERATURA Y LA VIDA NO SUELEN SER OBEDIENTES

Ponente: **Benjamín Prado.**

Escritor.

Fecha y lugar de impartición: 21 de noviembre de 2012, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

Benjamín Prado

Nacido en Madrid en 1961, Benjamín Prado ha publicado las novelas *Raro* (1995), *Nunca le des la mano a un pistolero zurdo* (1996), *Dónde crees que vas y quién te crees que eres* (1996), *Alguien se acerca* (Alfaguara, 1998), *No sólo el fuego* (Alfaguara, 1999), *La nieve está vacía* (2000), *Mala gente que camina* (Alfaguara, 2006) y *Operación Gladio* (Alfaguara, 2011), y el libro de relatos *Jamás saldré vivo de este mundo* (Alfaguara, 2003).

También es autor de los ensayos *Siete maneras de decir manzana* (2000), *Los nombres de Antígona* (Aguilar, 2001), *A la sombra del ángel (trece años con Alberti)* (Aguilar, 2002) y *Romper una canción* (Aguilar, 2010), y del libro de

aforismos *Pura lógica* (2012).

Su obra poética está reunida en los volúmenes *Ecuador* (poesía 1986-2001), *Iceberg* —ambos aparecidos en 2002— y *Marea humana* (2006), con su obra poética ha recibido premios como el Hiperión, el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla y el Generación del 27. Sus libros han sido traducidos, hasta el momento, en Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Grecia, Dinamarca, Portugal, Croacia, Estonia, Letonia y Hungría, y editados también en Argentina, México, Perú, El Salvador y Colombia.

LA LITERATURA Y LA VIDA NO SUELEN SER OBEDIENTES

Muchas gracias a todos por venir. Y muchas gracias por esa presentación que me habéis hecho. Decía Manuel Vázquez Montalbán que él no escribía para el público en general, que no escribía para los críticos, que no escribía ni muchísimo menos para sus colegas; desde luego no escribía tampoco para los medios de comunicación... “Yo escribo para mis presentadores”, decía Vázquez Montalbán.

Yo estoy hoy aquí por azar. Tuve la suerte de tener un profesor de Literatura que se llamaba Fernando Borlán, en un instituto de Las Rozas, donde yo vivía con mi familia. Mi madre todavía vive allí. Y la primera vez que a mí se me ocurrió escribir algunos versos en un cuaderno, este profesor me los vio en clase y me dijo: “¡ah, pero a ti te gusta escribir!, te recomiendo que empieces la casa de lector por el tejado y que te leas los dos mejores libros de poesía del siglo XX: *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca y *Sobre los ángeles*, de Rafael Alberti”.

Bueno, yo le hice caso. Esto era un lunes, el martes me fui a la única librería que había entonces en Las Rozas, una pequeña librería papelería, después el pueblo evolucionó muchísimo y ya no hay ninguna librería. Pero entonces todavía nos quedaba una, yo entré en esa librería, compré un ejemplar de *Sobre los ángeles*, de Rafael Alberti, lo leí al día siguiente, el miércoles, y me quedé realmente estupefacto. Nunca se me hubiera pasado por la cabeza que solamente poniendo una palabra detrás de otra se pudiera causar un efecto semejante al que me causó a mí la lectura de ese libro.

Y el viernes de esa semana, después de comer mi padre me mandó a que subiera al bar de la esquina a comprar una barra de helado para el postre de la familia. El bar de la esquina estaba a 60 metros de casa. Entré allí, compré la barra de helado y de pronto me di la vuelta y allí estaba sentado Rafael Alberti. Por eso os decía que yo estoy aquí por azar. Yo me acerqué a Rafael Alberti y le dije: “¡Hombre, usted es Rafael Alberti!”. Cosa que él ya sabía, tampoco es que le diera una noticia extraordinaria. Le dije: - Es que he leído su libro. - ¿Qué te ha parecido?, me preguntó. Y yo le comenté lo que me había parecido y me dijo: ¿Cuántos años tienes? Y yo le respondí que 17. Y él me dijo: - Te invito a un gin-tonic. Siempre me he preguntado a qué me hubiera invitado si hubiera tenido 20; si hubiera sido mayor de edad. Pero como sólo tenía 17, me invitó a un gin-tonic. Y desde ese día empezamos una amistad rara. Digo rara porque era muy normal que un joven aspirante como yo a escritor estuviera fascinado por alguien como Alberti, seguramente el escritor más célebre que ha habido en este país. Tú ibas con Rafael al último pueblo, al último rincón de España y a

los diez minutos había personas haciendo cola para que les firmara un autógrafo. Yo creo que eso sólo les pasa a los futbolistas hoy, incluso a los malos.

Lo que se entiende menos es que Rafael quisiera tener algún tipo de amistad conmigo y convertirse en mi maestro. Pero el caso es que así fue y durante 13 años conviví con él casi a diario y aprendí muchísimas cosas de Rafael. Pero yo, y por eso les contaba esto, siempre suelo contar como la más importante de todas, la idea que él tenía -además la tenía absolutamente interiorizada y la defendía con una firmeza extraordinaria- de que la literatura tenía una importancia política, además de ser algo hermoso, de ser algo importante y una parte esencial de la cultura de un país, y a su vez la cultura algo decisivo en el tamaño de ese país. (Lo digo porque ahora parece que la grandeza de un país solamente se mide por su prima de riesgo). Suelo decir siempre que para mí un drama fue la muerte de Ángel González, pero el hundimiento de un banco no sería ningún drama para mí. Es más, yo mismo cerraría unos cuantos si me dejaran. Pero volviendo a la convicción de Rafael Alberti, él pensaba que la literatura, además, tenía una importancia civil, una importancia política, era un lugar desde el que poder opinar sobre las cosas que ocurren en el mundo real.

Las fronteras entre realidad y ficción siempre son muy difíciles de marcar. No solamente porque algunas de las cosas que se escriben y parecen novela están demasiado basadas en hechos reales, como yo mismo os contaré. Sino también porque muchas veces en la realidad ocurren cosas que uno no se puede creer de ninguna de las maneras. Parecen mentira, parece mentira que haya gente que diga las cosas que dice y haga las cosas que hace.

Rafael Alberti pensaba que la literatura tenía una importancia civil y lo hacía basándose en algo en lo que yo estoy muy de acuerdo. Aquí ahora yo estoy disfrutando de un privilegio extraordinario y raro, el privilegio de ser escuchado. En esta vida tampoco hay tanta gente que escuche. Normalmente tú estás hablando con alguien y el de enfrente es alguien que está pensando lo que va a decir él cuando te calles. Eso pasa mucho en el mundo del periodismo, te suelen preguntar lo que ya has contestado de hecho en la anterior pregunta.

Claro, disfrutar del privilegio de ser escuchado implica una cierta responsabilidad. Uno piensa: “¿voy a desaprovechar este espacio para no dar mis opiniones sobre diferentes cosas? ¿Voy a desaprovechar la tribuna mayor o menor, con mayor o menor difusión, que es a fin de cuentas un libro? ¿Voy a desaprovechar para no dar mi opinión sobre cosas que suceden o que han sucedido y se han ocultado, por ejemplo? Sé que hay partidarios de la pureza de la literatura, de la idea de que la literatura tiene que estar no solamente al margen de los conflictos sociales o políticos del momento en que está escrita, sino lo más lejos posible. Parece que toda opinión es un descenso, como si el escritor tuviera que estar en unas alturas donde no se arriesgase nunca a tocar el suelo.

Yo no creo eso en absoluto. Creo que la palabra más importante de esta convocatoria es la palabra “convivencia”.

Y convivir, si le das la vuelta, es vivir con. Es decir, es relacionarse, es intentar estar a la altura de lo que para mí es la frase o idea más hermosa que ha salido de la mente humana, la dijo Voltaire¹, dirigiéndose a alguien con quien estaba en profundo desacuerdo, le dijo: “mire, me repugnan sus ideas, pero daría mi vida por defender su derecho a expresarlas”. Y creo que ésa es una frase que debería estar puesta en los colegios, encima de las pizarras. Porque a pesar de todo creo en la capacidad de la literatura para enseñar cosas, para mover conciencias, para dirigir intelectualmente a las personas que leen o miran o escuchan o comparten cualquiera de las posibilidades que nos ofrece la cultura.

Yo creo que la convivencia es la clave de la literatura que a mí me importa. No sólo en Alberti. Creo que cuando me puse a escribir novelas, cosa que por cierto también ocurrió por puro azar, lo primero que pensé es que me gustaría escribir novelas como las de Galdós. ¿Y qué hacía Galdós en sus novelas? En Fortunata y Jacinta, o en Doña Perfecta, no os digo ya en los Episodios Nacionales, lo que Galdós hacía era coger una historia real, reconocible, en la que uno había oído hablar de la mayor parte de los personajes, y dejar caer en medio de esa historia conocida, o supuestamente conocida, un personaje de ficción que era como una especie de gota de tinta que teñía toda el agua que tocaba. Y al revés, también obligar a los personajes reales a comportarse como seres de ficción, puesto que estaban dentro de una novela.

Desde que empecé a escribir poemas, es verdad que de alguna manera por influencia de Rafael Alberti, escribí poemas en los que tuviera cabida la realidad y mis inquietudes. Y cada uno tiene sus particularidades en su carácter. Yo siempre me he llevado muy mal con aquello que considero injusto. No me gusta ver que ninguna gente -de ninguna clase y en nombre de nada- sufre injusticia, o se vulneran sus derechos, o son menoscabadas por otras personas.

Y cuando escribo un libro de poemas, a lo mejor se me ocurre escribir un poema que se llame “El Inmigrante”, pensando que hay cosas que ocurren en nuestro país con respecto a la inmigración que no me gustan nada y que además me parecen peligrosas, me parece alguna gente puede llevarlas a rincones de la ideología que están llenos de trampas para todos.

¿Cómo se hace eso en las novelas? Yo había escrito primero libros que no tenían nada que ver con esas preocupaciones. Hablaba de gente de mi edad, gente que hacía cosas parecidas a las que hacía yo, pero en los que tampoco había una conciencia histórica, política, que son muy necesarias a la hora de hablar de convivencia y de tolerancia. Porque si la convivencia es vivir con los demás, la tolerancia es ser capaz de respetarlos. Y creo que la tolerancia es el mejor sistema de medida posible para calcular el estado de las libertades en un país. Lo digo porque como hay tanta gente preocupada de que otros ejerzan derechos que no vulneran los suyos, eso a mí me alarma profundamente. Por ejemplo, oiga, ¿y a usted qué le importa que se casen o no se casen las personas del mismo sexo, si a usted eso no le obliga a nada, si no vulnera ningún derecho suyo?

Un día llegué a mi casa un poquito tarde. Había escrito algunas novelas y ninguna me gustaba demasiado. Y puse la tele y apareció un reportaje que hablaba de niños robados a los republicanos por parte de la dictadura franquista. Y a mí me extrañó mucho el tema porque pensé que esas cosas no pasaban en España, que pasaban en Argentina, en Chile, en Uruguay, en el cono sur en los años 70. ¿Cómo es posible que esto haya ocurrido en España y yo no lo sepa? No porque yo sea muy listo, pero uno ha leído un poco, está más o menos en el mundo, tenía cierto conocimiento de las cosas que habían ocurrido en el país y sin embargo de eso no sabía absolutamente nada. Es más, casi nadie parecía saber absolutamente nada. Empecé a investigar y vi que efectivamente había muchos indicios de que se habían cometido muchas adopciones ilegales, entregas de niños, desapariciones, robos de niños a sus madres... Y con todo eso escribí la novela *Mala gente que camina*. Es verdad que cuando la publiqué, alguna gente dijo que me lo estaba inventando. Hubo algunos titulares de periódicos diciendo que novelaba el supuesto robo de niños por parte de la dictadura. Fijaros ahora la cantidad de niños robados que están en los medios de comunicación, que son otros niños pero son los mismos, son los herederos de aquellos. Alerta el poeta Juan Gelman sobre lo peligroso que es que a veces algunos de los comportamientos típicos de una dictadura se repitan; que haya personas que crean que dentro de una democracia, como la nuestra, se pueden repetir algunas de las actitudes propias de las dictaduras. Es como si vinieran con el problema lanzado y ya no hubiera manera de detenerlo.

Creo que los niños que ahora salen en los diarios y en los medios de comunicación, que son niños robados por otras causas, ya no es por razones ideológicas, ya no es como en el caso de los niños de mi novela porque se pensara que había que depurar el país de la ideología de izquierdas e hiciera fortuna aquella idea de separar el grano de la paja; es decir, quitémosle sus hijos a la gente de izquierdas, que no coincide con el nuevo régimen, para reeducarlos en otra ideología. Sin embargo, hay una base similar en los niños robados en los años 70 y algunos incluso en los años 80, y es el desprecio del poderoso por los más débiles. Aquel que piensa que aquello que tengan los más débiles que a él le pueda interesar, da lo mismo si es un solar o es un hijo, se lo pueden quitar y además casi les debían de estar agradecidos, porque, bueno, nosotros te lo vamos a educar mucho mejor, tenemos más posibilidades, y van a estar mucho mejor tus hijos conmigo que contigo, como si la vida fuera una cuestión de metros cuadrados o ceros a la derecha. Bueno, lo es en alguna medida pero no en toda la medida. Afortunadamente hay otras cosas e ideales que nos importan a las personas.

Cuando publiqué esa novela, la verdad que tuve una experiencia maravillosa, pero no tanto porque la novela se vendiera más o se vendiera menos o tuviera más o menos ediciones, sino porque muchas personas se me acercaban a darme las gracias, cosa que a mí no me había ocurrido con otros libros. Me daban las gracias, me contaban su historia o me decían: “es que yo había tenido sospechas y leyendo esta novela he sumado dos y dos y he empezado a sospechar que a lo mejor mi propia vida era un fraude”. Para mí eso fue muy importante porque reforzó aquella idea que había aprendido de Rafael, quien siempre citaba a Baudelaire. Baudelaire dice que un escritor puede ser cualquier cosa, pero ante todo tiene que ser un escritor de su tiempo, estar implicado en los sucesos de su tiempo y explicarlos en su obra también.

Y esta experiencia con *Mala gente que camina* me reafirmó mucho en esa idea. Porque tuve la sensación de haber escrito una novela, buena o mala, eso lo tiene que decir cada lector que la lea, pero sí necesaria, sí que hacía falta. Y me había recordado que una de las funciones de la literatura también puede ser rellenar los huecos que la historia deja vacíos. Porque según algunos cálculos, en España se robaron casi 25 o 30 mil niños y nadie sabía nada. ¿Por qué no lo sabían? Pues porque los libros de Historia no se habían detenido en eso.

Balzac² -le gusta mucho citarlo a Vargas Llosa- dice que la novela es la historia privada de los países. Cuando Balzac habla de la historia privada se refiere a la historia puerta a puerta, a la historia apellido a apellido. Aquella historia que obviamente no puede caber en los libros generales, porque tendrían que ser libros de 200 mil páginas, pero sí cabe en las experiencias de cada persona, en sus problemas, en sus pérdidas.

Esas expectativas, por ejemplo, que tienen muchas personas con familiares desaparecidos durante la guerra civil, y a quienes no las dejan encontrarles o cuando los encuentran no les dejan recuperarles, cosa que parece muy rara, no pasa en ningún otro país de Europa.

Y entonces recordé lo que aprendí de Rafael, recordé que la literatura también tiene que servir para intentar llamar la atención sobre cosas que no se saben, o que se supieron pero se han olvidado, o que se consideran de mejor gusto no tratarlas. Vivimos en un mundo en el que parece que para que haya convivencia tiene que haber silencio; para que haya tolerancia, tiene que haber obediencia. Y no creo mucho en los silencios impuestos, en los temas intocables; no creo absolutamente nada en las instituciones sobre las que uno no pueda opinar, por muy altas instituciones del Estado que sean. Porque creo que la literatura y la vida en general -y la literatura que a mí

me gusta al menos es una expresión de la vida- no suelen ser obedientes.



Benjamín Prado

Dentro de la obediencia no existe la democracia. Yo sé que todo poder corrompe, como vemos continuamente, incluso el poder ínfimo corrompe absolutamente a algunos y creo que dentro de la obediencia no hay democracia porque el que quiere ser obedecido no quiere ser cuestionado. Quien no quiere ser cuestionado no admite réplicas y suele tener la tendencia de imponer a los demás de qué pueden o de qué no pueden hablar. Y es muy difícil establecer una convivencia a base de silencios o a base de olvidos.

Posteriormente, cuando hice la siguiente novela, *Operación Gladio*, partí de otro cuestionamiento. Muchas veces me preguntaba por qué a mí a la hora de hablar de la transición, había cosas que no me terminaban de encajar... Que después de 38 años de dictadura, unas cuantas personas en tan poco tiempo solucionaran tantas cosas, era muy raro. Había cosas que no me encajaban.

Siempre me ha interesado la defensa firme del proceso democrático que hizo el pueblo español. Efectivamente, España se convirtió en una democracia por lo que suelen serlo las democracias: porque lo quieren sus ciudadanos; no porque lo quisieran cuatro o cinco políticos, sino porque lo quiso el conjunto de la población y consiguió implantarla. No me gusta nada aquella expresión de “costalero de la democracia” con que Alfonso Guerra definió al pueblo español en aquellos momentos. Porque, hombre, costaleros son los que llevan las vírgenes... Creo que había mucho más que eso, creo que había una participación mucho más activa, mucho más ideológica, mucho más inteligente que la de meros costaleros de ideas de otros, que es el sentido que parece indicar esa frase.

Y escribí esa novela de espías, que aborda la existencia de una red terrorista, la red Gladio, creada por la CIA nada más acabar la II Guerra Mundial para cometer atentados y echarle la culpa de esos atentados a gente de izquierda, y evitar así que especialmente los Partidos Comunistas llegasen al poder en los gobiernos de Europa. Pues esa red había actuado también en España, lo mismo que había llevado a cabo atentados tremendos en Italia, en Alemania, en Holanda, en Francia. Y hay bastantes posibilidades de que esa red participase en los crímenes de los abogados laboristas de la Calle Atocha, que hubiera un pistolero de la Gladio involucrado en los asesinatos de la Calle Atocha.

¿Para qué sirve escribir una novela así? Aparte de para que alguna gente se meta contigo y te acuse de criticar cosas o no aceptar la versión de las cosas que parece que otros han aceptado, pues sirve para intentar enseñarles a otros esas realidades, para que hubiera otra versión.

Muchas veces también me expreso por otros canales, como los periódicos, con mensajes que a lo mejor tienen más cabida en un diario. Pero es verdad que todo lo que he escrito -y todo lo que escribiré- siempre ha querido partir de la observación de un problema, de la vista de un agujero negro. Y siempre empiezo a escribir porque pienso: “¿por qué de eso no sabemos nada? ¿Y por qué esto ha desaparecido?”. Qué curioso que haya actualmente tan poca poesía ecológica, por ejemplo. Cuando la naturaleza se ha convertido en algo acosado, en algo en peligro, en algo que está relacionado por una parte con la especulación que nos ha llevado a donde estamos, con la degradación del ecosistema en que vivimos.

En el pasado relativamente reciente, cuando alguien hacía un libro sobre un tema social pasaba a ser sospechoso inmediatamente de mal escritor. Cosa que no ocurrió por casualidad. Cuando se hizo la famosa *Antología de la Poesía Social*, en la que estaban Blas de Otero, Gabriel Celaya o Ángel González, o tantos otros, es verdad que

hubo quien intencionadamente obligó a que esa antología creciera y creciera y se metieran en ella autores de segunda y de tercera clase. Cuando todos sabemos que hay malos y buenos escritores en la literatura romántica, o en la literatura de Ciencia Ficción, y lo mismo en la literatura de misterio.

Pero esta antología de poesía social se manipuló de manera obvia. Y habrían de pasar muchos años para que una serie de escritores por azar, -el azar es una parte importante de esta charla-, nos hubiéramos puestos a hacer novelas que retoman el tema social.

Este fenómeno ha sido normal, ocurre en todos los países. Cuando sucede un drama como en España fue la guerra civil y la larguísima postguerra, la historia escondida de los perdedores sobre todo la suelen contar los nietos, no la suelen contar los hijos. Porque los hijos están demasiado cerca del drama, están demasiado salpicados, carecen de la distancia necesaria para tener perspectiva sobre las cosas y escribir no desde el odio, no desde el rencor, no como si uno pretendiese hacer ajustes de cuentas a cosas que están demasiado lejos, sino desde las ganas de saber y desde las ganas de aportar una gota más al mar enorme del conocimiento de las cosas, que es la historia de un país, o de una civilización o del mundo en general.

Y por esa razón escritores más o menos de mi edad, sin haber acordado una estrategia ni seguir ningún plan predeterminado, nos pusimos a partir de cierto momento a escribir sobre estos temas, casi sorprendiéndonos unos de que los otros sacaran novelas que estaban más o menos en un ámbito similar. A mí me pasaba, yo llegaba a la librería y decía: “¡qué casualidad, ahora de pronto a todo el mundo nos ha dado por escribir novelas sobre estos temas!”.

Como me imagino que se estarán escribiendo novelas sobre la crisis ahora mismo, saldrán dentro de un tiempo, y sobre las razones de la crisis, sobre los posibles titiriteros de la crisis. Parece como si estuviéramos aceptando que son las marionetas las que mueven la mano del titiritero y no; suele ser al revés, suele ser gente de arriba la que mueve a los muñecos y además los mueve desde las sombras, con bastante impunidad. Seguramente eso que llamamos “los mercados” debe tener algo que ver con esa idea de los titiriteros.

Para mí, que ocurran las cosas que ocurren es una razón más que suficiente -como lo era para Alberti- para seguir escribiendo. Seguramente si el mundo que me rodea me gustase más, si la palabra “convivencia” o la palabra “tolerancia” que está en el epígrafe de esta charla fueran para mí indudables y me pareciera que todo el mundo las respeta, que todo lo que se hace desde las posiciones e ideologías que se quieren están basadas en mejorar la convivencia de las personas y en ser tolerantes con las personas que no piensan como tú. Porque hay gente que es tolerante con las personas que piensan lo mismo que él. Eso no es ser tolerante. No tiene nada que ver con la tolerancia. La tolerancia está dirigida a aquel que piensa de manera distinta a ti. Lo demás es ir a aplaudir al mitin de tu partido, diga lo que diga el candidato y a abuchear al del frente, diga lo que diga también ¿no? Yo siempre he sido poco partidario de eso.

Si la literatura en general y la poesía en particular siempre me han parecido, porque lo aprendí de mis maestros, no solamente hermosas, sino también necesarias, creo que ahora me lo parecen más que nunca.

Creo que estamos en un mundo en el que muchas de nuestras certezas se están vulnerando de manera violenta, en el que se están rompiendo algunas líneas que habíamos aceptado como líneas naturales de la vida. Por ejemplo: siempre habíamos creído y me parecía muy razonable creerlo, que cuando una persona, después de haber trabajado gran parte de su vida, llega a la edad mediana, a los 50 años, es el momento en el que debería tener el derecho a mirar con cierta tranquilidad el futuro. Sin embargo, vemos que no. Que ahora el drama de muchas personas es que de pronto, cuando cumplen los 50 años y tendrían que empezar a sentir el suelo con más firmeza debajo de los pies, resulta que empiezan a ver que se tambalea, que se lo quitan todo, que pierde la línea de su vida. Y por primera incluso desde la dictadura empezamos a tener toda la certeza de que no le vamos a dejar a nuestros hijos, y me temo que a nuestros nietos, un mundo y un país mejor del que heredamos. Es una certeza que se había tenido incluso dentro de la dictadura, incluso desde los años 60 o 70. Cada generación tenía la certeza -y así fue-, de que el país que iba a dejar iba a ser un poco mejor; primero porque iba a ser un poco menos pobre, menos analfabeto y menos horroroso. El final del Franquismo era diferente de su principio. Primero porque llegaba el desarrollismo y llegaban los primeros dineros de los turistas, cuando no les vendían todavía los permisos de residencia, quiero decir; después porque llegó la democracia y con ésta se comenzaron a recuperar muchas libertades perdidas y a crear otras que nunca habíamos tenido.

Sin embargo, ahora no tenemos esa certeza. Tenemos la seguridad casi completa de que nuestros hijos lo van a tener más difícil. Van a tener un mundo menos sólido, un mundo peor. Es una certeza terrible. A mí me parece una razón extraordinaria para seguir escribiendo, para escribir más poemas y para escribir más novelas. Porque hay que darle voz a todo eso.

Al final, lo que no se cuenta es como si no hubiera ocurrido. Si lo pensáis bien, no basta que las cosas sucedan. Lo mismo que no basta que alguien quiera ocultar las cosas, y todos los totalitarismos de la historia lo primero que han querido ha sido callar bocas, tachar libros y quemar. No hay dictadura que no haya hecho una hoguera con libros, absolutamente ninguna. Leerlos no los van a leer, pero quemarlos seguro. Y es imposible callar los libros. Porque siempre hay alguien que recuerda el poema, siempre hay alguien que entierra el libro, que lo salva de la manera más dramática. La historia está llena de gente que ha muerto fusilada, abrazada a un manuscrito, que lo ha metido en botellas y las ha enterrado en campos de concentración y demás, gracias a eso conocemos algunas narraciones y poemas.

Pero al contrario también funciona. Si algo ocurre y nadie lo cuenta, si nadie lo deja escrito, si nadie lo deja para su tiempo y para los tiempos que vendrán después, es como si no hubiera sucedido. Y tenéis que pensar que no hay totalitarismo de este mundo que no tenga como palabra esencial la palabra impunidad. Lo que quiere

cualquier persona que está cometiendo actos deshonestos de cualquier tipo, en mayor o menor medida, tanto si se lo hace a una sola persona, como si se lo hace a muchas, como si se lo hace a todas, es la búsqueda de la impunidad. Yo quiero hacerlo, pero no quiero que se sepa. Es más, cuando cambien las tornas, cuando el viento lleve la bandera para otro lado, lo que quiero es quedar como el luchador principal y una de las personas esenciales para que este cambio se produjera. Hay muchos casos de cinismo de ese tipo.

Y creo que conviene recordar que en los libros que uno escriba pueda quedar también fijada esa pequeña historia privada de los países de los que hablaba Balzac, porque la literatura funciona por símbolos. Y los símbolos tienen una capacidad expansiva grande. Uno es capaz de entender muchas cosas leyendo las ondas que hace la piedra de una idea, aunque sea tirada en medio del silencio más espantoso. Por eso, en medio del Franquismo existían escritores como Carmen Laforet, que escribía *Nada*, o como Luis Martín Santos, que escribía *Tiempo de Silencios*, o como tantos poetas que nos dejaron versos gracias a los cuales sabemos también lo que sentía la gente en aquellos momentos.

A mí me gustaría que el que leyese mis libros dentro de mucho tiempo, si es que alguien los lee (hay que ser optimista para pensarlo), tuviera la sensación de que sí que sabía lo que sentían algunas personas de este país en algunos momentos de la historia que no se habían contado exactamente como se cuentan en mis libros y en los que no parecían tener voz personas que yo espero que sí la tengan en ellos. Al menos por ahora no se le ha ocurrido a nadie coartar la libertad de nadie para decir lo que quiera dentro de los términos que marca el Código Penal naturalmente, publicarlo y esperar que otros lo lean, esperar que otros te escuchen y puedan más o menos tener cierto interés por ello.

Eso, evidentemente, es un símbolo de convivencia. Pero no es suficiente. Soy poco partidario de mirar para otra parte. Uno puede ser inocente de lo que no ve, pero es cómplice de lo que no quiere mirar. Cerrar los ojos es marcar una distancia a veces intolerable. No puede ser que a veces uno haga como que las cosas que les están pasando a otros no pasan. Opino que la literatura en ese sentido no tiene que ser nunca un espejo en el que se refleje solamente el autor, sino que tiene que ser una ventana en la que se vea lo que le está ocurriendo a los demás.

Luego uno se puede equivocar o puede acertar en la elección de un personaje o de una estructura, pero por lo menos que no pueda uno ser acusado de haber mirado para otra parte; de haber hablado de todo lo que no pasaba, a lo mejor para no tener que hablar de las cosas que sí pasaban.

Éstas son las cuatro o cinco ideas que quería compartir con vosotros. Siempre espero que aquello que escribo no solamente pueda colaborar a que la convivencia en nuestro país y la tolerancia con las ideas de los demás sea más grande, sino también a que aquel que lea los libros se entretenga, se divierta, se ría, se sienta intrigado, en

fin, conseguir aquello que uno haya intentado en cada libro.

El libro que tenga la idea más noble y más compleja y extraordinaria del mundo, si está mal escrito, si se le cae de las manos a quien lo lee, pues no tiene mucho sentido.

Termino por donde he empezado. Cuando yo conocí a Rafael Alberti me llamó muchísimo la atención lo atento que estaba a la realidad. Él era un maestro, era un mito, era como andar por la calle con un personaje literario él mismo. Se podía haber dormido en los laureles, se podía haber quedado hablando de la República, de sus compañeros de la generación del 27 y demás, y sin embargo él estaba muy atento a la realidad.

Tan atento a la realidad que se presentó como candidato a diputado por Cádiz, por su provincia, por el Partido Comunista. Y él hizo una campaña política en verso, cosa verdaderamente llamativa. Hacía lo que él llamaba “Coplas de Juan Panadero”, era lo que él llamaba poesía urgente y que consistía en lo siguiente: él llegaba a cualquier pueblo donde tuviera que celebrar su mitin y le pregunta a la gente: “¿Bueno, y aquí qué pasa?”. Y entonces le contaban: “iban a haber hecho una carretera y no nos la han hecho; iban a haber arreglado el alcantarillado y no nos lo hicieron, no tenemos luz, el colegio tiene goteras”. Y Rafael se iba a donde se alojara y allí mismo escribía una copla urgente de Juan Panadero. Eso, me imagino, yo no estaba allí por aquella época, pero me imagino que eso debía crear un impacto muy grande en quien lo oyese, porque claro, allí estaba Rafael Alberti ni más ni menos, pero no estaba allí para hablarles de la República, ni de la guerra civil, ni de su exilio en Buenos Aires o en Roma, estaba para hablarles de lo que estaba pasando en esos momentos, de esas elecciones, de los que él consideraba los problemas de los andaluces en aquellos años. Y además, tampoco estaba allí para hablarles de su amistad con Federico García Lorca o con Pablo Picasso, o con Pablo Neruda o tanta gente; estaba para hablarles de ellos, de su carretera, de su alcantarillado, de su alumbrado o de su escuela. Y eso me imagino que creaba una cercanía, casi una familiaridad entre lo que estaba diciendo alguien que parecía tan lejano, casi mitológico como Rafael Alberti, y tus propios problemas. Y ésa a mí me parece una lección que tampoco he querido nunca olvidar.

Evidentemente, yo nunca seré Rafael Alberti. Nunca seré tan buen poeta como él ni viviré las cosas que él vivió. Pero sí quiero pensar que alguna vez algún lector del futuro o del presente puede ver en mí algo parecido a lo que yo vi en él, que fue una luz, una guía, una orden de comportamiento: Haz las cosas bien, sé consciente, intenta extender, expandir tus ideas con tus libros pero no seas intolerante, no intentes imponer tus ideas a los demás sino explicárselas. No hagas tanto una literatura de combate como una literatura de conocimiento del otro, de explicación de los demás. En eso consiste la convivencia y en eso consiste también la literatura.

Lo primero que me enseñó Rafael fue a no ser fanático como lector, a no descartar a un poeta porque fuera de derechas o de izquierdas, porque hubiera hecho esto o hubiera hecho lo otro, porque tuviera una biografía u otra.

A no tener dogmas inquebrantables. Una vez me acuerdo que estábamos en Altea, en casa de unos amigos y allí había otro amigo de él, un pintor llamado Santiago Ontañón, que había sido muy amigo de Lorca, de Dámaso Alonso, había hecho algunos de los decorados de La Barraca, de García Lorca y ese día se habían enfadado Rafael y él. A Rafael lo recordáis perfectamente con su camisa hawaiana, su melena blanca y su gorro de marinero, y se enfadaron y Santiago Ontañón le dijo: “pero tú de qué vas, quién te crees que eres, eres patético con esas camisas absurdas, tienes el síndrome de la eterna juventud, haces el ridículo”. Por la noche eran otra vez amigos, evidentemente. Pero Rafael lo que hizo fue irse a su habitación y escribir otro poema urgente, un poema de un libro suyo que me gusta mucho, *Versos sueltos de cada día*, y que me parece que explica este tema de la literatura y la sociedad mucho mejor que yo. Escribió Alberti:

“Algunos se complacen en decirme:
Estás viejo, te duermes
de pronto, en cualquier parte.
Llevas raras camisas,
cabellos y chaquetas estentóreos.
Pero yo le respondo
como el viejo poeta Anacreonte
lo hubiera hecho hoy:
- Sí, sí, pero mis cientos de viajes por el aire,
mi presencia feliz, tenaz, arrebatada

delante de mi pueblo,
mi voz viva con eco
capaz de alzar el mar a cimas de oleaje,
y las bellas muchachas y los valientes jóvenes
que me bailan en corro
y el siempre sostenido, ciego amor,
más allá de la muerte».³



1 François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire (1694-1778). Escritor, historiador, filósofo y abogado francés, miembro de la Academia Francesa y una de las principales figuras de la Ilustración.

2 Honoré de Balzac (1799-1850). Novelista francés, adscrito a la llamada novela realista del siglo XIX. Autor de excelentes novelas sobre la realidad social de su época, enmarcadas en el ciclo *La Comedia Humana*.

3 Alberti, Rafael: *Versos sueltos de cada día*. Editorial Seix Barral, S.A., Serie Mayor, Barcelona, pág. 94.

IX CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

MUJERES DE LA INDIA RURAL

Ponente: **Luz María Sanz Masedo**.

Delegada en Madrid de la Fundación Vicente Ferrer.

Fecha y lugar de impartición: 20 de noviembre de 2013, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

Luz María Sanz .

Luz María Sanz (Madrid, 1977) es licenciada en Psicología por la Universidad Autónoma de Madrid y cuenta con un Magíster en Ciencias Penales, Criminológicas y Penitenciarias por la Universidad Complutense. Después de trabajar con diversos colectivos desfavorecidos como reclusos, adolescentes con trastornos de conducta o personas con discapacidad, a partir del año 2003 da un giro a su carrera y empieza a especializarse en asuntos de Cooperación Internacional y Desarrollo. Nicaragua, Perú, Ecuador, Colombia, Siria y los territorios palestinos son testigos de su paso como cooperante para participar en proyectos de ayuda en terreno.

Entre 2004 y 2010 trabaja en la Administración Pública, desde donde continúa profundizando en distintos aspectos del campo de la cooperación internacional y en el funcionamiento de las ONG, coordinando actividades y proyectos, así como equipos de trabajo y voluntarios. Dicha experiencia le permite tener una visión global del campo de la cooperación desde los diferentes actores implicados.

También participa como ponente en universidades, organismos públicos y privados. Desde 2010 Luz María Sanz desempeña, con grandes dosis de entusiasmo y dedicación, el puesto de Delegada de la Fundación Vicente Ferrer en Madrid, Castilla La Mancha y Castilla y León. La Fundación Vicente Ferrer es una Organización No Gubernamental de Desarrollo (ONGD) que trabaja desde 1969 para erradicar la pobreza en una de las zonas más empobrecidas de la India, Andhra Pradesh, y de algunas de las comunidades más excluidas del planeta: los dálits o intocables, los grupos tribales y las castas atrasadas. Actualmente está presente en 3.148 pueblos y beneficia a más de 2 millones y medio de personas. Su trabajo es posible gracias al apoyo de sus casi 134.000 colaboradores en España.

MUJERES DE LA INDIA RURAL

Yo estoy muy emocionada por estar aquí en Alcalá de Henares. Porque desde que conocimos a las personas que forman parte de la Fundación Rodolfo Benito Samaniego dentro de la Fundación Vicente Ferrer nos hemos engrandecido, sentimos que podemos hacer algo conjunto, que realmente esos valores de tolerancia y convivencia nos unen y que entre todos podemos intentar hacer un mundo mejor.

Fue un honor cuando nos pidieron que participáramos en este ciclo de conferencias y también un reto porque creo que el trabajo que nosotros hacemos por las mujeres en la India comparte esa capacidad que tienen las víctimas del terrorismo y la Fundación Rodolfo Benito Samaniego de salir adelante, de superar, de ver con filosofía la vida después de un atentado como el del 11 de marzo. Eso nos da a todos una capacidad y una fortaleza muy parecida a la que podemos encontrar en las mujeres en la India y eso nos acerca aún más a las dos fundaciones.

Quiero daros las gracias a la Fundación Rodolfo Benito Samaniego por el hecho de que podemos estar en este ciclo de conferencias para transmitir la realidad de las mujeres en la India, esas dificultades a las que nos enfrentamos día a día pero también esa esperanza, esas soluciones que se pueden conseguir y ese trabajo que podemos lograr.

Si bien el título de la conferencia es “Mujeres de la India rural”, lo que quiero es que nos traslademos todos a la India para que no la veamos tan lejana. Convivencia es vivir los unos con los otros. Y tolerancia, el respeto por ideas, por creencias o prácticas de los demás que son diferentes a las que nosotros tenemos. Una buena forma de hacerlo es conocer un país como la India, porque todos vivimos en el mismo planeta, convivimos, aunque estemos a muchos kilómetros de distancia. Para que os hagáis una idea: una de cada seis personas que viven en el mundo, viven en la India.

Lo que tenemos que aprender es cómo viven, cuál es su realidad, qué cosas hacemos conjuntamente la Fundación Vicente Ferrer y las mujeres de la India rural, concretamente de la zona de Anantapur, que es donde nosotros trabajamos y qué nos queda todavía por hacer.

Vamos a empezar conociendo un poquito más sobre la India, un país donde viven mil 210 millones de habitantes, como les decía, una de cada seis personas del mundo vive en la India; es el séptimo país más grande del mundo. Si lo comparamos con España es más fácil para situarnos en esas dimensiones, es seis veces y media más grande que España. Su sistema de gobierno es la democracia, aunque veréis que en muchas cosas no se nota mucho esa democracia del país; la forma de Estado es la de una República Federal; hablan 22 idiomas, que

hace que también sea complicado para entendernos en un sitio y otro de la India. Donde nosotros estamos, en Anantapur, la lengua es el Telugu, todos aprenden también Hindi y algunas personas aprenden Inglés. Hay mucha diversidad religiosa: las religiones principales son el Hinduismo, el Islamismo, y el Cristianismo. Y en la población -y eso es algo que llama mucho la atención- hay mayor número de hombres que de mujeres, cosa que en la mayor parte de los países del mundo es al revés. Y la moneda del país es la Rupia.

¿Qué hacemos nosotros en la Fundación Vicente Ferrer o cómo queremos trabajar con la India y por qué trabajamos allí? Nosotros tratamos de trabajar para erradicar la extrema pobreza, intentando incidir en seis programas de desarrollo enfocados en igual número de sectores, para que todas las personas desfavorecidas puedan tener una oportunidad.

Esos seis programas se centran en los siguientes sectores: el primero en la Ecología, luchando contra la desertización, porque estamos en una zona muy desértica en la India, es la segunda zona más seca de toda la India después del desierto del Rajastán, solamente llueve una vez al año normalmente durante la época del Monzón, por lo cual la situación allí es muy complicada. Y es muy importante luchar contra esa desertificación.

También trabajamos con la mujer, por la situación de discriminación en que vive la mujer en la India. Es muy importante que las hagamos partícipes de todo el cambio y las fases de desarrollo.

Igualmente, el sector de la vivienda, porque pensamos que el hecho de tener un hogar digno posibilita que mejore mucho la calidad de vida de las personas. Y esas viviendas van siempre a nombre de la mujer, lo cual hace posible que ellas tengan una propiedad a su nombre, que es algo muy complicado en la India

Otra área vital es la educación, un pilar fundamental en todas las fases de nuestro trabajo; también las personas con discapacidad porque pueden sufrir muchísima discriminación, especialmente si no tienen casta o pertenecen a una casta desfavorecida o si son mujeres, en cuyo caso sufren una triple discriminación. Y por supuesto, la sanidad, el tener una red sanitaria al alcance de todos y que todas las personas puedan tener su salud atendida.

Ésa ha sido la forma como empezamos a trabajar en la India. Nuestra prioridad para trabajar allí es porque la India es un país con muchos contrastes. Igual que hemos dicho que allí viven mil 200 millones de personas, también ahora mismo hay 50 millones de ricos y al mismo tiempo más de 400 millones de personas pobres, que viven por debajo del umbral de la pobreza. Uno de cada cuatro menores desnutridos del mundo vive en la India, lo que significa que es el epicentro de la desnutrición, por delante incluso de África. A la vez, en India pueden llegar a invertir más de 30 mil millones de euros en Defensa. Veis esas contradicciones que tiene ese país tan grande y que crean muchas diferencias entre las personas ricas y las más desfavorecidas.

En cuanto a la inseguridad, particularmente en el caso de las mujeres: cada 20 minutos violan a una mujer en la India. A su vez, en el 2014, la capital económica de la India y una de sus ciudades más importantes, Bombay, tendrá el edificio residencial más grande del mundo, cuando el 55 % de la población urbana de la India vive en chabolas y en zonas apartadas. Más de 250 millones de mujeres en la India son analfabetas.

Como vemos, es un país tremendamente lleno de contrastes. Otro dato muy curioso: en la India hay 600 millones de teléfonos móviles, pero a su vez, y en comparativa, hay una cifra superior de personas que no tiene ni letrinas ni inodoros, es decir, la mitad de la población carece de este tipo de instalaciones.

Por estos motivos estamos trabajando con las personas desfavorecidas y los Dálits o intocables, y muy especialmente con las mujeres, con esas mujeres de la India rural.

En esta realidad de la India rural hay unas prácticas culturales y unas tradiciones muy arraigadas que discriminan mucho a la mujer, como los matrimonios forzados, los abortos selectivos, los infanticidios, los matrimonios infantiles y la existencia de la dote.

Por ejemplo, todavía hay siete millones de niñas que no han ido nunca a la escuela y nosotros siempre decimos que es el cuarto país más peligroso del mundo, para nacer mujer. Cuando hablamos de la dote, nos referimos



al dinero que una mujer tiene que pagar cuando se quiere casar con un hombre en la India. La dote está prohibida desde 1961 por ley, pero es una práctica todavía muy arraigada y que se sigue practicando. Imaginaros lo que supone eso para que la mujer pueda avanzar y lo que supone en las familias. Cuando tienen una hija en las familias, no lo celebran, lo ven como una carga en vez de como una alegría porque piensa que va a tener que conseguir mucho dinero y que todo lo que invierta en que esa niña esté sana y en su educación, eso luego lo va a perder cuando se case con el marido y se vaya a vivir con la familia del marido.

Mujeres en la india, foto de Juan Alonso.

Esto es una pena realmente. La mujer es el motor del desarrollo, es imprescindible en la sociedad. Por tanto, hay que tratar de que poco a poco esta práctica, como es la dote vaya desapareciendo.

También existen los abortos selectivos, a causa de esto. Los abortos selectivos están penalizados y allí no se puede conocer cuál es el sexo del feto antes del nacimiento. No se le puede decir a la madre, porque si supiera que es una niña, abortaría para evitar el nacimiento de la niña. Aunque esté prohibido, todavía hay muchas técnicas y las personas que tienen más recursos asisten a clínicas para averiguar el sexo del bebé y en los últimos 20 años más de 10 millones de niñas no han llegado a nacer, a causa del aborto selectivo.

El matrimonio infantil y los embarazos tempranos también son otra forma de discriminación de la mujer. El matrimonio infantil viene dado muchas veces a causa de que las familias no piensan en que invertir en la educación sea bueno para su futuro, ven que es mejor casarlas y como el 80 % de los matrimonios son concertados, deciden las familias lo que es mejor. La familia de la mujer y del futuro marido se conocen, se ponen de acuerdo en cuál es el precio de la dote que tiene que pagar y en función de eso casan a las niñas. Ello supone el problema adicional de que si son menores y se quedan embarazadas realmente su cuerpo no está preparado para tener un hijo y asumir la maternidad. Hablamos de niñas entre 9 y 17 años.

También la violencia contra las mujeres es un problema muy serio. La violencia a causa de estas prácticas culturales es muy grande. El 90 % de los casos de mujeres quemadas se registran como accidentes, cuando no son accidentales, son provocados. El 3 % se registra como suicidio y el 5 % sólo como homicidios. Porque a pesar de que existen una serie de leyes que protegen los derechos de la mujer, en la India cuando una mujer es agredida, sexualmente, por ejemplo, y lo va a denunciar, la pena que le ponen al agresor, si llegan a penalizarle son el pago de 18 euros y como mucho tres meses de cárcel. Entonces muchas de las mujeres tienen miedo a denunciar y aparte no conocen tampoco sus derechos. Falta mucho trabajo todavía por hacer con la policía, con los grupos de mujeres, con las asociaciones que podrían apoyarse unas a otras, y también a nivel legislativo para mejorar esta situación y posibilitar que las mujeres agredidas sexualmente tengan la oportunidad de denunciar. Antes a muchas de esas mujeres que eran violadas, sobre todo en zonas rurales, les hacían después casarse con el violador, porque luego si no ya eran discriminadas y no tenían opción de casarse.

Igualmente se produce el tráfico ilegal de mujeres y de niñas: 2,3 millones de mujeres en la India ejercen la prostitución y más de cien mil sólo en Bombay. Diariamente alrededor de 200 niñas y mujeres entran en el negocio de la prostitución, pues es la única salida que tienen muchas de las niñas abandonadas. Las causas de todo esto hay que buscarlas en la extrema pobreza, la falta de recursos, el analfabetismo, una prematura viudedad, porque también quedarte viuda en la India supone una dificultad añadida para todas las mujeres. E incluso antes las mujeres viudas se tiraban a la pira funeraria cuando se estaban incinerando los cuerpos de sus maridos porque no veían una salida de futuro para seguir adelante. Actualmente, gracias al trabajo de las

administraciones, las organizaciones y de las propias mujeres, que se están apoyando mucho unas a otras, se está consiguiendo que cambie poco a poco ese fenómeno de las viudas.

También es particularmente dramática la situación de las personas con discapacidad. Hay más de 28 millones de mujeres con discapacidad, lo cual supone, como hemos señalado antes, una discriminación añadida. En nuestra exposición sobre las mujeres de la India rural que ha estado aquí en la Plaza Cervantes de Alcalá y por muchos sitios de España está la historia de Yellama, una mujer que sufrió poliomielitis y a raíz de eso tuvo discapacidad en una pierna, después de casarse el marido la rechazó y a los tres años de casarse decidió que no la quería como mujer y la devolvió con su familia, lo que supone un rechazo muy grande, que ella tenga que volver a vivir a su aldea, con sus padres, quienes también la rechazan. Pero poco a poco ella consigue a través de la fundación Vicente Ferrer asistir a una formación para tener conocimientos y trabajar el yute y hacer productos de artesanía de comercio justo con ese dinero ha podido tener una autonomía económica, ha podido lograr mejorar su autoestima y tener un reconocimiento en su comunidad. Es un ejemplo de cuánto necesitan las personas con discapacidad una oportunidad y cuánto hay que trabajar para dársela y para visibilizar mucho a esas mujeres que sufren esa doble discriminación.

Vamos a hablar de esas oportunidades que intentamos crear allí. Esa realidad tan dura y difícil que entre todos se puede cambiar y se puede mejorar. Nuestro objetivo es promover la igualdad de género en todas las áreas de desarrollo que hemos citado antes: en vivienda, en ecología, tratando de mejorar su nivel socioeconómico, aumentando también la alfabetización porque la educación es fundamental para que todas las personas



Luz María Sanz Masedo

puedan tener un desarrollo, asegurar el acceso de las mujeres a una formación profesional o vocacional, generando oportunidades de empleo, que sean emprendedoras, que si ellas quieren llevar a cabo un negocio les acompañemos en ese camino para que lo pongan en marcha, luchar contra la violencia contra las mujeres y visibilizar cuál es su rol, cuál es su importancia, cuál es ese motor de cambio que mueve a la familia porque realmente hemos visto que cuando das una oportunidad a la mujer en la India, esa oportunidad y lo que recibe lo multiplica con todas las personas a su alrededor.

Nuestra forma de trabajar con las mujeres ha sido, a partir de los objetivos anteriores, organizándolas e intentando que se reunieran en asociaciones, que tuvieran un espacio donde pudieran poner en común cuáles son sus dificultades, cuáles son también sus sueños, lo que quieren conseguir, lo que buscan. Y eso lo hemos hecho a través de esas asociaciones allí llamadas sanghams. Se trata de grupos de 15 o 20 mujeres que se reúnen en las diferentes comunidades y sirven para poner en común su problemática. Al principio era muy complicado que fueran solas a esos grupos y pudieran participar, pero poco a poco los hombres se han dado cuenta de la importancia de que ellas puedan tener una formación, su propio negocio, puedan reunirse para compartir sus problemas e iniciativas y cada vez se han ido consolidando más grupos. En esos sanghams lo primero que hacen las mujeres es formar sus minibancos y prestarse dinero unas a otras. Así cuando alguna mujer tiene una necesidad de primera mano, se prestan dinero y ellas ponen las normas para la devolución de ese dinero. Cuando ya han funcionado con ese minibanco, con ese préstamo, la Fundación les da la oportunidad de acceder a un fondo que le llamamos “el fondo de desarrollo de la mujer”, que ya es un fondo con unas cantidades un poco mayores de microcréditos para que ellas puedan comprarse una búfala, o una vaca, que allí con una búfala se pueden hacer muchas cosas: la leche de la búfala la familia la consume y mejora su nutrición, otra parte la vende y parte de ese dinero que va consiguiendo lo va devolviendo a ese fondo para que otra mujer pueda tener luego esa misma oportunidad, también con la búfala puedes trabajar en el campo y sus excrementos sirven como abono para el campo y otra parte de ellos para cocinar con biogás. Una búfala puede cambiar mucho la vida de las mujeres y de la comunidad. Otras deciden hacer otras cosas, emprender un negocio con las hortalizas de su campo, o un taller de costura, poco a poco van haciendo sus iniciativas.

Es importante para todo esto que se les posibilite acceder a una formación, ya sea para un oficio, o en muchas comunidades que no tienen acceso a la salud y la propia comunidad decide a qué mujer quieren formar como trabajadora de la salud, se les reconocen porque van vestidas con un sari verde y un maletín que es un botiquín de primeros auxilios, la primera atención la realizan ellas y si es algo más grave la derivan a un hospital o a un centro de salud. En los talleres de costura también hacen trajes, telas que venden allí o fuera.

Hacemos talleres de sensibilización tanto con las mujeres, para que conozcan sus derechos, y cómo mejorar su situación, como con los hombres, que son parte importante de este proceso de desarrollo.

¿Qué se ha conseguido con este trabajo con las mujeres de esta zona de la India rural? Pues es muy positivo ver que en estos más de 43 años que llevamos trabajando en Anantapur y con las mujeres casi 20 años **ya** se han conseguido consolidar 7.621 sanghams o grupos de mujeres en los que participan más de cien mil mujeres. Más de diez mil 600 mujeres han sido formadas en diversos talleres y han tenido al oportunidad de crear 10 mil microempresas. También en los centros de asesoramiento donde atendemos mujeres que han sufrido violencia y otras que quieren información hay ya más de siete mil mujeres que han recibido atención. Participan casi dos mil pueblos en todos los proyectos destinados a mejorar la situación de la mujer y promover su desarrollo. Por

último, 8.127 mujeres integran el programa “de mujer a mujer”. Este programa se explica en el documental que podéis ver en el que tres mujeres de España han viajado a India para ver esa convivencia y ese apoyo entre mujeres de un lugar del mundo y del otro y cómo se produce un apoyo mutuo, a través del trabajo y del soporte de las mujeres españolas, mujeres de la India han tenido una alternativa.

Hay cosas muy positivas y hasta el momento hemos conseguido un gran cambio pero nuestro objetivo sigue siendo llegar a la mayor cantidad posible de personas y familias que aún necesitan el apoyo y la ayuda de la fundación. Por eso todavía nos queda un gran camino por recorrer.

Quisiera terminar con una frase que pronuncia mucho Anna Ferrer y que me parece muy significativa: *“Antes las mujeres se sentaban en las últimas filas, hoy encabezan manifestaciones”*. Creo que es algo muy significativo y que nos hace a todos ver que un cambio es posible y que la mujer es realmente un motor de cambio y de desarrollo.



X CONFERENCIA CONVIVENCIA Y TOLERANCIA EN LA
SOCIEDAD ACTUAL.

DE LA FUERZA A LA PALABRA, HISTÓRICA INFLEXIÓN QUE SE AVECINA

Ponente: **Federico Mayor Zaragoza.**

Director General de la Unesco entre 1987 y 1999.

Fecha y lugar de impartición: 19 de noviembre de 2014, Universidad de Alcalá.



Ficha Biográfica

Federico Mayor Zaragoza

Nacido en 1934 en Barcelona, Federico Mayor Zaragoza realiza estudios de Farmacia, alcanzando el doctorado por la Universidad Complutense de Madrid en el año 1958. Alcanza el puesto de Catedrático de Bioquímica de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada en 1963, y el de Rector de la misma Universidad entre 1968 y 1972.

Ese mismo año obtiene la cátedra de Bioquímica de la universidad Autónoma de Madrid y ocupa el puesto de Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En 1974 cofunda el Centro de Biología Molecular “Severo Ochoa”, que dirige hasta 1978.

En paralelo a su trayectoria en los ámbitos académico y científico, muestra un marcado compromiso con los asuntos públicos que le llevan a asumir cargos políticos de la máxima responsabilidad tanto a nivel nacional como internacional.

Fue Ministro de Educación y Ciencia del Gobierno de España entre los años 1981 y 1982, y Director General de la UNESCO entre 1987 y 1999, donde impulsa el Programa Cultura de Paz, cuyo trabajo se organizó en cuatro vertientes principales: la educación para la paz, los derechos humanos y la democracia; la lucha contra la exclusión y la pobreza; la defensa del pluralismo cultural y diálogo intercultural; y la prevención de conflictos y consolidación de la paz.

Posteriormente continúa su actividad pública en defensa de sus valores y principios mediante la creación, en 2000, de la Fundación para una Cultura de Paz y la presidencia del Consejo Científico de la Fundación Ramón Areces.

Además de sus numerosas publicaciones científicas, ha publicado cuatro poemarios y varios libros de ensayos. Es miembro de una treintena de academias de las ciencias y asociaciones de todo el mundo y Doctor Honoris Causa de varias universidades.

DE LA FUERZA A LA PALABRA, HISTÓRICA INFLEXIÓN QUE SE AVECINA

Señora presidenta de la Fundación Rodolfo Benito Samaniego, D^a. Ana Isabel Hidalgo Serna,

Sr. gerente,

Ya han visto ustedes. Este presentador me ha dejado casi sin palabras. Y muchas de estas cosas me alegro de que me las haya recordado porque la verdad que esto es lo que yo les quería decir aquí esta noche en el X aniversario. Venir a decirles que estas víctimas tienen que ser impulso diario de nuestro comportamiento. Por eso me gusta la palabra “memoria”. Tienen que ser la luz que debe iluminar los caminos del mañana, que deben ser caminos muy distintos.

Por eso he venido a hablar de la inflexión histórica de la fuerza a la palabra. Porque estoy absolutamente convencido de que pasarán muy pocos años ya antes de que podamos decir que “Nosotros, los pueblos... hemos decidido evitar a nuestros hijos el horror de la guerra, el horror de la violencia...”.

Fijense que es así como empieza la Carta de las Naciones Unidas¹. Es un documento extraordinariamente inspirador porque está escrito con una enorme tensión humana, la tensión de aquella guerra terrible que acababa de ocurrir, aquel genocidio con la utilización de los más abominables mecanismos de exterminio, aquella guerra del holocausto, de todo tipo de torturas, donde tres países -sobre todo Alemania, Japón e Italia- habían puesto de manifiesto que la obcecación, que la animadversión, que el odio puede llegar a producir estas acciones terribles, censurables, que nunca más debían producirse. Y por eso esa Carta de las Naciones Unidas dice “Nosotros, los pueblos...”.

La verdad que el presidente Roosevelt² fue un hombre en aquel momento extraordinariamente inspirado, y su mujer, Eleanor Roosevelt, que fue -como ustedes saben- la principal redactora de la Declaración de los Derechos Humanos. “Nosotros, los pueblos...”. Nosotros, que es muy bonito y aleccionador el que en castellano y también en catalán el plural de “yo” sea “nosotros”, ya incluimos a los otros en nuestra propia denominación. “Nosotros los pueblos”, es decir, toda la gente, no unos cuantos.

Miquel Martí i Pol³ ha escrito: “El porvenir está por hacer y todo es posible, pero ¿quién, sino todos?”. Tenemos que ser todos los que una vez decidamos que a partir de ahora ya no vamos a seguir este adagio perverso que

dice: “Si vis pacem, para bellum” (Si quieres la paz, prepara la guerra). Si uno cierra los ojos y mira la historia desde el origen de los tiempos no vemos a los seres humanos, no vemos a las inmensas cantidades de víctimas de personas que han desaparecido sin dejar la menor huella. Siempre han mandado hombres. Cuando alguna mujer excepcionalmente ha llegado al escenario del poder lógicamente lo ha ejercido como un hombre porque no hay otras referencias que el poder masculino. Y todo eso se va sucediendo hasta hace muy pocos años, en que los pueblos querían decir a sus hijos: a partir de ahora ya no existirá la guerra. ¿Por qué? Pues porque ahora no vamos a preparar la guerra, vamos a construir entre todos la paz.

Creo que hoy mismo la solución está en la primera frase de la Carta de las Naciones Unidas: “Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas hemos resuelto preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra...”. Es decir, “Nosotros, los pueblos” hemos decidido construir la paz, construir la convivencia pacífica. ¿Y por qué lo hacemos? En este aspecto, el presidente Mandela, a quien tuve el honor de conocer y de aprender tanto de él, decía: “el deber supremo de cada generación es tener en cuenta a la siguiente”. Tenemos que pensar permanentemente en los que vienen a un paso de nosotros. Y en este momento nos hemos olvidado, estamos obcecados en tantas cosas absolutamente irrelevantes. Pero se está afectando la habitabilidad de la Tierra, estamos creando una confusión conceptual enorme, hasta el punto de que en Europa, que en el año 2000 fue capaz de hacer una Declaración de deberes y derechos fundamentales, que es una maravilla, todo eso queda inmediatamente relegado y lo que se ha hecho, en lugar de poner en práctica esta maravillosa Declaración, es una unión monetaria, pero no una unión política, ni una unión económica, ni una federación fiscal, sólo una unión monetaria. Empezamos la casa por el tejado.

Todo eso, ahora, por primera vez y por eso cuando me invitaron a venir a esta fundación en su X aniversario a rendir homenaje a estas luces que siguen en nuestro firmamento, estas personas inocentes que dieron su vida por el odio, por la obcecación, por haber permitido que estemos permanentemente preparando la guerra en lugar de haber aprendido a preparar la paz. Y no nos faltan documentos ni referencias. Acabo de citar la Carta de las Naciones Unidas, y no fueron los pueblos, no fueron “nosotros, los pueblos”, fueron inmediatamente los Estados. Los mismos Estados que ahora han conformado el G7, el G8. ¿Cómo puede ser que pretendan que unos cuantos países representantes de la plutocracia, no de la democracia, porque son los países más ricos y poderosos de la tierra, manden sobre 193, que somos el conjunto de la humanidad?

¿Cómo puede ser que aceptemos que hoy haya alrededor de 20.000 víctimas diarias de la extrema pobreza? Que pocas veces he visto reflejado yo este dato: todos los días muere gente en extrema pobreza. Y parece que sólo importe el 20 % de la humanidad, el otro 80 % no forma parte de este barrio próspero de la aldea global. Y en un gradiente progresivo de precariedades la gente vive y la gente sobrevive y se muere.

Fijense que ya en el año 1945, en lugar de decir “Nosotros, los pueblos” y animar a que la Asamblea General fuera realmente la que tuviera esta capacidad de decisión, con voto ponderado, en virtud del número de habitantes,

cambiaron una “O” por una “E” y se acabó la democracia y se acabaron “los pueblos”. Cambiaron el Voto por el Veto. Sólo con uno de esos cambios hubiera bastado.

A pesar de todos sus defectos, las Naciones Unidas pasó a ser un lugar donde se podían expresar todos los países. Ya era bueno, ya se consiguieron así muchas cosas. Entre ellas, la adopción en el año 1948 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, pero ya no eran estos “pueblos” los que iban a construir la paz y a evitar el horror de la guerra, el horror de la muerte, de la tortura, del terrorismo; ya no eran ellos porque había esta capacidad de unos países de dirigir el mundo con una hegemonía prácticamente total y se siguió preparando la guerra, en lugar de construir la paz. Y se siguió sin pensar en las generaciones venideras.

Por eso les decía que ahora es un buen momento para volver a estos objetivos, porque ahora por primera vez en la historia puede existir esta inflexión histórica. Por primera vez, podemos decir: “ahora sí que ya empezamos a ser los pueblos quienes tomamos en nuestras manos las riendas del destino”. ¿Por qué? Porque ahora podemos, que antes no podíamos. Cuando yo era joven en Barcelona, cuando yo tenía 18 o 20 años, el 90 % del planeta estaba confinado en espacios, tanto intelectual como territorialmente, muy limitados, unos 50 kilómetros alrededor, podríamos decir. La gente nacía, vivía y moría en muy poco espacio y toda su vida estaba allí y por eso eran personas invisibles, anónimas. Eran personas obedientes, silenciosas, temerosas.

El miedo ha sido terrible. La historia de la humanidad está llena de personas atemorizadas, porque, estaban muy confinadas y de momento llegaba alguien que representaba el poder y este alguien les pedía la vida. Hasta hace muy pocos años, teníamos la obligación sin rechistar de ofrecer nuestra vida a los designios del poder. Esto era así. Y esto lo vemos reflejado en la propia Declaración Universal de los Derechos Humanos, de 1948⁴. En el párrafo primero del preámbulo se dice que estos derechos “son para liberar a la humanidad del miedo”. Fíjense que es una afirmación magnífica, que nos dice: ¡vosotros ya podéis atreveros porque sabéis que estos derechos son inherentes a todos los seres humanos! “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos...”. Todos, sin excepción, sea hombre, mujer, sea rico, sea pobre, sea de una ideología o de otra, de una religión u otra, de un color u otro; todos los seres humanos iguales en dignidad. Sobre esto se basan los derechos humanos.

Este es el gran misterio, quizás el milagro de cada ser humano: que cada ser humano puede inventar su futuro, puede tomar en sus manos su destino y decir “no, yo esto no, esto sí”. Y puede escuchar y puede prepararse. Pero al final, un ser humano educado es el que actúa libre y responsablemente. Fíjense ustedes qué definición de educación más sencilla y más, a mi modo de ver, precisa y preciosa. “Educar es contribuir a formar seres humanos libres y responsables”. Libres y responsables, no dependientes de nada, ni de dogmas, ni de fanatismos. El fanatismo, la obcecación, es lo que lleva a cometer todos los desmanes y barbaridades. La serenidad, el no tener adherencias en nuestras alas para volar alto, el reflexionar todos los días, todos los días tenemos que sacar

unos minutos para reflexionar, y decir: “yo, hoy, después de haber visto, escuchado y reflexionado, pienso esto y voy a actuar en virtud de mi pensamiento, y no actuaré al dictado de nadie”. En cuanto actuamos en virtud de una serie de principios que no son nuestros, sino que nos los imponen, a partir de ese momento ya no somos responsables de nuestros actos y vamos haciendo estas barbaridades porque nos las ponen casi como objetivo para nuestra salvación personal.

Lo que tenemos que hacer es ser libres y responsables. Lamento muchísimo las definiciones que he visto últimamente de Educación, que además no proceden de la Pedagogía, ni de las personas que más han sabido dar a la Educación una fuerza especial en España. Francisco Giner de los Ríos⁵ hará pronto un siglo que decía: “Educación es dirigir con sentido la propia vida”. Y cuando yo en la UNESCO⁶ pedí que prepararan recomendaciones para la educación en el siglo XXI, la primera fue “aprender a ser”. Después aprender a vivir juntos, la convivencia, que es uno de los grandes pilares de esta Fundación.

Señoras y señores, tenemos que darnos cuenta de que no podemos orientar nuestra educación basados en principios de instituciones económicas. La OCDE⁷, la que nos da los informes PISA, es una institución económica. Por cierto, conozco muy bien a su Director General y me parece muy bien cuando se dedican a la economía, pero a la educación, no. Los que nos tienen que orientar en educación son los padres, los que nos tienen que orientar en educación son los maestros, las maestras, los profesores, que llevan años dedicados a la enseñanza. Estos son los que nos tienen que orientar y son los que nos tienen que decir: por muchas cosas que digamos en las aulas, por mucho que logremos que los padres se dediquen a la educación, tenemos que pedirle a la sociedad y a los medios de comunicación que sean enormemente responsables también.

Llega un momento en que sólo tenemos noticias y por tanto basamos todos nuestros conocimientos y reflexiones y nuestras actitudes ulteriores exclusivamente en las informaciones que hemos recibido. Cuando uno las escucha, se da cuenta de que no nos han dado más que noticias, no nos han dado información, ni siquiera opinión. Nos han dado los accidentes, las grandes convulsiones de este torbellino en un momento en que podemos reflejar lo que sucede a casi siete mil millones de seres humanos, y lo que vemos es un acto de tortura aquí, otro acto de violencia allá, y llegamos a una conclusión: esto es lo que sucede en el mundo. Estamos en un mundo en el cual sólo tenemos esto, y por tanto, los horizontes son enormemente sombríos. Y no es verdad.

La noticia, por su propia naturaleza, es algo insólito, es algo que no resulta habitual, si no, no sería noticia. Pero tenemos que cerrar los ojos y ver todo lo invisible, todo lo que no iluminan los focos de la comunicación, pero que es lo contrario de lo extraordinario, es lo ordinario, es lo habitual, lo que sucede en la mayor parte de los casos.

Yo me rebelo muchas veces cuando de pronto dicen: “¡esta juventud miren ustedes...!, o ¡estos sacerdotes!. Tenemos que decir, ¿cuántos sacerdotes hay?, ¿cuántos son los que por haber cometido esto que, por no haber

sido habitual, es noticia?. Ahora mismo, cuando nos dicen: hay un gran movimiento de violencia en los profesores y han pegado a los alumnos y tal... ¿Cuántos profesores hay en España en los distintos grados? Más de 800 mil.

Tenemos que ser capaces de abstraernos de lo que vemos y pensar en lo invisible. Pensar en aquello que no vemos y de esa manera podemos sacar unas conclusiones. La verdad es que por el colectivo que representan es un comportamiento que no es noticia sólo porque sea extraordinario, sino que tiene un número de incidencia suficientemente grande... Pero para ello precisamos tener un conocimiento de la realidad. Si conocemos la realidad en profundidad, la podremos cambiar en profundidad.

Este conocimiento de la realidad es otra de las cosas que me gusta del anuncio que han hecho sobre estos diez años de la Fundación Rodolfo Benito Samaniego y lo que pretenden ustedes con esta convivencia y tolerancia en la sociedad actual. Dicen que lo primero es conocer la realidad, considerar a la memoria no como agravio permanente, sino como impulso para que nunca más vuelva a suceder. Justamente, lo primero que tenemos que saber es qué es lo que acontece. Y qué acontece no sólo siendo extraordinario, sino ordinario. Hoy es uno de los requisitos más importantes para un cambio radical. Si conocemos la realidad de una manera superficial, epidérmica, los actos que podemos hacer para corregir esta realidad también serán superficiales y epidérmicos.

Para conocerla en profundidad, ¿qué tenemos que hacer? Pues tenemos que procurar que la descripción de lo que sucede sea fidedigna. Esto es fundamental. Y hoy en eso también tenemos un déficit extraordinario. Son muchos los medios de comunicación que reflejan más que lo ha que ha sucedido la propia ideología o partido que financia sus actividades. Esto es muy malo para esta memoria histórica que debe ser impulso.



Federico Mayor Zaragoza

Y hoy tenemos una capacidad de información como nunca antes, debido al avance de la moderna tecnología de la comunicación y de la información. Siempre el conocimiento es positivo, aunque su aplicación puede ser mala e incluso puede llegar a ser perversa. Pero el conocimiento siempre es positivo. Y hoy tenemos esta maravilla de la nueva tecnología de la información.

Gracias a esta capacidad de información, nos hemos convertido en ciudadanos del mundo. Además de ser ciudadanos del

mundo y de tener conciencia, tenemos un tercer factor que es la piedra angular de un sistema democrático, que es la mujer. Cuando hablábamos en la UNESCO de la Cultura de Paz, en 1996, siempre teníamos en cuenta algo que nos había dicho Nelson Mandela, que la transición de una cultura de imposición, dominio, violencia y guerra a una cultura de encuentro, conversación, conciliación, alianza y paz no tendría lugar hasta que un porcentaje alto de mujeres no tuviera influencia en la toma de decisiones. Esto es muy importante. Hasta que la mujer, no mimética del hombre, sino con sus valores inherentes, no tome decisiones, no podrá haber democracia. Y la fuerza seguirá prevaleciendo porque desde el origen de los tiempos hemos tenido ese “si quieres la paz, prepara la guerra” y siempre el músculo -en un poder masculino- ha preparado la guerra.

Hicimos en 1996 en la UNESCO una valoración de cuál era la incidencia de la mujer en la toma de decisiones. Y el poder masculino representaba el 95 %. No puede ser. Así no podemos esperar ni que cambie la convivencia ni la manera en que se lleva a cabo una democracia. En el año 2010 ya estábamos en el 16 % de influencia de la mujer en la toma de decisiones. Esto ya implica que en muy pocos años avanzó mucho. Se tardaron siglos en lograr ese 5 % y ahora ya se avanza más rápidamente.

Hoy ya disponemos de ciudadanos del mundo, conocedores del mundo. Si se conoce, la realidad se puede transformar. Tenemos los medios con la tecnología digital, podemos expresarnos libremente y es evidente la progresiva influencia de la mujer. Hasta ahora no podíamos y ahora ya empezamos a tener un poder ciudadano que tenemos que ejercer. Podemos pensar en el prójimo, sea próximo o sea distante, no importa.

Hemos pasado durante siglos de vida rural a un período de vida urbana y ahora estamos en la era de la vida digital y esta vida en muy pocos años hará a los seres humanos ya ciudadanos del mundo, ya con una conciencia global, informado al día, en tiempo en real, en colores además, tal como sucede y podremos participar y expresar nuestra opinión de forma permanente en el ciberespacio. Esta democracia participativa es absolutamente esencial para el cumplimiento de los derechos humanos.

Los derechos humanos forman parte de esta maravilla de documentos que tenemos de referencia. Uno lee el preámbulo de la Constitución de la UNESCO, “la solidaridad intelectual y moral”, no sólo de mano tendida. Ya no más manos alzadas, ni manos armadas, aprender a respetar a todo el mundo aunque sean exactamente opuestos a nosotros en su ideología, en su manera de ser. Esto hasta ahora, como les digo, era un sueño. Hoy aquel “I have a dream” de Martin Luther King⁸ se puede aplicar al conjunto de la humanidad y podemos decir que las cosas cambiarán en muy poco tiempo.

Antes decíamos: “¿Que voy a hacer yo, si soy una persona tan sencilla?”. Soy un simple ciudadano, no sé qué hacer, cómo voy a participar o expresarme, tengo que guardar silencio, ser obediente y ser espectador, no puedo ser actor”. Y era verdad. A mí me influyó mucho en mi vida una frase de Edmund Burke:⁹ “qué pena que

pensando que puedes hacer poco, no hagas nada”. Y es lo que nos pasa, como pensamos que podemos hacer poco, no hacemos nada. Y él nos dice: planta una semilla todos los días. Si plantas una semilla, puede haber fruto. Si no la plantas, no habrá fruto. Y tú puedes plantar una semilla muy pequeñita, un gesto muy pequeño, hazlo. Porque puede ser semilla de grandes transformaciones. Dices, “yo sólo puedo dar un paso muy chiquito”. Pero si somos millones en dar pasos pequeños, daremos un gran salto. Todo está por hacer y todo es posible, pero ¿quién, si no todos? Tenemos que ser muchos.

Recuerdo también una frase muy buena de la madre Teresa de Calcuta. Se había decidido darle la Medalla de Oro de los Derechos Humanos de la UNESCO y ella quería que fuera en Calcuta, delante de las hermanitas, de su congregación ejemplar. Había allí miles de personas en aquellas camas, todo limpio. Y se acercó el escritor Dominique Lapierre, que mucho había escrito sobre la India, y le dijo: “Madre, he estado intentando recolectar fondos para su congregación pero lo que he conseguido es como una gota en el océano”. Y la Madre Teresa, rápida, dijo: “Pues ya me la puede dar, porque si no, el océano la echaría de menos”. Y es así. Tenemos que darnos cuenta de que una gota puede ser la que transforme. Y así se lo dije un día a Jordi Évole, que me hacía una entrevista: a mí me impresionó muchísimo porque yo había visto el Ku Klux Klan en Norteamérica, eso tan terrible de que se pueda matar a una persona sólo por el color de su piel, y en la UNESCO creé un programa que se llamaba La Ruta del Esclavo. Hemos estado siglos mirando y matando y torturando a esta gente y entonces pensé que valía la pena rendir homenaje a los ciudadanos que tenían como único delito el color de su piel. Yo había visto en Alabama un restaurante donde ponía “No blacks, no dogs” (No negros, no perros) y aquel Ku Klux Klan que mataba. Por eso, cuando vi jurar el cargo de presidente de los Estados Unidos de Norteamérica a Obama vinieron a mi memoria rápidamente esos hechos ¿cómo puede ser, si hace tan sólo unos años estaba el Ku Klux Klan matando y la segregación en algunos Estados de los Estados Unidos era total! ¿Qué ha pasado? Pues lo que pasó fue que un día, en diciembre de 1955, Rosa Parks, una costurera de Montgomery en Alabama regresaba a su casa después de haber estado cosiendo todo el día. La parte de atrás del autobús estaba reservada para los negros y si delante el blanco no tenía sitio se tenían que levantar los negros. Y ella no se levantó. Aquella noche no llegó a su casa, llegó a la comisaría, la expulsaron de Alabama y todo eso. Pero plantó una semilla, el pequeño gesto, el pequeño gesto que ustedes están sembrando con su programa de convivencia y tolerancia.

Aquel ejemplo se comentó y difundió. El pastor Martin Luther King dijo: “Ahora ningún negro subirá a un autobús, se ha acabado. ¿No nos quieren y nos hacen levantar? A partir de ahora los negros no tomaremos los autobuses del servicio público de Alabama”. Y al cabo de muy pocos meses la compañía de los autobuses intervino, harta de perder dinero y se acabó la segregación en los autobuses. Pero aquello fue una pequeña reforma. Empezaron otras muchas reformas hasta que llega ese momento grandioso para la historia de la humanidad, en el cual Martin Luther King encabeza esa marcha en el Mall de Washington, donde pronuncia aquella frase de “Tengo un sueño... , que un día podamos vivir juntos todas las razas en Norteamérica”. ¿Quién estaba cerquita de Martin Luther King? Una costurera de Alabama, que entonces ya vivía en Michigan. Lo recuerdo porque estos son los hechos que

tenemos que tener muy presentes. Tener a personas como la que inspira esta Fundación, a víctimas que sufrieron por no haber sido nosotros capaces de tener en cuenta a las generaciones venideras; por no tener en cuenta que no puede haber estas diferencias sociales; que no nos podemos gastar todos los días tres mil millones de dólares en armas para proteger al 20 % de la población del mundo, cuando mueren de hambre muchísimos.

Cuando en el año 2000 pedimos 60 mil millones de dólares para un gran fondo mundial de alimentación, nos dijeron: “Es que no hay dinero”. Una sola vida de un niño vale por toda la humanidad. ¿Cómo puede ser que toleremos esas muertes todos mirando para otro lado? ¿No hay dinero? ¡Pero si estamos pidiendo menos de lo que gastan en dos meses en gastos militares!

¿Y para los que mueren de SIDA? En una visita al norte de Mozambique, durante las dos horas que duró mi visita murieron cuatro personas de SIDA. Lo digo porque como en el mundo desarrollado, aunque no lo hemos curado o eliminado, sí lo hemos superado gracias a un tratamiento eficaz, ya lo olvidamos. Pero tenemos que pensar en el conjunto del mundo. Ahora han visto el escándalo del Ébola. Esto lo sabíamos. Hace más de diez años conocíamos y hablábamos sobre las enfermedades emergentes en el mundo. Fijense en la malaria. Aquí en España la teníamos en Extremadura hace ya muchos años, pero como ahora no hay, ya no nos interesa. Ni el dengue, ni otras enfermedades. Pero tenemos que pensar en todos los seres humanos.

Y pensar también que un pequeño gesto puede hacer que un negro llegue a ser presidente de los Estados Unidos y que haya este efecto catalizador que desencadena grandes procesos. Escribí hace algún tiempo, y se lo quiero leer ahora, un poema que se refiere exactamente a que si hay semilla puede haber fruto. Dice así:

“Ni una sola gota / ha llovido. / Ni una sola semilla / ha germinado. / Pero están ahí / en los surcos / que tuvimos / el coraje / de arar / en pedregales. / Todo parece yermo. / Pero las semillas / están ahí. / Y este estar / a la espera / del agua / que les dará vida / es la gran esperanza / que nos queda / en este atardecer / sombrío...”.

En determinados momentos es muy bueno tener referencias y tener claro lo importante, aún admitiendo que el presente puede ser tan terrible, aún admitiendo que nuestra memoria puede tener recuerdos tan agraces, aún admitiendo todo eso, tenemos esperanza. Si somos capaces de plantar semillas, de dar pequeños pasos, si somos capaces de pensar, podemos hacer que muchos imposibles hoy sean posible mañana.

Eso de que “no hay remedio”, no es verdad. Me llamó muchísimo la atención cuando el presidente Kennedy¹⁰ dijo: “no es verdad que la paz sea un sueño; la paz es posible”. Porque, claro, los productores de armamentos están muy interesados en decir siempre que tenemos que estar bien armados, y cada vez más caros y más mortíferos. Y Kennedy dijo: “la paz es posible”. Y añadió: “porque no hay ningún desafío humano que se sitúe más allá de la capacidad creadora de la especie humana”.

Esa es nuestra esperanza. Cada día podemos decir: ahora voy a pensar otra cosa; voy a mirar esto desde otro ángulo.

El profesor Hans Krebs¹¹ decía: “Investigar es ver lo que otros ven y pensar lo que nadie ha pensado”. Es verdad. Nosotros lo que tenemos que hacer es pensar lo que nadie ha pensado. ¿Y por qué a veces no pensamos y no tenemos tiempo para nuestra meditación, nuestra reflexión? Pues no lo tenemos por la sencilla razón de que nos prefieren dóciles, nos prefieren súbditos. Esto de que seamos ciudadanos plenos y nos expresemos, esto no gusta. Últimamente, la política se halla subordinada a los llamados mercados. Estos mercados, por cierto, que han llegado a la desfachatez de nombrar en la cuna de la democracia, que es Grecia, un gobierno sin urnas, sin elecciones. ¿Cómo puede ser que aceptemos que en la cuna de la democracia haya nombramientos de gobiernos sin elecciones? En Italia pasó lo mismo, y los demás, aquí, obedientes. Esta obediencia necesita una reacción y esta reacción se tiene que dar en virtud de que sabemos, de que somos capaces de diseñar un futuro con un comportamiento distinto todos los días inspirados en estas grandes referencias y en estas grandes memorias. Concretamente, la de esta propia fundación, que ha elegido una persona concreta como símbolo de todas aquellas que tan injustamente y tan dramáticamente dieron su vida.

Hay un poema que a mí me encanta, que nos dice que la esperanza existe y que podemos crear un mundo distinto. Es un poema de José Ángel Valente y dice lo siguiente: “Escribo desde un naufragio, / escribo sobre el tiempo presente/ escribo sobre la latitud del dolor/ desde lo que hemos destruido / ante todo en nosotros. / Desde la infinita progresión de la sombra, / desde el clamor del hambre y del trasmundo/ desde la mano que se cierra opaca/ desde el genocidio/ desde los niños infinitamente muertos, / desde el árbol herido en sus raíces, / escribo desde lejos / desde el tiempo presente / pero escribo también desde la vida / desde su grito poderoso/ de su capacidad creadora”.

Tenemos que reflexionar sobre el pasado. En el pasado hay cosas aleccionadoras y muy buenas, que no deben modificarse; también otras que deben modificarse. Pues bien, lo que no podemos hacer es dejarnos entretener. Está muy bien que haya momentos en que sólo seamos espectadores, pero estamos llamados a ser cada uno protagonistas de nuestra vida. Y de esta manera sí que podremos crear una convivencia en que todos estos enormes actos, terribles, no vuelvan a suceder. Y para ello, no podemos ser siempre espectadores, no podemos estar distraídos, tenemos que tener esa capacidad de ver lo que otros ven y pensar lo que nadie ha pensado. Y pensar estos nuevos diseños para un futuro distinto.

Pues bien, en estos momentos, y miren que a mí me gusta el fútbol- en el año 1946 yo ya iba de la mano de mi padre a ver al Barça- me gusta el fútbol, pero no tanto. Es un disparate lo que está pasando. Es que tenemos fútbol por la mañana, por la tarde, la noche y nos están distrayendo demasiado. María Novo, una profesora muy distinguida de la UNED en Desarrollo Sostenible, hace poco en una conferencia decía: “el gran problema que tenemos hoy en España es el NTD: Nos Tienen Distráidos”. Y eso lo tenemos que saber y ser conscientes de que

no podemos pasarnos siempre la vida de espectadores o atareados en nuestros propios problemas o en nuestro propio trabajo. La vida hay que vivirla intensamente, precisamente porque es transitoria, fugaz y es un misterio enorme. Es una maravilla poder pensar, poder imaginar, poder anticiparse. No sólo somos capaces de ver a veces las cosas desde ángulos nuevos, sino que podemos prever y prevenir.

Tenemos muy buenos puntos de referencia para la reflexión: la Declaración sobre la Tolerancia del año 1995¹²; las Medidas encaminadas a promover la comprensión, la tolerancia y la solidaridad, de la Declaración de las Naciones Unidas sobre una Cultura de Paz¹³; la Resolución de las Naciones Unidas sobre el Decenio para una Cultura de Paz y No Violencia¹⁴, que se refiere a vivir precisamente en esta convivencia consciente, en estos puentes permanentes creados por nosotros. Y referida ya concretamente a las prácticas del terrorismo tenemos la Declaración de Viena¹⁵, de junio de 1993, donde se afirma que frente al terrorismo y a la violencia extrema debemos reaccionar y decir: esto no será nunca más permitido, y dotarnos de unos sistemas de justicia muy rápidos y eficientes porque no se puede permitir que nadie disponga de este valor único que es la vida humana. La vida digna es esencial.

Quería terminar recomendando La Carta de la Tierra. La presentamos en el año 2000 y en este documento se habla de las distintas facetas de las personas, de su capacidad de conservación de la Tierra, de las prioridades tales como la vida digna, armoniosa con todos los demás y con el medio ambiente. Y únicamente les voy a leer el párrafo del principio y el del final.

Dice en la primera frase de su preámbulo: “Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro”. Y acaba diciendo: “Estamos capacitados, como nunca en la Historia para un nuevo comienzo”.

Este nuevo comienzo es el que vendría de esta inflexión histórica de pasar de la fuerza a la palabra; de pasar de esta declaración terrible de “Si vis pacem, para bellum” / Si quieres la paz, prepara la guerra/... a si quieres la paz, prepara la palabra.

Blas Infante, en un discurso que tiene que ser fruto para mucha reflexión, dice: “Nos lo podrán quitar todo, pero nos quedará la palabra”. Pues bien, hoy con la palabra, reuniéndonos, facilitando el encuentro, facilitando la conciliación, podemos empezar este nuevo comienzo y ojalá no sea dentro de muchos años. Porque tendremos a más mujeres en la toma de decisiones, porque tendremos conciencia global y porque seremos capaces de crear esta democracia participativa en la cual será pleno el ejercicio de los Derechos Humanos.



-
- 1 Se puede consultar íntegramente en: <http://www.un.org/es/documents/charter/preamble.shtml>
 - 2 Franklin Delano Roosevelt (1882-1945). Presidente de los Estados Unidos entre marzo de 1933 y abril de 1945. Político, diplomático y abogado.
 - 3 Miquel Martí i Pol (1929-2003). Poeta, escritor y traductor español.
 - 4 Puede consultarse en la web de Naciones Unidas, en: <http://www.un.org/es/documents/udhr/>
 - 5 Francisco Giner de los Ríos (1839-1915). Pedagogo, filósofo y ensayista español, creador y director de la Institución Libre de Enseñanza.
 - 6 Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Fundada en 1946, actualmente con 195 miembros (y ocho miembros asociados).
 - 7 Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), fundada en 1961, actualmente con 34 países miembros.
 - 8 Martin Luther King (1929-1968) Pastor bautista estadounidense, líder del Movimiento por los derechos civiles para los afroamericanos.
 - 9 Edmund Burke (1729-1797), escritor, filósofo y político británico.
 - 10 John Fitzgerald Kennedy (1917-1963) Trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos, cargo que ejerció desde 1961 hasta su asesinato, el 22 de noviembre de 1963.
 - 11 Hans Adolf Krebs (1900 - 1981) Bioquímico alemán, ganador del Premio Nobel de Medicina en 1953.
 - 12 Se puede consultar en: http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13175&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html
 - 13 Se puede consultar en: http://www3.unesco.org/iycp/kits/sp_res243.pdf
 - 14 Se puede consultar en: http://www.fund-culturadepaz.org/spa/DOCUMENTOS/Decenio_Internacional_de_una_Cultura_de_Paz_y_NoViolencia_1998.pdf
 - 15 Disponible en: http://www.ohchr.org/Documents/Events/OHCHR20/VDPA_booklet_Spanish.pdf

Este libro recopila una decena de destacadas y reflexivas voces convocadas por la Fundación Rodolfo Benito Samaniego durante la última década con el objetivo de edificar un puente de palabras e ideas para construir entre todos el difícil arte de convivir en el mundo actual.

www.fundacionrodolfobenitosamaniego.org